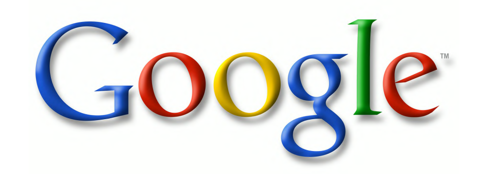
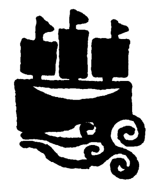




arlos martinez moreno

los
prados
de la
onciencia

colección
carabela



Queda hecho el depósito que marca la ley

carlos
martínez
moreno

los prados de la conciencia

cuentos

editorial alfa
montevideo

los prados de la conciencia

Only a sense of water bounding the over-built island. - Bellow, HERZOG.

El vaporcito avanzaba, empenachado de humo, por las sucias aguas del Hudson. No, no era una buena frase para empezar. Ignoraba todas estas circunstancias fundamentales: que era media tarde de domingo en las aguas del Hudson y en el cielo de New York; que el vaporcito iba lleno de escritores y que esos escritores habían acudido al Congreso, en los últimos días, desde muy distintas ciudades del mundo. Es claro, una frase no podía decirlo todo. Tampoco podía decir que él (momentáneamente llámenme Pérez) iba ahora acodado a una de las barandas, pero que antes había estado sobre la cubierta. En la cubierta habían amontonado sillas plegadizas, de madera —de ésas que se ven en las playas, en los desfiles y en los actos políticos— y los escritores, sin ninguna prioridad concedida al sexo femenino, habían ido apoderándose de ellas, hasta que habían llegado a faltar.

Varios ómnibus los habían traído al muelle, en la tarde de calor tormentoso. New York ofrecía fachadas de cortinas bajas y poca gente en las calles. Corrían ante reveses de casas, pasaban por esos anchos espacios enrejados en que un gandul arroja pelotas de baseball a un niño y éste las recoge con la mano enguantada. Su hijo, tal vez, alguien a quien se prepara para una imposible ambición de gloria: millones de ambiciosos y unos pocos puestos de catchers. A él (qué quieren, todas mis asociaciones de ideas tienen algo de artístico, es mi caldo, de allí extraigo incluso los colores con que veo el espectáculo) aquellas caras, la del hombre que estaba por arrojar la pelota, la del chico que se crispaba esperándola, le habían parecido bastas, toscas, como delineadas a hachazos; y embutidas sobre fondos violentos, como en un óleo de Ben Shahn. Lo mismo las del interior de su autobús, incrustadas en vidrio verdoso. ¿De qué modo las trataría el pop? Siempre divagando, esta vez sobre pisos de agua; debía reconducirse y narrar.

Bien: al subir al vaporcito, previa identificación por la tarjeta pinchada en la solapa, una primera chica acercaba una caja para cada uno y una segunda chica (sonría siempre, inclínese sonriendo, con tal frescura que parezca que es la primera vez) entregaba la caja. Una caja de lunch, una suerte del almuerzo de avión. Entonces iban subiendo. Cien, doscientos, trescientos escritores. Si a esta profesión exquisita la masifican así, si un escritor es un hambriento que tiene que empezar a preocuparse porque el número decreciente de

cajas dure aún en el instante en que le toque avanzar desde su sitio en la fila y ganar las adyacencias de la pasarela, estamos perdidos. Si un escritor tiene que recontar mentalmente el número de vasos de scotch que ondula, a la altura de las cabezas, en la mano del camarero (es sólo una hipótesis, nadie da scotch esta vez, al subir al vaporcito) hay algo cruelmente marchito y envilecido, algo que no es su sed ni su dignidad aunque apague la una y deprima a la otra. La cortesía queda a salvo, eso sí: regalan algo y son ellos quienes dan las gracias: Gracias por tomarlo, gracias por aceptarlo, gracias por haber venido. Irreprochable. Las sillas no alcanzaron y hubo algunos que tuvieron que sentarse sobre los techos corredizos de las escotillas y sobre los artefactos más pintorescos de la cubierta. Las damas (¿tantas mujeres escribían en el mundo?), las damas cuyas tarjetas proclamaban Chile, Canadá, Irak, El Exilio, la misma New York, lucían grandes pamelas o victoriosos y cabeceantes sombreros, que apenas podían con su deslumbrante carga de flores. Al ir despegándose el vaporcito del muelle, las plumas, los crisantemos y las rosas de tul contrastaban con el fondo picoteado, descascarado, ahumado, hollinoso de los ladrillos, sobre la herrumbre de las grúas quietas. Por momentos, uno esperaba que alguna de aquellas grúas comenzase a funcionar y arrebatara delicadamente el sombrero de repostería a la poetisa de Thailandia, a la atezada ensayista de Bangkok. Era sólo una ilusión óptica: los refulgentes sombreros en primer plano, esponjándose,

arrepollándose entre los neblinosos tirones iniciales del vaporcito, flotando en un rayo de sol en medio de ese lampo provisional de algodones sucios, suspensos en la porquería tiznada y llovíznosa que bajaba de la chimenea, enhiestos, irritantes, extralúcidos, como vistos por alguien que hubiera tomado mescalina. Para ellos solos el efecto rutilante: las paredes, entre tanto, estaban perdiéndose fuera de foco, en el sueño, en el bostezo, en las sordas vibraciones del calor, entre el graznido y el salivazo de color de las gaviotas que arrancaban a volar oblicuamente, a maniobrar en anillos sobre el vaporcito, a ponerse en marcha tras él. Luego los almacenes del muelle cedían su función de decorado a un simple fondo pálido de cielo, del impuro cielo estival de la media tarde de domingo en New York, y los intermitentes cendales de humo ácido y semilíquido que echaba el vaporcito podrían pasar por la expectación de un fumador burlón y silencioso, que retuviese un comentario tras la gárrula agitación de las señoras. Oh, y ellos (si no sabes ser ecuánime, Pérez, no elijas la profesión de escritor, no insistas tras haberla elegido, no perseveres en ella) los caballeros con sus acartuchados sombreros de paja, con sus bonetes conmemorativos de remotos colegios aristocráticos y de polilla, con sus gorras inadecuadamente invernales que abrochaban las orejeras de piel o felpa sobre la crisma, con sus jockeys infatuados y demasiado juveniles, no eran menos frívolos, menos revoltosos, menos presumidos, menos pueriles. Pero los jar-

dines colgantes dominaban por su mayor fantasía, y era una razón para preferirlos.

Un señor muy tieso, con corbatín de moña, vestido de azul, ceremoniosamente sentado, abrió la caja de lunch puesta sobre sus rodillas, extrajo la cubierta de papel y empezó a mordisquear un muslo de pollo frío. Había escrito una famosa novela sobre Minas Gerais: abominaba de los congresos; era cortés, amable, solitario. Dio un segundo bocado. ¿Blanco o rosé?, dijeron a su lado, y el señor extrajo un vaso de papel del bolsillo izquierdo de su chaqueta. Rosé, por favor. El blanco sin helar es detestable. Podríamos llamarle el self-service de los escritores. Muito obrigado.

El vaporcito, la cubierta llena de escritores merendando, avanzaba en la tarde dominical por las sucias aguas del Hudson. No. Esta vez falta algo que estaba en la primera formulación: empenachado de humo. Por lo demás, ¿eran tan sucias las aguas del Hudson? No, no, de ninguna manera. Era un tributo convencional al estilo de nuestra época, la exaltación romántica de la fealdad, la apoteosis de la mugre. El agua del Hudson no era tan fascinante como para que Pérez estuviera concediéndole toda su cabizbaja atención; pero no estaba revuelta ni sucia ni particularmente desagradable. Más cajas abiertas florecían sobre más rodillas, y el antipasto era más difícil de escarbar, con un pequeño tenedor de plástico, en la estructura circular del molde de cartón que lo contenía: una pequeña coliflor, un pedacito de salmón, un pepinito, una aceituna. Un perdón musitado por una boca llena,

un carozo que rodaba entre los pies que tapizaban la cubierta. Tampoco eran buenos los cubiertos de plástico —lo comprobaba la señora de Birmania— para mondar una pechuga profunda, que se ofrecía en forma de proa. Acaso fuera más hábil con los palillos —pensó Pérez, cuyos conocimientos de dietética y costumbres culinarias del Asia no eran brillantes —acaso en su país no se usaran cuchillos, acaso rara vez comieran pollo o quizá se lo sirviesen ya trozado, con aderezos de bambú. Pero una celebridad internacional... A medio camino, la poetisa de Birmania optó por dos pinzas infalibles: sus manos de poetisa. El viejo ensayista francés había llegado al hueso de la pata y no podía devorárselo; sin mirar hacia atrás, calculó la distancia que lo separaba de la borda, así como la altura de los colegas circundantes, y arrojó el hueso sobre su hombro derecho. Très bien joué. Las gaviotas descendieron bruscamente, chillando. La señora del viejo ensayista francés, cuya tarjeta —clavada sobre su propia pechuga— proclamaba su condición de Observer por France, miró desaprobatoriamente el gesto de su marido y cuchicheó. Comm'ils sont cauchons ces écrivains, creyó oir Pérez, que no había abierto la caja ni abandonado su silla, porque entonces aún no estaba en la borda. ¿Había escuchado bien? Su francés no era todo lo bueno que él quisiera, demasiado duro de oreja sobre todo. Comme tout le monde, creyó oir, ahora proviniendo de la boca llena del marido. Realmente, sobre su propio ejemplo no tenían ningún derecho a generalizar. Junto a la rolliza

pierna izquierda de la escritora inglesa había una botella de rosé de California. Pérez estaba de acuerdo con el Nordeste brasileño: El blanco sin helar es repugnante. ¿O sólo dijo lamentable? La memoria de Pérez sufría con los viajes, como una lámpara de radio: funcionaba mal en cuanto se la trasladaba fuera de su emplazamiento de rutina. Se preocupó de no rozar la pierna de la jamona, asió el largo cuello del rosé con dos dedos y volvió a llenarse el vaso. Era un vinito muy flojo y podía tomarse sin miedo, aún habiendo renunciado a comer antipasto, a luchar contra el pollo o a pulverizarse el hojaldre de un pastelito de crema en las solapas, razones por las que —tras pensarlo apenas— había decidido postergar su lunch.

En el centro de aquella humanidad ilustre que masticaba, que mascullaba en diez idiomas, que hacía pequeñas gárgaras de vino con el vaivén del vaporcito, Pérez —como un sentimental— se puso a pensar en las privaciones de su infancia descalza. Lo intentaría cada vez que algo amenazara con arrastrarlo al vórtice de un despropósito inexplicable. La cordura le proponía entonces desandar el camino hacia los orígenes, ampararse en aquel recuerdo en que aparecía, un balde en la mano, haciendo cola para obtener agua de un barril de aguatero, o en cualquier otra de esas imágenes que simbolizaban el acto primordial de vivir. Podían ser menos publicables que la del barril arrastrado por mulas, podían ser más oscuramente vergonzosas. De todos modos, si eran necesarias creaban esa perspec-

tiva, la distancia física que no podía conseguirse en mitad del gentío para dar varios pasos hacia una soledad escénica, teatral, provocada y preguntarse introspectivamente ¿a qué estoy aquí, qué diablos he venido a hacer, quién me obligó a esto? Desde su rostro de niño, debajo de su rostro de hombre maduro, esas preguntas eran ahora factibles y podían brotar igualmente en el corazón de una vociferante multitud, si estaba en un estadio de fútbol, o en el seno de una abigarrada audiencia alimenticia, si navegaba en un vaporcito de turismo atiborrado de escritores. Su mujer, por lo demás, ya le había enviado dos cartas; una de tierno sadismo acompañante, en el mismo avión en que Pérez volara hasta New York; era un desplazado acto de amonestación, era como enrostrarle marrulleramente el sinsentido de la partida, a destiempo y desde lejos, luego de haber convenido, junto a él, en que era una oportunidad estupenda ("única", como a ella le gustaba decir). Pérez se la imaginaba entonces en su patio de plantas, podía suscitar en él esa visión de calidez tropical mientras los escritores, a la altura de sus ojos, trajinaban presas de pollo o extraían, del fondo de sus cajas, relucientes manzanas. El prominente novelista brasileño mondó la suya con el cuchillito de plástico. El francés optó por lustrar la propia contra el revés de una de las mangas y acometerla a grandes mordiscos blancos de orla roja, donde iba quedando, muy cerca de los ojos de Pérez, la huella de sus grandes incisivos de conejo. Su mujer entre las plantas, el pequeño paraíso

doméstico estúpidamente abandonado porque sí, tal vez —¡tantos aviones se caen!— su paraíso perdido. Pérez tenía la carta en el bolsillo, sentado entre ellos, atardeciendo, la caja del lunch intacta en las rodillas, el vaso de papel mediado de rosé en la derecha. Podía, con la mano izquierda, sacar a luz el sobre, desplegar la arrugada oriflama en papel de avión y liberar ese mundo de cargas íntimas, de sobreentendidos familiares, entre los cuellos, los sombreros y los dientes de aquella multitud esclarecida. ¿No has pensado, Pérez, si serás siempre el mismo pusilánime, el mismo lugareño, el mismo monógamo? Su mujer parecía (allí mismo, invocada por el recuerdo) rotundamente carnal, a diferencia de aquellas presencias fantasmales que mordían, trituraban y deglutían. Una luz final aleteaba sobre ellas, parpadeaba sobre sus rostros, amenazaba llevárselas. El suelo, en cambio, el suelo a listones de la cubierta, parecía más visible a la luz rasante, empezaba a poblarse de cajas desvencijadas, de apelotonadas servilletas de papel engrasado, que a Pérez se le antojaban la caricatura de su misiva ya leída, estrujada de soledad, de extrañamiento y de amor. Leída ante los filisteos, publicada, perdida por eso. Los cucuruchos que hicieran de vasos yacían como duras flores magulladas, era imposible intentar un paso sin zambullir un pie en las abiertas fauces de las cajas, en el peligroso antipasto residual de la merienda de las señoras, en los pastelitos indemnes de la bandeja de los caballeros. Los trozos puntiagudos de pepinito, desparramados con una

selvática alegría verde, eran pequeños petardos desestimados por el cálculo de una buena digestión al aire frío de la última tarde, sobre las aguas del Hudson, contra el fondo empinado y azuloso de New York. Era también posible patinar sobre los pepinitos; y uno se imaginaba entonces (Pérez, tu nostalgia del cine mudo cubre en un fogonazo tu imaginación de gags imposibles, de cabriolas vertiginosas: el señor canadiense de la barba, el personaje australiano que parece arrancado de un cuadro del Greco, la sólida escritora de Albion alzándose de pronto de sus sillas plegadizas y ensayando una danza veloz de resbalones contra un telón de mar que sube y baja, para enfatizar la oscilación del movimiento marítimo, la premonición gráfica del mareo inminente), se imaginaba a toda aquella humanidad entrando en una zarabanda descompuesta y alegre, desesperadamente alegre, grotesca y violenta, como en esas tomas por las que un mundo de alta burguesía perdió instantáneamente respetabilidad en los films expresionistas. Pero nadie se movía de las sillas, nadie resquebrajaba la delgada capa de lo solemne, la frágil ceremonia crepuscular del pique nique sur l'eau. El francés extrajo una pipa de su bolsillo y se dio a encenderla. Minas Gerais rechazó cortésmente un Camel que le ofrecieron desde encima de su hombro izquierdo. Silencio, agua, mandíbulas. La mujer de Pérez había escrito esa carta y la había echado en el buzón de la agencia de aviones, la mañana misma del día del vuelo. Otrosí había llenado la maleta de sutiles mensajes por-

tadores de su presencia, de inventarios de camisas y calzoncillos, de recomendaciones objetivas sobre el tapón de un frasco, sobre el bolso de nylon para pañuelos usados. Un papelito, prendido a la solapa del pijama, se atrevía a más, daba las buenas noches y un beso. Tierna, omnipresente, insustituible. Y al mediodía siguiente, en el hotel, la segunda carta, con las preguntas y las reflexiones de la domesticidad. La señora de Pérez recorría la casa en ausencia de Pérez, se detenía ante una canilla rota, ante un árbol enfermo, ante un animal decrépito. A tu regreso, hay que resolver algunas cuestiones. ¿Qué haremos con el gallo, que está poniéndose tan viejo y achacoso? Yo no tendría corazón para mandarlo a la olla. ¿Y tú? Todas sus cartas dejaban decenas de preguntas flotando. En los primeros viajes, Pérez se había hecho un esquema de respuestas a franquear a través del océano. Preparaba papelitos con las contestaciones, los iba dejando bajo el cenicero de la pieza del hotel. Numeraba al margen las inquisiciones de su mujer, con bolígrafo rojo, y en su mente que andaba por las calles ordenaba concienzudamente las respuestas. Luego ya no. Porque si se le respondía a vuelta de correo, la mujer de Pérez no discutía ni siquiera acusaba recibo de las contestaciones. Volvía a hacer preguntas sobre otros temas. ¿Te cuidas bien? ¿Me extrañas? Claro que la extrañaba, pensó, siguiendo las malaventuras del francés para encender su pipa sobre los remolinos capciosos que el viento destrenzaba en cubierta. ¿No sería bueno que te compra-

ras unas camisas wash and wear? Las que quedaron aquí están ya muy viejas. ¿Cuántas han ido en la valija? Cuéntalas. Son las únicas presentables que tienes. ¿Colgaste los trajes en seguida de llegar? Era venturoso imaginársela entre las plantas o en el gallinero o repasando las camisas deshilachadas o zurciendo las medias viejas. Porque todo eso suponía una fe en el regreso, una fe de ella contra el miedo de Pérez. Oh, ¿para qué te habrás metido en la locura de este viaje? New York, como toda respuesta, seguía pasando un listado vertical por detrás de las cabezas gesticulantes, sus enormes panales que parecían converger, juntarse a la distancia. Y sin embargo, era una maravilla la luz torrencial que podía encontrarse y disfrutarse al fondo de sus calles, salvo en Wall Street y en el extremo del downtown. Lo demás era aire, amplios espacios respiratorios, cielo, sol, reflejos escamosos de los grandes edificios vidriados, hojas y flores viniendo en hilera polícroma por el centro de la calle y banderas multicolores al viento del Waldorf Astoria en la Park Avenue, larga flotación vegetal del Central Park desde un apartamento del piso veintinueve; y al fondo el ocaso, los puentes, el derrotado humo de los suburbios, atravesado de varillas rojizas. Uno acababa por asumir sus preguntas, pensó Pérez, como simples proposiciones, como aide-mémoire, como meras notas de una libreta de apuntes, como conato de un Diario—del—que—se—queda, según ella había dicho una vez, resignándose sin malicia. El giro del vaporcito hacía que los edificios

rotaran suavemente, abriéndose y después cerrándose en abanico, viniendo hacia el agua como sobre los dedos de una mano gorda. La chimenea de abordo tuvo la osadía de echar una fumarada sobre el Empire State, desde cuya cintura protegida contra los suicidios Pérez había mirado la tarde antes el titilante anochecer de New York, su cuajada, arracimada floración de sueños. (¡Piensas en términos tan empingorotados, Pérez!, ¿has renunciado a ser original frente al Monstruo, a tener metáforas que sean tuyas y sólo tuyas una vez que hayas dominado el vértigo?) Lloviznaba carbón desde lo alto y las señoras empezaron a temer por sus sombreros impolutos. El agua ennegrecía, estiraba cada vez más borrosamente la carga de edificios que se volcaba hacia las orillas. New York c'est une ville debout, dijo Céline. Los recuerdos literarios me persiguen, he dicho. Mis lecturas hacen las veces de mi gusto, de mi experiencia y de mi vida. Una ciudad de pie. La criatura del Greco también se puso de pie, para emularla, y fue hacia el cilindro metálico de cuya espita, bajo la toldilla central, podía obtenerse que chorreara un dudoso pero hirviente café. Fue ése el momento en que el Poeta subió a cubierta, seguido de sus admiradores, deteniéndose para estrechar manos, sin quitarse su hermosa gorra de franela, que le daba un aspecto querible de apache retirado, de boxeador arruinado por la gula. La noche antes, doblado por un equipo de traductores, había ofrecido un recital de sus espléndidos poemas, en inglés y español: Asociación de Jó-

venes Hebreos, Lexington Avenue y calle 92. Policía en la entrada de artistas, el–Maestro –está–fatigado–y–no–firmará–autógrafos, pero el Maestro los desmentía, sonreía y palmeaba, aplaudía a quienes lo aplaudían, quiso retirar la mano cuando uno de sus traductores, más rápido que él, se curvó hasta besarla. Era vital, era arrebatador con su sonrisa gordezuela, socarrona, retenida en los pómulos, con sus ojos de párpados espesos, con su talante de gloria sin envidia. Pérez lo admiraba perdidamente, leía —para azotarse en su debilidad— todos sus libros efusivos y poderosos, y le pasmaba ahora esa capacidad proselitista de sembrar cariño sin despertar emulación, como si regalara bocaditos de su propia fama, como si —visto el asunto con toda naturalidad— su gloria fuese algo excesivo para que la llevase él solo y precisara compartirla campechanamente con todo el mundo. La fotógrafa de Life se adelantó con ímpetu periodístico y el Poeta se apoyó de golpe en uno de los hombros de Pérez, tomó con la mano libre las espaldas de una muchacha, quizá desconocida, y la atrajo hacia sí. Quiero sacarme una con mis amigos, proclamó bajo la cúspide de la gorra de franela, luminosa y oblonga contra las brumas del atardecer. One with my friends —tradujo, ensayando un ademán circular con el índice de la mano que había abandonado momentáneamente el hombro de Pérez y ya volvía a posarse sobre él. Y en gesto de presentarlos genéricamente, sin cumplimientos, desde la profusión de figuras sentadas y de rostros anhe-

lantes que lo miraban: I hope you know my friends. Oh, yes. La fotógrafa de Life restalló varias veces seguidas su flash, el Poeta sonreía o se tornaba súbitamente serio. Señores claudicantes, polizones benignos, padres de poetisas pedían que les fuera presentado, querían estrecharle por un instante la mano, sonreirle y obtener su sonrisa. Él, inagotablemente, se prestaba: repartía palmas y palabras y relámpagos de dentadura. Le dieron sillas, emigraron las primeras viejas temerosas del relente. El siseo de una cámara cinematográfica —manos de un sajón— pasó del rostro del Poeta a la cercanía verdinosa de la Estatua de la Libertad. New York c'est une ville debout. Parecía hundirse en la punta henchida de Battery Place, se alejaba ahora como si comenzase a navegar en sentido contrario, escoltada por los ferryboats que venían desde Governors Island o desde New Jersey: pequeñas empanadas de luces (¿tienes hambre, Pérez?) sobre las aguas vinosas, oscurecidas. La Estatua de la Libertad tenía esa pátina, ese desgaste protector contra la fealdad que es la costumbre, la costumbre de haberla visto desde la infancia en fotos y dibujos, simbolizando lo más obvio. Sólo la noche podría ennoblecerla. Pérez pensó en la posibilidad de trepársele a la cabeza, y pensó si eso mismo no estaría ocurriéndole con el rosé. Entonces, "precautoriamente" —como él decía— se alzó de su silla, cambió golpecitos con el Poeta, que recién parecía haberse instalado a sus anchas a tomar vino, y fue hacia la baranda que daba sobre el lado de New York anoche-

ciendo. Puso la caja de lunch en el espacio que protegían sus piernas separadas, y se abandonó a mirar la estela de popa, salpicada de luz por las lejanías oblicuas de la ciudad y de otros navíos. Fue entonces cuando empezó a armar retrospectivamente la frase inaugural de su relato: El vaporcito avanzaba, empenachado de humo, etc. Si alguna vez la realidad te fascina, Pérez, deberías vivirla sin prisa, sin mezquindad y sin cálculo, en vez de ponerte a componer instantáneamente sobre ella, dilapidando y despanzurrando las sensaciones presentes por apresurarte a trabajarlas. Serían ya las nueve de la noche en su ciudad y en su ciudad era invierno. No había que entregarse a pensar en las plantas ni en los tendederos de ropa ni en el corral, pero sí en el cuadro dorado, ígneo, chisporroteante de la chimenea. Manos tendidas de la mujer de Pérez. También aquí hacía frío, a pesar del proclamado verano de los calendarios. Un frío repentino que se alzaba del agua, que golpeaba en rachas, que surgía de la marcha, que parecía venir al encuentro del vaporcito desde el grácil prodigio insostenible del Verrazano Bridge, desde la gigantesca curva gris ascendente con que el puente rasgaba la noche, inclinado, dibujado y tenso como el cuello de un violín, como si fuera a echarse a sonar sobre la inmensidad mortecina de las aguas. Te siento más estimulado, Pérez, más dueño de tus imágenes grandilocuentes, más aquerenciado al paisaje. Felicitaciones. C'est pas la même chose que dans une péniche sur la Seine. Claro que no. Vio a la Observer por Fran-

ce, su boca minuciosamente arrugada: arrugados sus labios, cercado de arrugas el diseño de la boca, arrugada la piel del mentón, arrugas concéntricas que un menguante resplandor de crepúscupo sobresaltaba a rabiar. El viejo ensayista había logrado encender su pipa y echaba grandes bandas de humo, bocanadas y resoplidos oblicuos contra el ocaso, sin duda para velarse la martirizante imagen cárdena de la boca de su mujer, esa boca acosada por miles de fruncidos, de pliegues, de escrituras chinas. C'est pas la même chose. Claro que no. Y si lo fuera, pensó Pérez, ¿qué sentido tendría viajar, desprenderme de mi mujer, abandonar mi rincón y mi portátil? Sí, era evidente, ellos dos viajaban juntos y la vieja de la jareta infernal podía darse al regodeo senil de la nostalgia de los lugares. Bueno, Pérez, tampoco exageremos la hostilidad. Opuso la espesura de sus hombros, apoyó en el cuenco de sus manos la cabeza y los franchutes pasaron a ser dos voces. Tout ça manque de proportion... si énorme, si étrange... Era exactamente lo que Pérez había esperado sentir y no había sentido: New York era una ciudad mucho menos abrumadora que Sao Paulo, por ejemplo: mucho menos agresiva, mucho más sigilosa. Bueno, no conocía cabalmente la ciudad, su olor, sus contraseñas, sus escondrijos, los rincones en los que una ciudad se rinde y entrega su alma. No. Apenas había resbalado sobre un pedacito de su piel. Apenas. Ni podría pretender que llegaría a conocerla en siete días más, en tan poco tiempo. El ABC del turista: la torre del Empire

State Building, el azogue plano de los ríos, el color irritado del Village al sol de mediodía, su afónica vocinglería de carteles en la noche, Wha?, los jugadores de ajedrez sobre las mesas fijas y de tablero tatuado en Washington Square, la estatua de Garibaldi, el Arco de Triunfo, más guantes de base-ball, drogados en la 6th.Avenue, borrachos dormidos en las aceras del Bowery, insoportable ferretería zangoloteada del subway, ésa era toda la New York que conocía, New York de verano, húmeda, pastosa, caliente. Pero ahora venía cada vez más frío desde el agua entintada que surcaba el vaporcito y los franceses habían desaparecido, llevados tal vez por el frío: hacia la espita del café, hacia los sotechados bajo cubierta, quién sabe. Estalló una burbuja de risas jóvenes y de aplausos a su espalda: un poema, quizás, o un epigrama o tan sólo una frase feliz ante una audiencia predispuesta. Pero qué lejos empezabas a sentirte de todos, Pérez, qué desasidamente lejos, lejos de ellos porque en una semana más ellos morirían irremisiblemente para ti y tú para ellos, decirse adiós en el lobby del hotel mientras se esperaba el taxi equivaldría a condenarse recíprocamente a muerte, a decretar No existirás en adelante para mí o, lo que es lo mismo, Te llevaré en el recuerdo. Y qué lejos empezaba a estar también tu mujer, Pérez, cómo podía disolverse, devorada en la noche a miles de kilómetros detrás de tu nuca. Habrá sido tuya muchas veces, piensas, pero ¿qué significado tiene la posesión a tal distancia? ¿y qué es el amor sin la posesión? Ante ti no

está extendido su cuerpo desnudo de mujer sino el cuerpo indeseado de toda una semana, comitivas, coctels, How do you do, Glad to see you, paseos, una pausada cena con candelabros en el Plaza, los Picasso del Museo de Arte Moderno, Les Demoiselles d'Avignon y Guernica, y también —hasta mediados de agosto, en exposición temporaria— las fantasmagorías y los desgarrones de color, los horripilantes y precursores huevos fritos de luz de Joseph Mallord William Turner; y los senos montañosos de Sofía Loren y el patio con los abotagados bronces de Henry Moore y el vaso de whisky abandonado entre las piernas de un rollizo desnudo de Maillol. Y después, al mediodía del domingo próximo, el viaje a una típica morada campestre —así dirá el programa— y sesenta millas de ómnibus y una jocunda, sonriente, crucificada familia americana que recibe a una tropilla de escritores cuya obra no le consta y trincha para ellos pavos y jamones bajo los árboles de un glorioso comienzo de tarde dominical y abre latas de cerveza Rheingold y ofrece Coke y derrama cestas de panecillos minúsculos sobre los caballetes veteados por la luz movediza que filtran las doradas frondas... Todo es Arcadia, y en el pórtico trasero de la casa —oh, la casa es perfecta, la recorren, qué hermosos los aposentos y qué acogedora la chimenea con su guardafuego y qué nobles los retratos de familia y qué finos los potiches de porcelana en las hornacinas y qué nutridas y parejas las filas de libros, pero oh, desde más cerca, desde más cerca los libros son de Flo-

rence Barclay y Zane Grey, mal que le pese a la tropilla de escritores en mangas de camisa— en el pórtico trasero de la casa los hijos mayores de la familia (el padre es aviador de la Panamerican, dirá alguien y acaso, supersticioso Pérez, sea el mismo que te ha traído hasta New York sin que le vieras la cara, el Comandante Johnson o algo así) juegan ping-pong con los escritores rumanos, ganan y pierden alternativa, permutativa, urbanamente, mientras alguien pregunta sobre tu hombro si serán compatibles el socialismo y el tenis de mesa y mientras los niños menores juegan cricket de jardín en taludes de césped y te ofrecen el palo y lo rehusas diciendo solamente Thanks, dando a entender que no sabes del modo más económico, las palmas de las manos a la altura de tus hombros y tus hombros encogiéndose simultáneamente, no sabes ni lo bastante de inglés ni nada de cricket y los niños te entienden y avergonzadamente ríen como disculpándose, los niños avergonzados de saber más que los grandes, una civilización perfecta, una cortesía puesta del revés, los niños hablan en la mesa tan sólo si se les pregunta algo, Yes Sir, No Sir, y están silenciosamente listos para abrir con presteza dos muescas en la próxima lata de Rheingold hacia la que dejas caer imperceptiblemente la codicia de tus ojos, y listos para ofrecértela, y tendrás alguna vez que agradecer y alguna otra que reir y sentirás entonces tu dentadura sucia y desportillada entre tantas dentaduras perfectas que te sonríen, espejean y agasajan, y tu mujer no estará a tu lado, socorro de tus

pobrezas, confortación de la rutina, mansedumbre del hábito, no estará, no estará, clamorosamente no estará ni tendría nada que hacer entre ellos ni podría protegerte si estuviera, y sólo podría haber estado para decirte al regreso que todos ellos se han comportado mejor que tú, han estado mejor planchados que tú, mejor afeitados que tú (los aviadores ya se sabe), mejor instalados en sus vidas —no importa que puedas consolarte pensando "en la estolidez de sus vidas"— que tú en la tuya (¿y quién te asegura que la tuya no sea también un poco estólida?), más sobrios que tú, más comedidos que tú, más oferentes que tú, más generosos de darte que alegre tú de recibirlo, excediéndote, abrumándote, corriendo a hacerte café en cuando insinúas en broma las esclavitudes nativas de tu costumbre de sobremesa, pensando solamente en hacerte simpático y hacerlos simpáticos a tus ojos con la anotación de una carencia, una vez que descartas la esperanza de que puedan paliarla. Oh, Pérez, ése será el colofón de tu semana, así culminará, estarás mirando a los niños y entonces el rumano joven y de barba, que durante el viaje ha estado haciendo funcionar incesantemente, a través de los cristales verdosos del ómnibus, su cámara cinematográfica comprada y usada con tanta novelería, y que durante la espera del almuerzo y después de él ha estado jugando infatigablemente al ping-pong sobrevendrá, se acercará a ti con su camisa húmeda, con su frente sudorosa, con su melena revuelta, te palmeará, te sorprenderá mirando, casi sin

verlos, a los niños del cricket y te supondrá los mismos pensamientos que él instantáneamente forma en su cabeza, y te dirá Regardez cette Lolita y ya dividirá maliciosamente tu mirada que iba hacia nadie o hacia todos los chicos jugando mezclados sobre el césped y añadirá, oprimiéndote un brazo, que su sueño C'est mourir vieux, très vieux,savez-vous,tout entouré de gloire et de corruption de mineurs; y tú entonces lo festejarás desmedidamente con él —no te ha hecho tanta gracia, pero son días de mutua cortesía— y cuando acuda el rumano siguiente tendrás la falsa urgencia de contárselo en tu mal francés, para no pareçer insensible al humor ajeno ni al humor que se desliza en la tarde bajo los árboles, junto al arroyo, bajo los robles; y luego, mientras la tropilla de escritores aguarde el ómnibus de regreso y la crucificada familia aguarde liberarse de la tropilla de escritores traída y evacuada a horario fijo, el humor te volverá de improviso, esta vez volverá a ti como a su portavoz, como a su agente más culto cuando repares, en el cartel indicador del nombre de la finca, las enigmáticas y presuntuosas palabras Conscience Meadows: Los Prados de la Conciencia, traducirás, y entonces te lucirás —oh sí, ya se sabe que tus mejores asociaciones de ideas son de estirpe literaria— evocando ante el aviador de Panamerican y ante tus rumanos retributivos, complacientes y todavía sudorosos, que en The loved one al cementerio se le ha bautizado de Whispering Glades, los Prados Susurrantes, y así habrás comparado —para alardear de erudición— la casa

en que te dieron hospitalidad y pechuga de pavo y rebanadas de jamón y siete u ocho latas de Rheingold y un horrible pero inesperado café con un cementerio murmurante, no será muy feliz, no habrás estado demasiado amable y el rumano de la corrupción de menores responderá diciendo tan sólo Ah sí, Evelyn Waugh, y el dueño de casa, sin sombra de enojo, sin sombra de humor, sin sombra de entendimiento te explicará que todo aquel sitio se llama Conscience y aquella otra finca (te señalará a lo lejos la casa blanca) Conscience Hills, Las Colinas de la Conciencia, y aquella otra, semioculta por la arboleda, Conscience Brook, porque está sobre la misma pendiente que baja hacia el arroyo. Oh sí, ahora mismo, en esta noche ventosa y fría del vaporcito se está incubando todo este bochorno, todo este equívoco, todo eso. Las luces empiezan a achatarse más y más sobre el agua y él piensa qué pasaría si se arrojara ahora mismo. Bueno, todo es cuestión de decidirse y plaf. Oh, el agua está helada, mucho más fría que el aire de la noche, helada y al caer en ella sí se sabe que viscosa, sí se sabe que realmente sucia y aceitosa, con un légamo impalpable que te toca repentinamente la cara mientras te hundes, la cara mientras sorbes una bocanada y te hundes, mientras te tomas una bocanada horrible y aflojas el cuerpo y te dejas caer, Somorgujó de nuevo la cabeza y al fondo se dejó calar del río, asociaciones literarias hasta el último suspiro, hasta el último anegado suspiro bajo las aguas, y a esas ropas pesadas y plomizas ya nadie las juz-

gará en una morgue más arrugadas que las ropas de franela del señor de Los Prados de la Conciencia, que el tweed del vecino de Los Prados de la Conciencia, acaso el dueño del Arroyo de la Conciencia. Porque sencillamente has abolido, acabas de abolir, arrojándote al agua, Los Prados de la Conciencia, has suprimido la semana que te espera y que no conoces ni adivinas pero de algún modo impreciso intuyes llena de sinsentido y estupidez y te hundes, liberado y sin lástima de ti mismo te hundes, solo, solo, solo y sin escritores ya te hundes, como diría el Poeta, te hundes sin audífonos para discursos en inglés, sin orejas esforzadas para discursos en francés, ya sin zapatos pero esta vez no sobre la alfombra del hotel, sin una lata de Rheingold en la mano y sin nada, lejos de la señora de Pérez pero no más lejos de ella que si debieras estar ahora mismo o el domingo próximo en Conscience Meadows, lejos de la señora de Pérez pero no más lejos que en las sesiones plenarias, y el agua se apodera insidiosamente de ti como antes ha disuelto a toda la ciudad de New York y te imaginas encontrar las calles llenas de sol que has andado por la mañana en los estratos más profundos del río, y estás solo y la dentellada de frío va desnudándote, oh Pérez, qué literario eres, serías así aún para morirte. Para morirte lejos de la señora de Pérez, lejos también, lustralmente lejos de la mujer pecaminosa vestida de leopardo que entresemana llevaste desde el coctel del Museo de Arte Moderno hasta la pieza de hotel, la argentina ansiosa que no pudiste llegar a po-

seer porque cuando —ya con ella tendida en un diván preliminar— te apartaste por un instante y te adelantaste, en robe de chambre granate y negra, a abrir la puerta de la suite creyendo recibir los vasos y el hielo del room-service, irrumpieron en tu pieza el desaforado poeta mexicano que se parece a Günter Grass y su angosta mujer que había nacido en Bronx y ninguno de ellos quiso irse al ver toda tu botella de scotch intacta y la argentina siempre ansiosa, pero ya más incómoda que ansiosa dijo, a mitad de botella, que bajaba un minuto a telefonear y desapareció para siempre, y eso te condenó a emborracharte con Günter Grass y con la flaquita sesgada de Bronx aquella noche de hotel, aquella noche de prometida infidelidad y de verdadero escocés. Todo eso acabas de evitarlo arrojándote a las aguas del Hudson, a las verdaderamente sucias y pegajosas aguas nocturnas del río Hudson; ya no podrás escribirlo, querido Pérez, ya no habrá tiempo ni ocasión ni fama. Qué lástima, no estabas enfermo, tampoco sentías vértigo como lo sentiste desde la altura del Empire State, pero la borda del vaporcito era fácil de superar con la pierna y la reja de la torre no lo era, he ahí toda la diferencia, toda el ancla que te mantenía atado a la vida y a la señora de Pérez, tout ça manque de proportion, évidemment, y otro trago de agua como lleno de pequeñas ramazones varicosas de mugre y otro trago y otro trago y es el hollín y no ramazones, es el hollín caído y semidisuelto, la lepra de las ciudades, la escoria de los vapores, la

costra de estos mundos tan limpios, oh Pérez, tan engañosamente limpios, tan falazmente limpios como el abierto teclado de los dientes del dueño de la Conciencia, del dueño de Los Prados de la Conciencia. Que la señora de Pérez te perdone, no precisarás ya más wash and wear; pero ¿para quién serán en adelante las camisas menos deshilachadas que aun queden en tu armario? Oh, este recuerdo te sobrecoge, esta evidencia hace estallar una gran ampolla de luz en tu cerebro, como las fastuosas ampollas de luz que hace estallar Turner en la niebla de Londres, oh, tus camisas, la autoconmiseración que te despiertan tus camisas, los pequeños prados arrugados y sucios y lavables de tu conciencia. Ah, si lo hubieras pensado a tiempo —morir en esta gran ciudad, en el abrazo cenagoso de sus aguas oscuras, lejos de tus camisas repasadas amorosamente por la señora de Pérez— no lo habrías hecho. Oh, el évidemment demuestra que la frase es la misma que escuchaste hace instantes, hace siglos, la misma y otra nueva, une tournure, como ellos dos dirían, o sea que aún están ahí, que siguen estando ahí cuando habías creído suprimirlos, que han navegado este pequeño trozo de la noche junto a ti y allí, contigo aunque sin conocerte ni quererte, junto a ti están asimismo llegando. Los miras, el punto de luz de la pipa del francés se confunde con una boya o con una fulguración más entre los miles de destellos de New York a la vaga altura del hombro del ensayista y picando el contraluz a silueta de la cara de las infinitas arrugas

concéntricas. Oh, Pérez, aún estás afortunadamente vivo. Déjate de sueños tremebundos, de pesadillas de cabeza pendulante. Toma tu caja de lunch, llévatela al hotel, ábrela al mismo tiempo que una lata de Rheingold sacada de la pequeña heladera de la kitchenette, oh civilización milagrosa. Ábrela y échate a la boca un pepinito y acompáñalo de un trago largo. Hay más latas de Rheingold en el congelador, hay una caja entera, es decir seis latas. Mastica sin prisa, que ante ti —agazapada, esperándote— está toda una horrible semana de ponencias trascendentes, New York por la noche, disquerías, museos y también Los Prados de la Conciencia como postre para el domingo. Y ahora bájate, Pérez, que el vaporcito ya ha atracado y todos ellos bajan. Se mueve pisando con cuidadosa lentitud, ¿habrá soñado, habrá sentido de veras el agua fría, está mojado, le pesan tanto de verdad los zapatos?, se aparta un poco de la pareja de franceses, da unos pasos errantes por cubierta. Piensa que nunca había sentido este vértigo del agua, esta paladina presentación de la Muerte. ¿Estará vivo? Tendrá que esforzarse por recordarlo hasta llegar al hotel y lo apuntará antes de abrir la caja del lunch, para que no se le olvide. Tiene unas ganas locas de contárselo a la señora de Pérez, pidiéndole que guarde la carta como borrador de intenciones. Después se verá qué sale de todo eso. Lo anotará, y recién cuando lo tenga aprisionado en su cuaderno se sentará a comer. No tiene hambre, no sabe aún lo que le aguarda en toda la semana que

nace parida por esta noche de domingo. Al final de la noche, echará una ojeada al libreto del programa. Acaso el suicidio, este alegórico naufragio individual pueda incluirse también en el cuento. Ahora mismo, en cuanto esté sentado en el ómnibus, intentará escribir —siempre con ese pánico cobardón de perder un capital de frases repentinas, geniales e inolvidables— intentará escribir en la libreta de direcciones, en una página cualquiera, con un lápiz (se registra, ha olvidado el suyo), con un lápiz que alguien le preste, la primera frase, para evitar que se le escape, para impedir que se desvanezca en el aire nocturno de los muelles de New York, la primera frase, la frase del comienzo, las palabras de arranque, el pórtico del cuento —con su fe de que todo lo demás habrá de salir solo, fluyente, espontáneo— la primera frase (se toma de la pasarela, sustrae la caja intacta del empellón costero de una de las poetisas de pamela floral), una frase sencilla pero compendiosa, que diga más o menos así: El vaporcito avanzaba, empenachado de humo, por las sucias aguas del Hudson.

el prisionero

—Me detuvieron y confinaron sin explicaciones. Y empezaron a pasar los días. Todos iguales, sin novedades, sin noticias del mundo. La llave en el cerrojo a sus horas, la apertura de la mirilla a sus horas, la comida a sus horas. Yo ni siquiera tenía reloj, el tiempo era para mí como un gran coágulo quieto, que esos pequeños actos no interrumpían. Cuando debían ir ya diez o quince días, empecé a desesperarme: ¿cuál era mi culpa, por qué estaba allí? Pedí que me dejaran ver al director del presidio, que me trajeran un abogado. No podía saber cuál era mi culpa, pero quería que alguien ensayara mi defensa.

Pasaron diez o quince días más, y una mañana giraron los cerrojos, la puerta se abrió a medias y por allí se escurrió a la celda, hacia mí, un hombre joven, mustio, rubio, de grandes ojeras, ojos azules y barba rala. Al principio lo tomé por otro preso que viniera a hacerme compañía y me alegré. Pero el hombre se sentó en mi camastro —yo estaba de pie— y empezó por decirme que era mi abo-

gado, que lo habían nombrado para que defendiera mi causa, que no era nada grave y que todo acabaría bien en unos pocos días más, tal vez otros diez o quince. No aclaraba cuál era el delito que se me atribuía, pero hablaba con un entusiasmo que debería haber sido contagioso, y repetía que la cuestión no era grave. Yo seguía el brillo inteligente de sus ojos azules, contemplaba su hermosa cabeza griega, atendía al movimiento de su boca que hablaba sin pausa, al dibujo de sus labios sinuosos y sensibles, un poco afeminados quizá, más, mucho más que a lo que decía. Lo que decía, por cuarta o quinta vez, era que todo se arreglaría pronto, que había que ser optimista. Sentado en el camastro, los pies colgando hacia mí, gesticulaba con vehemencia, me prometía la libertad que muy poco después obtuve. Abría desmesuradamente sus grandes ojos —tan infantiles, tan persuasivos y transparentes— y lo oía repetir que era mi abogado, que lo habían designado para ocuparse de mi caso y que todo se haría con felicidad. Lo decía fervorosamente y yo, sin embargo, no podía creerle...

—¿Y por qué no podías creerle?

—Porque estaba mirando sus pies descalzos.

la muñeca

Servando, pensaba la maestra, nunca podrá ser el nombre adecuado para un niño. Es demasiado austero, demasiado senil. Hacer el amor con Servando puede tener un sentido, si se hace con un adulto; pero jugar con Servando, si se alude a un chico, parece un despropósito. Y además, el diminutivo no es factible. ¿Alguien podrá haberse llamado alguna vez Servandito? No es justo que una criatura humana reciba semejante nombre. Porque un viejo puede llamarse Servando. Pero para eso es necesario que, previamente, un niño se haya llamado Servando. Y eso no.

En compañía de Miguel, Servando iba por la playa. Invierno, media mañana. A esa hora, por la altura del sol, podía calcularse que los demás debían estar en el recreo. Campanillas, niños–no–corran, ¿no saben–jugar–sin–destrozarse–la–ropa? Ellos dos se habían hecho la rabona. Una rabona sin plan previo, porque sí, acordada sobre la hora misma de entrar a clase. La playa a unas pocas cuadras, un sol desganado y pálido, el mar

en bajante. Sin duda había estado mucho más crecido la noche anterior, porque sus pies se hundían en una arena blanduzca y embebida, dejaban la huella anegada con la forma de los zapatos.

Tampoco un niño puede llamarse Severo, y años atrás ella había tenido otro alumno que se llamaba así. El acto de los padres al engendrarlos puede ser instinto desnudo, un acto sin significación posible ni consecuencia responsable. Ponerles un nombre ya es el primer choque con el mundo, y a ese choque se revelan impotentes. No para concebirlos, sí para bautizarlos. Sólo la fornicación y el amor. Sólo eso.

A los once años que ellos dos tenían lo que vieron —el ínfimo cuerpo a un lado de la canastita de mimbre, la canastita empapada y volcada como si originariamente hubiera contenido ese cuerpo y luego se le hubiese escapado— sólo podía darles la imagen de una muñeca, o la de un retablo o la de un nacimiento, como se estila en las casas y por Navidad ¿Por qué un nacimiento en el mar? Eso no podían haberlo razonado de golpe. ¿Un nacimiento en un buque y un naufragio inmediato? Pero el mar no habría traído la canastita y su muñeco —porque en tal caso pasaba a ser un muñeco, el Niño Jesús— para depositarlos tan casualmente juntos en la orilla, la canastita volcada, el muñeco a unos centímetros de la canastita.

Lo peor no es la inocencia de un chico de once años. Lo peor es su malicia. Es claro que ellos incorporan muchas palabras a su léxico

sin pensar, y cuando anuncian "Su hijo, señorita", acatan una forma de respeto en el trato que les viene desde primer año, y que no reconoce particularidades de estado civil, evidencias genésicas ni familiares en contrario. La malicia no está allí. La malicia son las primeras miradas hacia abajo de la mesa, cuando previamente me han puesto nerviosa, cuando saben que mi inquietud se traiciona en el movimiento de mis piernas.

Se acercaron, pensando que la podrían poner en la canastita y que podrían —si no pasearla en triunfo (no había nadie en toda la desierta amplitud de la playa, no era ya tan temprano como para que los vareadores estuvieran bañando sus caballos en los extremos de la media luna de la bahía)— por lo menos llevarla al día siguiente a clase, ablandada por largas sumersiones como seguramente estaría, estropajosa como seguramente estaría, con reventones de hemorragia pajiza como seguramente estaría. Tampoco se lo dijeron. La vieron a un tiempo, exclamaron "Mirá" y fueron hacia ella. Pero Miguel, que fue quien llegó antes, se detuvo.

Conozco sus comparaciones y son lógicas. Aquella cosa mucilaginosa, aquel horror, ¿cómo podían decírmelo si no era tratando de avergonzarme como mujer, con la suposición de que aquello había sido hecho por otra mujer como yo y no por niños como ellos? Porque ellos eran culpables tan sólo de una rabona y, frente al hallazgo, esa culpa parecía tan venial que se sentían dispuestos a ser juzgados siempre que al mismo tiempo se die-

ra espacio a su arrogancia de explicarse, a su derecho de preguntar; y siempre que se considerara el acto mismo de piedad por el que se sentían redimidos. "Parecía una rata, señorita".

Parecía una rata, sí. Una rata que tuviera la forma de un muñequito, de una muñeca. Una rata cartilaginosa y ensopada, una rata con boquita a un tiempo de rata y de niño, un niño hecho con una sustancia de rata y, lo que es peor, de rata desollada, de pequeña, desgraciada rata humana, como si un malvado se hubiera divertido sacándole la piel con un cortaplumas. Eso fue lo que vieron.

"Como una rata inflada, señorita". Claro, el estado edematoso, la horrible maceración de toda una noche en el agua. Pero además lo comprendo. Tenían que ocultarme lo otro, darme la idea de que lo peor era la hinchazón, los dos grumos en el lugar de los ojitos, un estallido de la piel en el sitio del sexo. No sé si empezaban a entenderlo hasta el fin, o si esperaban que yo se los dijera.

Se acercaron y, en un primer momento, no se animaron a tocarla. No se habían dicho que la pasearían en triunfo ni que, al día siguiente, hubieran de llevársela a la escuela, para regalarla a alguna de las niñas de la clase, a aquélla que Servando o Miguel (¿quién podía pasar en definitiva por el dueño del hallazgo, quién fue el que dijo al otro "Mirá"?) secretamente prefiriese, tal vez amara. No lo habían dicho pero es probable que lo hubieran hecho. Una muñequita aporreada por el mar, el desecho de una muñeca de

niña rica, a lo mejor de niña rica de altamar, llevada hasta la orilla de una escuela de barrio, ¿para qué hacerse tantas suposiciones sobre lo que pasaría con ella?

Los conozco, y creo que sé hasta dónde son capaces de llegar. Lo más grave, hasta ahora, había sido el episodio de la rabona anterior y de la bicicleta robada. Bueno... robada. La madre de Servando vivía resistiéndose a las palabras y sobre todo a los conceptos. Era una pobre mujer, casada con un hombre mujeriego, jugador y borrachín. ¿Tantas cosas a la vez, alguna de ellas acaso antagónica de las otras? Eso, por lo menos, era lo que se decía en el barrio. Una pobre mujer ilusa, que se ganaba a duras penas la vida y al mismo tiempo quería ganarse el cielo entregando en las casas, para pasar a recogerlos horas o días después, sin que casi nadie se los retuviese y comprara, ejemplares de una revista que anunciaba el Reino de Jehová. "Al profetizar en cuanto a estos mismísimos días en que vivimos —decía la revista— tiempos críticos en los cuales elementos egoístas, desaforados, estarían ejerciendo influencia en la entera sociedad humana para detrimento suyo, el apóstol Pablo incluyó en su lista de malhechores a los que son blasfemos, desobedientes a los padres, desagradecidos, a los que son sin amor de la bondad, a los que son testarudos, hinchados de orgullo, amadores de placeres más bien que amadores de Dios". La maestra tenía un ejemplar ofrecido por la madre de Servando, para que ella también —ya que educaba niños— co-

nociese y tuviese ante sí, perennemente, el verbo de Dios. De ese modo, semejante al de los artículos de la revista, se expresaba la madre de Servando; y la maestra se había sentido un tanto estólida cuando había tratado de recordarle aquello otro de la caridad bien entendida, que no estaba en la Biblia y sí en el buen sentido (¿pero era solamente caridad?) cuando había tenido que exhortarla a que atendiera un poco más a su hijo y un poco menos a los ejemplares de La Atalaya distribuídos en las casas de muchas cuadras a la redonda, durante horas de la mañana y horas de la tarde, las mismas horas en que Servando hacía la rabona u olvidaba los deberes, las mismas horas en que jugaba a la pelota en la calle o saltaba sobre una bicicleta ajena (y en el curso de aquella conversación no había tenido aún la truculenta posibilidad de enrostrarle "o se topa con un feto en la playa", porque la conversación había ocurrido antes de aquella mañana).

La bicicleta estaba recostada a la cerca de un jardín y tampoco aquella vez fue posible discernir cuál de los dos —Servando o Miguel— había sido el autor de la idea. La maestra se inclinaba a pensar que Servando, porque era quien mandaba al otro, porque era el más arriesgado y porque era quien confesaba haberla manejado. Habían tomado la bicicleta, habían salido a dar tan sólo una vuelta. "Eso se llama robo", recordaba haberles dicho la maestra, ante la consternación de la madre de Servando, ante la irritación del padre de Miguel, que quería —allí mismo, de-

lante de la maestra— empezar de una buena vez la paliza que repetidamente estaba prometiendo a su hijo. La explicación de los muchachos era una sola, siempre la misma: pensaban devolverla. Sólo que aquella rabona había sido más allá de las cinco canchas, en una zona que no conocían, y se habían despistado más aún con las vueltas de la bicicleta. Servando le daba a los pedales, Miguel iba sentado primero en la horquilla y luego, ¡era más divertido!, en el manubrio, los pies colgando hacia adelante, las suelas de los zapatos rozando el asfalto. "¡Un par de zapatos por semana, así no hay plata que alcance!", gritaba desmesuradamente el padre. Se habían desorientado y no habían podido encontrar el jardín, reconocer la cerca, restituir la bicicleta. Se habían asustado, la habían metido en otro jardín cualquiera —tampoco podían precisar cuál de ellos— y la habían dejado acostada sobre el césped, oculta tras unos arbustos en herradura, que no acertaban a describir muy bien.

¿No la habrán tirado en la cantera, de puro abombados?, preguntaba el comisario. No me hagan buscar por gusto. Estaban muy asustados, era igualmente difícil mentir o decir la verdad: dijeron que no. El libro de la Comisaría daba cuenta de una bicicleta robada, y podía localizarse el sitio de dónde la habían sacado. ¿Qué importaba eso ahora, si no daba cuenta de ninguna bicicleta devuelta? Seguramente un tercer ladrón, decía el comisario ("el verdadero ladrón", corregía la madre de Servando), la había encontrado entonces,

había resuelto quedarse con ella. Después las disfrazan, decía el padre de Miguel. ¿Las disfrazan?, preguntaba cándidamente la madre de Servando, como si alguien pudiera estar pensando en el Carnaval a aquellas horas. Sí, las pintan de otro color... o las desarman, y venden por aquí el cuadro, por allá las ruedas, y lo demás lo tiran —ellos sí— a la cantera. Si alguien rastreara... ¿Para qué quiere toda esa porquería ferruginosa?, había replicado el comisario.

En cuanto la vieron y vieron que no era una muñeca sino una rata con forma de niño, se acordaron (tampoco se lo dijeron) que ya aquella vez de la bicicleta el Juez los había devuelto a sus padres bajo condición de buen comportamiento y tras una enérgica admonición (como él mismo había dicho: "Espero que no olviden esta severa reprimenda"). No se habían olvidado y tampoco se habían portado bien. Habían seguido matando gorriones a hondazos, rompiendo vidrios a pedradas, metiéndose en casas abandonadas en busca de aventuras y hasta colocando alguna grampa bajo las ruedas de los autos estacionados. Pero eran cosas más chicas que el robo de la bicicleta, y el Juez no volvería a saber de ellos. Ahora, en cambio...

Sí, esto me parece más grave que lo de la bicicleta. Más grave en el sentido del mal que hace a los restos de su inocencia. No más grave en el sentido de su culpa. Porque ellos van por la playa, se han hecho simplemente la rabona, ven junto a la orilla algo que creen una muñeca, se acercan y ¿qué puede haber

de mal propio de ellos en todo esto? Sí, bueno, pero no sólo por el mal que uno causa expone su inocencia. También se sufre con el mal que uno encuentra en el mundo. Oh, estaba razonando como una página de La Atalaya: basta.

La vieron. Se parecía a una rata, o quizás a un murciélago: era como una criatura sin piel, minúscula, cruzada por cordoncitos, con ampollas en la barriga, como si hubiese estado toda la noche anterior en el agua y la hubieran mordisqueado los peces, aunque tal vez todo eso era una ilusión y no hubiese sido más que rozada por el agua. Se agacharon para verla mejor. Era minúscula, pero parecía terminada. Incluso podía saberse que, de haber vivido, habría sido mujer. Esto sí lo sabían.

Volaban unas mosquitas muy pequeñas alrededor. Todo en proporción: unas mosquitas como no se veían en tierra, chiquitísimas, que de todos modos —como si giraran en redondo sobre una mata de flores— no la tocaban. No despedía ningún olor, pero el agua que se encharcaba debajo tenía un aspecto desagradable, el de una baba segregada por el mismo cuerpo.

Nunca trae los deberes. Pero la madre, esa pobre mujer, firma en seguida los boletines de calificaciones y las cédulas enviadas al padre para que concurra a enterarse de la conducta de su hijo Servando. Los firma en seguida por temor a las brutalidades del padre, pero ni él ni ella vienen y Servando se jacta de su impunidad tras cada llamado, lue-

go de cada boletín. ¿Y si se le prohibiera que volviese a la escuela de no ser con alguno de sus padres? Rondaría el edificio unos cuantos días, en tanto la madre anduviera vendiendo revistas que gritan desde el título "¡Despertad!" y de espaldas a lo que pasa, a lo que debería pasar entre ella y su hijo, entre Servando y los dos padres. Rondaría la escuela cuatro o cinco días, haciendo una rabona sin disfrute, una rabona solitaria y errabunda de proscripto, despertando —él sí— la piedad de sus compañeros de clase. Hasta que en un momento dado se colara, se sentara en su banco, extrajera tal vez de su cuaderno unos deberes antiquísimos que algún día apuntó y nunca hizo, los prometiera como entrega a cuenta y hubiese que perdonarlo. "Yo soy el camino y la verdad y la vida", dicen las revistas que ella vende. Y explica velozmente a la puerta de las casas, hasta que se las cierran en las narices, "cómo es Jesucristo el camino al Padre", sin haber encontrado nunca el camino hacia el hijo ni hacia el padre de su propio hijo.

No era una muñeca y no iban a atreverse a tocarla. Servando descubrió allí mismo un listón de madera, también empapado. Les vendría bien para la operación proyectada: traer la canastita, cuya urdimbre pútrida amenazaba con despedazarse en la mano, apenas la estrujaran un poco, y arrimarla al cuerpo que, removido, parecía agrandarse o hincharse en el momento en que, empujando los flancos con el listón y levantando con la criatura también un poco de arena mojada (las mosquitas

habían desaparecido) Servando lo allegaba al borde de la navecilla. Miguel manejaba la cesta como si fuese una cuchara, como si el cuerpo pudiera deslizarse desde la palanca de madera y caer allí dentro. A veces, después de un despojo furtivo, Servando había ensayado la cautelosa maniobra de volver una confitura a su molde de papel, haciéndola resbalar —sin que se desintegrase— hasta la forma de bordes ondulados que debería contenerla. Algo monstruosamente parecido era esto, sólo que esta vez la cosa trasegada era una criatura a medio hacer, esa cruza de rata y ser humano que veían, que casi llegaban a tocar. No se animarían a hacerlo, parecía frágil, esponjosa, impregnante. Sería como tocar excrementos o rostros de muertos o esas otras vergüenzas clandestinas que suelen flotar en el agua y de las que, desde niños, les habían enseñado a huir, sin explicarles por qué. Sería como tocar un aguaviva y un ratón, al mismo tiempo: algo urticante, gelatinoso, orgánicopodrido.

No se miraban mientras duró la operación. Hacerse la rabona, romper los vidrios de una casa deshabitada, ésas eran las cosas para las que se sabían preparados. "Él mismo cargó con nuestros pecados en su propio cuerpo sobre el madero, para que acabésemos con los pecados y viviésemos en la justicia. Al ofrecer su vida humana perfecta para la descendencia pecaminosa de Adán, Cristo hizo posible que el hombre imperfecto se acercara a Dios por medio de la fe". Servando había leído muchas veces aquellas pilas de revis-

tas a distribuir —a cambio de dispensarse de los deberes, de las copias, de los problemas, de los resúmenes de historia y geografía— y habían quedado nadando en su imaginación, por muchos días, las graves palabras: al ofrecer su vida humana perfecta para la descendencia pecaminosa de Adán. ¿Aquello que levantaban ahora en la canastita, eso tan pomposo y poco cruel dicho en los papeles, tan cruel y no pomposo entre las asas de mimbre, sería la descendencia pecaminosa de Adán?

Pueden ya vivir una situación como ésta, pero todavía no saben referirla. Si les mando una composición titulada "El hallazgo", por ejemplo, seguramente lo escribirán mucho peor de lo que acaban de contármelo. Podría conducirles la imaginación, es cierto: piensen si no había resaca en la playa, como después de las crecidas, juncos de los que trae el río y vierte en el mar, tablas de cajones deshechos con fragmentos indescifrables de grandes letreros en inglés.

¿Habría gaviotas, merodeando sobre peces muertos o lívidas mitades de limones exprimidos, huellas como letritas chinas del ir y venir de patas en la arena? Digan todo eso primero y ya tienen el escenario. Empiecen por la descripción y sigan con la parte de acción: es el esquema clásico. Bueno, pero acaso a ellos se les ocurriese de otro modo, y lo más interesante fuera poner a prueba su espontaneidad, dejar que empezaran el asunto por donde quisiesen, por algo que sucedió la noche antes en su casa o alguna vez perdida

en su infancia, quién sabe. Libre asociación de ideas, digamos. Escriban con absoluta libertad todo lo que se les antoje. Sí, pero quizás eso los confunda sobre el alcance de su discrecionalidad literaria y se vuelvan groseramente insolentes, para merecer el castigo. Tal vez es lo que están esperando.

Hace unos años, teniendo sólo siete, Servando de la mano de la abuela, al pie de una torre de agua. La torre tiene una puerta muy baja y una escalera interna de caracol, que no subirán: la abuela es vieja y sufre del corazón, a él no lo dejarían aventurarse solo. ¿A qué han venido hasta allí, qué quieren, qué buscan? Su abuela ya está muerta y no podrá preguntárselo, la memoria tampoco se lo dice. Abren la puerta y sale un olor a moho, a bóveda y a encierro, un frío que confirma la existencia de la escalera —tal como se lo ha anunciado la abuela— antes aún de que la hayan visto. Entra un poco de la luz del día, un resplandor grisáceo en el tubo de la torre cilíndrica; y en la rodaja del suelo de piedra, manchado de luz sucia, la forma negra, como el capullo negro de una oruga gigantesca. La abuela avanza el regatón de su paraguas y toca, justamente en la sutura de las partes, en la línea sensible por donde aquella horrible cápsula se pliega. La valva abre entonces dos alas articuladas, como jirones de una cometa en hilos de teléfono, telas rotas pero que viven y palpitan. Los ojos de Servando se acostumbran a la poca luz: ve la ominosa cabeza calva y achatada, el orificio que hace de boca, su movimiento

constante de succión. Es un murciélago, ¿habías visto alguna vez algo tan asqueroso? Pero la abuela sabe que no, que no lo ha visto antes y piensa que ni siquiera es necesario que le conteste, ya que ella afirma oblicuamente lo que pregunta. Absurdamente asqueroso, sentencia. ¿Cómo Dios podrá haber hecho una cosa así? Y si les pones un cigarrillo en la boca se lo fuman de una sola sentada, hasta consumirlo. Y cuenta que a la entrada de la gruta de Arequita, cuando ella era joven (alguna vez fue joven) no uno sino muchos, decenas de murciélagos, casi centenas de murciélagos la envolvieron al entrar y la aturdieron silenciosamente: disparaban hacia la luz y pasaban tocándole la cara, abofeteándole las mejillas, con una sensación de roce de fieltro, de fieltro peludo y húmedo, que la hizo casi desmayarse, enloquecer de asco, náusea, terror. Verdaderamente, ¿cómo es posible que Dios los haya hecho así? ¿O es que son trapos sueltos del Infierno?

"Señor padre: Esta vez es realmente imprescindible que usted concurra a mi llamado, para enterarse de problemas que conciernen a su hijo Servando". No podría liberarse de aquel papel deslizándolo por debajo de una puerta cualquiera, como si fuese un ejemplar de La Atalaya, y pasar a buscarlo tres días más tarde. ¿Lo rompería, se lo mostraría? ¿O iría ella misma, por más que la maestra hubiese comenzado por saltearsela? Usted es demasiado indulgente, señora, le había dicho una vez, como si la indulgencia no fuera una virtud evangélica sino un penoso defecto. O

como si debajo de la palabra indulgente estuviese escondiendo mentalmente otra: tonta, cándida, desprevenida, inservible. ¿Qué hacer?

A Miguel su madre lo revisaba cada mañana, antes de partir hacia el colegio. Tenía que llevar su pañuelo de bolsillo y Servando se lo pidió. Extendieron el pañuelo hasta cubrir la canastita y su carga. No había nadie en la playa, pero se habrían sentido aún más inseguros si la hubieran alzado tan cerca de ellos y de sus ojos, a su vista y —en caso de que apareciese gente detrás de los tamariscos, empujando un bote, saltando desde los médanos— a la vista de todos. Era mejor así, cuidadosamente, como si fueran higos bajados a la siesta, preservados del calor sofocante. Después habría que tirar el pañuelo, decir que lo perdiste, o lavarlo refregándolo con toda la fuerza. Lavarlo siempre que se animasen a retirarlo y tocarlo cuando la entregasen, siempre que las autoridades consintieran en devolvérselo.

No había nadie tampoco en el puesto de la Prefectura, aquel puesto donde en verano ondeaba la bandera roja de los días en que estaba prohibido bañarse y la bandera cruz verde para auxilio de los días en que estaba permitido. Nadie. Rodearon la caseta, sacudieron la puerta, golpearon la ventana. Nadie. Y entonces, sin palabras, estuvieron de acuerdo: a la Comisaría. Ninguno de los dos podía haberse olvidado del asunto de la bicicleta. Y el comisario, apenas los viera aparecer juntos, también se acordaría. Sí, pero

esta vez era una acción valerosa —altruista, como decían con cierta afectación los textos escolares— y tendrían que ponérsela en la cuenta contraria, en la de méritos. Aunque otra vez llamaran a sus padres, aunque posiblemente los dejaran detenidos a la espera de que el asunto se aclarase. Quizá sintieron que todo aquello crecería en los dos como un orgullo, como una graduación viril, como una prueba de la edad a que estaban llegando.

La primera pregunta del comisario —luego de las tres cuadras de recorrido, de las expectativas silenciosas del reconocimiento— fue una desilusión, la desilusión que los devolvía a su puesto de infancia. Tardó en llegar cuando lo reclamaron: la canastita estaba en el suelo, oculta por el mostrador de la Comisaría, para que el sargento no se sintiera autorizado a manejar personalmente el caso. "Vamos a ver, ¿qué pasa, chiquilines?" No parecía individualizarlos, recordar quiénes eran: el asunto de la bicicleta estaba tan muerto como la criatura que traían. "Esto", dijo Servando, y se encontró alzando hacia el comisario la canastita y poniéndola encima del mostrador, sacando el pañuelo y echándoselo al bolsillo, depositándola a pocos centímetros de sus ojos, a la altura de la moña azul desatada contra el marchito almidón de su túnica. "Lo encontramos recién en la playa". El comisario lo encaró sin mayor sorpresa, como si todas las mañanas le ofrecieran algo semejante. "Los hacen en la arena y los tiran al agua" —dijo parsimoniosamente como

reflexión dirigida al sargento, que se empinaba a mirar por detrás de su hombro—. Los hacen en la arena y los tiran al agua: como si fueran monigotes de un concurso de temporada, como si el amor engendrara instantáneamente a sus criaturas (hasta ellos sabían que no era así) y como si instantáneamente hubieran que desprenderse de ellas. "Peor que los perros".

El comisario levantó los ojos desde la canastita y pareció identificarlos. "Y ustedes... ¿qué andaban haciendo por la playa, en vez de estar en la escuela?" Aquello parecía intrigarle más que el hallazgo, más que la criatura que le traían. "Haciéndose la pelada, ¿eh?" Sintieron una súbita vergüenza, que anulaba su mérito. El comisario no demostraba interés por saber en qué sitio justo de la playa (¿y sabrían precisárselo?), por qué en la canastita, ninguno de los varios detalles imaginables. Y pasaba directamente al origen trivial de la situación: "Haciéndose la pelada, ¿eh?" Pero fue sólo un segundo y no demostró reconocerlos. En ese mismo tiempo, Servando tuvo la duda: ¿sería el mismo comisario? El uniforme era igual, la imponencia era igual, pero ninguno de ellos dos —lo convinieron al salir— podría haber asegurado que fuera el mismo rostro. "Bueno, sargento, tómele nombre y dirección a estos botijas". Y luego, resbalando sin detenerse sobre las caras de los dos: "Y ustedes vuélvanse en seguida a la escuela, o derechito a casa, ¿estamos?"

El cuchicheo de la mañana siguiente, la pe-

nitencia en que los hizo incurrir el cuchicheo pagaban la intención de propagarlo, de hacerlo saber. Lo habían sofocado hasta la hora del recreo, pero allí empezaron a contarlo: por fin había alguien a quien empezara a parecerle redondamente increíble, horriblemente maravilloso. Y las encarnizadas preguntas continuaron al volver al salón. "¿Qué significa todo este alboroto?", acabó por indagar la maestra. Y una de las alumnas, para desprenderse de la naturaleza contaminante del asunto: "Estos dos niños están contando impropiedades".

Tal vez ellos buscaron deliberadamente la penitencia, pienso ahora. Tal vez la provocaron, trataron de quedarse solos conmigo, para sondear mi calma. El psicoanálisis explica... Pero no. Todavía el caso los desborda como misterio, como responsabilidad, como episodio policial. Unos pocos días más y su erotismo incipiente...

Los miró, vio las cabezas depuestas sobre el papel, mientras esas cabezas no se miraban, no podían estar urdiendo nada, no podían dirigirse a la altura de las piernas de ella, buscando allí las oscuras razones. Estaban escribiendo cien veces "No debo faltar a clase sin motivo". Tomó entonces un par de hojas del cajón de su escritorio: por su parte, sólo le tocaba hacer dos veces la misma plana; y ni siquiera iba a ser del todo la misma plana, porque tendría que cambiar el nombre del muchachito: "Señor padre, empezó a escribir, esta vez es realmente imprescindible que usted concurra..."

las bebidas azules

I - eros

Dicen que soy mentiroso. Dicen que desfiguro las cosas que me suceden. Mis amigos se sienten especialmente atraídos hacia mí, porque sostienen que nunca digo la verdad, en tanto pueda evitarla; y piensan que la mayoría de las veces lo hago por un escrúpulo embellecedor, por una condición artística de la imaginación y la fantasía, tan desavenidas con mi empleo.

Soy juez, y he perseguido durante años la crasa averiguación de la verdad: ¡qué aburrimiento, qué cansancio, qué dudas!

Es absurdo que, al ponerme a escribir estas páginas, prometa ser veraz. Quienes me conozcan habrán de tomarlo por una humorada; los confianzudos me tacharán en mis dichos, invocando las palabras que acabo de estampar en mi perjuicio, de puro locuaz y para rasgar la primera aridez del papel en blanco. Sin embargo, si anunciara que voy a decir la verdad, agregaría que ella tiene esta vez un sentido absolutamente inesperado: el de la imaginación y la fantasía, que recién convoqué en disculpa de mi vicio. Porque la verdad

esta vez fue fantástica, o por lo menos lo pienso en este instante, en que no he podido todavía comprenderla hasta el fin.

Todo empezó aquella tarde en que, asumiendo en privado mis aires de verdadero juez, le dije:

—Isabel, usted nos roba.

Me había armado de fuerzas, como no preciso hacerlo en el Juzgado; había tomado un par de vasos de vino en el almuerzo, aprovechando la circunstancia de que en verano los tribunales funcionan por la mañana y al acto de dictar justicia puede seguir, sin mayores inconvenientes gástricos, el de dormir la siesta. Cuando nos levantamos de la mesa, previne a Isabel que mi mujer y yo tomaríamos café en el estudio. La atraje hacia aquel sitio donde —entre repertorios de Jurisprudencia y legajos de causas— mejor reluce mi prestancia de magistrado; y allí fue donde la acusé, como la coronación de un detenido estudio conyugal de las pruebas.

En un rincón del estudio, en los bajos de una biblioteca cargada de libros, hay una suerte de armarito empotrado, que algunos pueden suponer apto para el archivo de expedientes. Allí es donde guardo las bebidas. Hay whisky, hay coñac Napoleón, hay Curaçao, hay Marie Brizard, hay anís de Chinchón, hay Pernod, hay gin; y también vino.

La merma empezó con el whisky. Cuando sospeché que Isabel nos estaba robando, la superficie del líquido descansaba en el trecho existente desde la banda de papel que abraza el cuello de la botella de Ballantine's ("Dis-

tilled in Scotland") hasta la etiqueta cuadrilonga que cubre casi totalmente uno de sus flancos y remata en un falso sello de lacre, con letras entrelazadas. Desde ese gallardete del cuello a la etiqueta transcurre una falsa cinta, también roja y rayada por un fino dibujo horizontal; la suposición un tanto cursi es la que la cinta prende en lo alto del gallardete, corre, se sumerge debajo de la etiqueta color marfil y reaparece para concluir al pie, fija por el apócrifo sello de lacre.

El listado como en Morse de la cinta me sirvió para pautar la cantidad de whisky. Cada vez que tomaba, corregía y agregaba un punto sutilísimo a determinada altura del franjeado gráfico; a la vez siguiente, el whisky había descendido. Mi escrúpulo profesional por completar la prueba llevó a que las marcas también tuvieran que bajar, acompañando el proceso de las sustracciones de Isabel: así pasamos ella y yo, ella con su sed, yo con mi bolígrafo, por la frase "In use for over 135 years" y por la inscripción en curvo "By appointment to"; cuando estábamos por la mitad del copioso escudo, antes de llegar a la cinta emblemática "Amicus humani Generis", al ras de la cabeza de los caballitos rampantes y con la certidumbre de que el nivel de los despojos estaba garantizado por "The late Queen Victoria" y por "The late King Edward VII", me resolví y le dije:

—Isabel, usted nos roba.

—¿Yo, señor?, preguntó con la cara más inocente, dirigiendo una mano cobriza hacia el hundido y desabrochado centro de su pe-

cho. Tuve por un momento la ilusión infantil de que fuéramos a ponernos a jugar al Gran Bonete, y hasta me la imaginé con un bonete altísimo sobre su cara mestiza, un bonete tachonado de estrellas de oro sobre campo de gules. Pero así se dice en heráldica, de los escudos y no de los bonetes.

—Sí, Isabel —dije—. Usted.

Tomé entonces la botella de whisky y le enseñé aquel secreto de marcas y niveles; además, le dije, el tapón de bolita que gradúa el paso de la bebida estaba atascado, y eso sólo podía deberse a su torpeza. Ella se aferró a negar la misma evidencia.

—El señor sabe que yo no bebo —fue su excusa.

Era posible que fuese cierto. Pero, ¿no bebería en cambio algún marido, a quien yo jamás hubiera visto?

Mi mujer, fuera de distancia, cuchicheó "¿Y tampoco usa mis cremas?"; pero en ese mismo momento yo alzaba una botella de pisco y le mostraba que, al revés de lo ocurrido con el Ballantine's, allí el líquido había subido, por encima de los racimos amarillos de la etiqueta:

—Esta vez usted sacó pisco y al rellenar con agua se le fue la mano.

Destapé, me bebí un trago confirmatorio y sentencié:

—Si algo sé en la vida, Isabel, es de bebidas. Y prefiero perder un poco de whisky del bueno a conservar una botella de pisco aguado.

Estas evidencias cruzadas —estaba mal extraer, estaba peor rellenar— acabaron con la resistencia y las razones de Isabel: del modo más inesperado y fluyente, se puso a llorar sin hacer ruido, con grandes, enormes, redondas lágrimas sobre su rostro atezado. El asunto era entre ella y yo, por el robo de las bebidas; las cremas de mi mujer ni siquiera se habían hecho audibles.

Cuando, con evidente exceso, por tercera vez la acusé, Isabel —sin dejar de llorar— miró acorralada hacia el armarito, vio el llavero colgando de la cerradura y dio con la razón que, a su juicio, cerraba el caso. Ya no insistió en negar que bebiera, en negar que le gustasen el whisky o el pisco:

—El señor sabe que yo no tengo las llaves —dijo.

Nunca me había gustado aquella mujer insignificante, agobiada, escuálida, de rostro tal vez armonioso pero sin todos los dientes en el habla y en la sonrisa. Su pecho era hundido y escueto, sus caderas bajas y huidizas. Pero aunque no me gustara (y tal vez precisamente por eso mismo) advertí entonces la pura relación erótica que se establece entre el ladrón y su víctima. Como Juez de Instrucción, he interrogado personalmente a muchos ladrones y he sentido, a veces, el reflejo irradiante del poder que ejerzo sobre ellos. Pero esta vez era distinto. Esta vez era yo el perjudicado y el directamente quejoso. Y quejarse de un robo es como quejarse de una violación, lamentarse de una violencia que ejercen vejatoriamente sobre nosotros. Y quien la

ha ejercido recibe en la cara esa prueba de su poder que es el agravio de la víctima, siente desbordarse por todo su sér esa suma de agresión, de potencia disponible para hacer el mal, que es de fundamento erótico.

Como juez, he dicho a menudo, con grosera imperiosidad: "No me haga perder más tiempo, ¡confiéseme!". Aquí no habría tenido valor para decirlo. Ni siquiera habría tenido el coraje de decir: "Isabel, usted *me* roba", que es lo que mi egoísmo sentía. Como detrás de un escudo, había querido refugiarme en el *nos,* que llamaba a mi mujer en auxilio. No me habría animado a decirle "Confiéseme" (o, por lo menos, "Confiésenos") porque Isabel, a través de sus lágrimas, habría llegado al orgasmo si —además de reconocer mi despojo— la hubiera instado a jactarse de su depredación, de su violencia sobre mí y de mi debilidad.

Preferí que todo quedara así, con el argumento de las llaves.

II - un frasco de tinta

Isabel es un animal extraño: fue puma en su encarnación anterior o va a serlo en su avatar próximo. Tiene un andar felino, cuaja súbitamente en mitad de un aposento como en el claro de la selva. Pero, aún así, me pa-

reció inexplicable la fase siguiente: ¿tomaba ella también las bebidas azules?

Necesito explicarme. Yo, aquella tarde, había acabado por decirle que el pisco con agua estaba definitivamente arruinado y que podía llevárselo. Pero no lo hizo. Simplemente, al paso de los días, el pisco —siempre en su sitio— empezó a colorearse de azul y a bajar en la botella. Era propiedad de Isabel, yo se lo había regalado, podía hacer lo que quisiese con él; sí, bueno, siempre que lo sacara del armarito. Porque las variaciones cromáticas del pisco demostraban que ella, sin llaves o con llaves, seguía merodeando entre mis botellas.

El líquido se ponía más azul, a medida que su nivel bajaba. Hasta que mi mujer dio en la tecla: Isabel estaba alimentándolo ("engordándolo", recuerdo que dijo) con gotas de tinta. Era suyo, parecía cuidarlo y querer disfrazarlo. Pero ¿también lo tomaba?

Marcamos entonces el frasco de tinta, como habíamos marcado la botella de whisky. La botellita es baja, rechoncha, con una etiqueta de hemisferio superior blanco e inferior azul; la tapa baja en tornillo sobre la espiral del vidrio. La primera marca, siempre imperceptible, indicó el nivel de letras muy pequeñas en que aparecían el nombre de Parker y una elipse minúscula, atravesada por una flecha vertical. Ni mi mujer ni yo usábamos tinta: yo, porque escribo a máquina y firmo con bolígrafo; ella, porque en todo aquel tiempo no mantuvo correspondencia con nadie y hace sus anotaciones domésticas a lápiz.

Bajamos, más suavemente que con el Ballantine's, de esa marca al nivel de Super Quink y de allí a la mención "Contiene Solv-X."

El pisco, entre tanto, resultaba cada vez menos y se volvía más azul.

Isabel, ¿preparaba aquella pócima y se la tomaba? ¿Era un afrodisíaco y lo ingería, era un hechizo y me lo ofrecía? ¿O estaba burlándose de nosotros, siguiendo mis marcas en el frasco de tinta, una vez que yo la había instruido en el sistema de los niveles y los puntos?

Confieso que abrí repetidamente el armarito, a veces a medianoche, en la esperanza mágica de que el pisco inservible se hubiera transformado en una bebida a pintas, con la suspensa fascinación que me provocaba su metamorfosis. Tal vez fuera una nostálgica reminiscencia verbal de la niñez: porque yo leía, en cuentos y novelas de aventuras, cómo bebían pintas de cerveza los borrachos de las tabernas inglesas y los piratas de ultramar; me imaginaba entonces una fantástica bebida a lunares, una bebida legendaria con redondeles de otro color; y estaba ahora —grande y juez— buscando que Isabel pudiera fabricarme tardíamente ese sueño de infancia.

Ella esperaba, sin duda, que yo le reprochara las mermas del frasco de tinta. Lo hice una mañana de domingo, en que vino a traerme café (tomo café a todas horas) al estudio. Estaba rodeado de expedientes, estaba solo:

—Isabel —le dije—. Está faltando tinta del frasco. ¿Qué pasa?

No la acusé directamente: mi tono era casi el de una pregunta casual.

Isabel acogió mis sospechas con una sonrisa perturbadora, en la que figuraban sus pómulos, sus dientes y hasta el gracioso (entonces me pareció que gracioso) portillo central de su dentadura:

—El señor sabe que yo no sé escribir.

Estuve a punto de decirle una estupidez: "No, si es por la piel del pisco". Recapacité sobre la locura de atribuirle una piel a los líquidos, como si fueran tigres; pero era eso, intransferiblemente eso lo que le habría dicho. Una vez más, preferí dejar las cosas como estaban:

—Me habrá parecido, murmuré.

III - el gato

En la jerga de la delincuencia se le llama "el trabajo del gato": el ladrón penetra de día y en horas de plena actividad a la casa —generalmente el comercio— que se propone saquear: se desliza sin ser advertido, pasa al retrete y se ovilla entre los tirantes del techo, se refugia en el hueco del recodo de una escalera, se disimula detrás de una estantería o se pliega bajo la trampa de un sótano; de noche, cuando el local se ha quedado solo, sale de su escondite y roba.

Aquella noche yo debía quedarme solo: mi mujer viajaba a casa de su madre, en la playa. Tomó el maletín de los viajes cortos, me dio el beso de los viajes cortos y se fue. A muy poco, Isabel llegó a retirar la tercera taza vacía de café de una tarde de sábado. Preguntó modosamente si yo precisaría algo más en la jornada; y sobre mi contestación negativa, se despidió. Oí el ruido del picaporte, al cerrarse la puerta de calle.

Cuando estuve solo, trabajé en un par de expedientes. Llegó el crepúsculo, encendí el quinqué sobre la mesa. Y a cierta altura de la noche y de la fatiga me volví hacia el armarito, donde ya no estaban los azules del pisco. Saqué una botella de whisky: esta vez era una botella bajita y cuelluda, House of Lords. Fui a la heladera, traje hielo; de los estantes de la cocina tomé un vaso. Bebí. ¿Cuánto? No podría decirlo. Me sabía solo, me sentía distendido, relativamente feliz, sin otro quehacer que la lectura. Estaba repasando, desde hacía semanas, las Memorias de Churchill. Me devolvían a los días henchidos de la guerra, que veintitantos años atrás había seguido tan apasionada y ciegamente. O tempora...

A alguna hora de la noche, con cierto torpor, guiado provisionalmente por luces que iba dejando a mis espaldas y que apagaba tan pronto me hubieran predicho el destino de los diez pasos próximos, llegué al dormitorio. Me había ido despojando de ropa por el camino; los fines de semana, cuando era prev:-

sible que no recibiría a nadie, el estudio se convertía asimismo en mi cuarto de vestir.

Al entrar a la habitación me quité los zapatos, empujando el de cada pie con el talón del otro, y los dejé sembrados cerca de la puerta. Avanzaba con cuidado, en puntas de pie, como si temiera despertar a alguien; debe ser un reflejo condicionado de las veces en que trabajo hasta la madrugada y llego a tenderme muellemente junto al cuerpo de mi mujer dormida.

La ventana no tenía los postigos echados y a través de los visillos se difundía una claridad de luna. Me pareció entonces, como una fantasmagoría, que el cuerpo —el de tantas noches, el de tantos años— estuviera allí, aguardándome en sueños. Lo segundo fue desecharlo como una ilusión, lo tercero saber que el cuerpo no soñaba. Vi el blanco de los ojos, mientras un resplandor opalescente los envolvía y parecía aislarlos del resto de la tiniebla. Alguien, una mujer sin duda, estaba allí.

Traté de encender mi veladora; alguien (¿esa mujer?) la había desenchufado. Desnudo, descalzo, me sentí inerme, extrañamente violentado; solo del modo peor, del más hostil, el de la compañía de lo desconocido. Desnudo y desnuda.

Estuve a punto de gritar, me contuve. Más cerca ya, vi flotar una cara enmascarada de cosméticos y recordé de pronto la frase inaudible: "¿Y tampoco usa mis cremas?" Los labios casi blancos, plateados, de un color pávido y lunar, más claros y embadurnados

y despigmentados en medio de la cara, como los de un pierrot, como a veces se me aparecen los de mi mujer, especialmente si vamos a una fiesta nocturna, si no he reparado antes en su arreglo y la miro de improviso en un destello de tránsito, los dos en el coche y el espejo del parabrisas. La miro y, repentinamente, me corre un escalofrío a mi pesar. ¡Lo que es hoy el ideal de belleza!, pienso: Drácula.

Así se me aparecía la criatura de la cama. ¿Isabel, mi mujer? ¿Mi mujer arriesgando parecerse a Isabel, a fin de sorprender mi secreto o aventar mi cansancio? ¿Isabel, más ingenua, parodiando a su ama para ensayar la seducción de la rutina, tan importante en el hombre maduro? ¿Más ingenua o más sabia? No sé: los cosméticos, la luz lunar nublándose en la ventana, las lámparas desenchufadas. Me incliné desnudo sobre aquel cuerpo desnudo: ¿el de mi mujer adelgazado por la penumbra, el de Isabel edematoso por la luna, el del puma inmemorial que hubiera sido cualquiera de las dos en la noche?

No sé, no quisiera pasar una vez más por mentiroso, prometí no hacerlo. Me incliné más aún sobre aquel cuerpo friolento, lo rocé con mis manos. Y entonces, desde aquellos labios blanquecinos que me parecieron inocentes, una voz —¿la de Isabel fingiéndose mi mujer, la de mi mujer fingiéndose Isabel?— una voz dijo:

—El señor sabe que yo no soy la señora.

ignotus

Empecemos por restituir la verdad, ahora que sigo viviendo y puedo contarlo: mi nombre es Raúl Salmantón y no Gabriel María Sánchez. Pienso con una sonrisa en las antiguas intransigencias de la virilidad de Pedro Salmantón, mi padre, un hombre cuyo anticlericalismo abundaba incluso en el argumento de que los curas usaran polleras (así llamaba él a las sotanas). Jamás habría consentido en que un hijo suyo, varón, llevara en segundo término el nombre de María (que cinco letras tiene, como decíamos en los juegos de la niñez). Le habría parecido un anticipo de afeminamiento, y se habría sentido culpable de haber contribuido al presagio con la inscripción, si el caso hubiera llegado. Digo con la inscripción y no con el bautismo, porque mi padre se opuso siempre a que sus hijos fuéramos bautizados. Ya lo harán cuando tengan uso de razón, si quieren —explicaba—; pero era un emplazamiento equívoco. Porque si bien Pedro Salmantón, cultor del Librepensamiento (se decía y pensaba así, todo junto), campeón de las opciones de la libertad ajena y de la propia, formalmente habría tenido que

respetarlo y tolerarlo, en su fuero íntimo —si uno de nosotros hubiera decidido bautizarse— lo habría envuelto en el desdén indiscriminado que sentía por "todos los frailones".

Me llamo, pues, Raúl y no Gabriel María, Salmantón y no Sánchez. Pero mi propia identidad fue el primer tributo pagado a las circunstancias. Mi viaje había sido prolijamente estudiado, y el itinerario que —partiendo de Praga— pasa por Shannon y por Gander, había sido desechado: en Gander hay que bajarse del Britannia y a uno lo fotografían y lo fichan. El vuelo tendría que hacerse en uno de los grandes T-U, entre Moscú y La Habana. Nadie, ni aún mi gente, debería saber que yo viajaba para aquellas pocas semanas de adiestramiento; nadie podría saber dónde estaba, a partir del momento en que pisara Moscú. Por allí mismo, un par de meses más tarde, tendría que volver al mundo. A esta altura de las cosas, unas vacaciones ideológicas en la URSS carecen de misterio. Y el viaje en que yo me empeñaba debería estar rodeado de él. Eso, sin que me lo dijeran explícitamente, comencé a verlo en cuanto tomaron las disposiciones para mi nuevo documento de identidad: Gabriel María Sánchez, cubano. Acostúmbrese a llamarse así. A esta precisión tendrían que corresponderse otras, y los organizadores de mi viaje condescendieron a explicármelas: mi acento no podía pasar por cubano, mi forma de construir las frases tampoco. Me escucharon pronunciar, predijeron que me delataría si hablara en camino: al llegar, sería otra cosa. Allá me es-

peraban, allá sabían quién era y a qué iba. Podría recobrar el habla y el nombre, todo volvería a suponer mi sér cierto y mi radicación verdadera. Sería como caer otra vez en mi propio cuerpo.

La noche antes de la partida (segunda recomendación importante) no debería moverme del cuarto que se me había adjudicado. Por allí pasaría a verme un experto en Seguridad y se me darían las últimas instrucciones. No sé por qué, sin que nadie me lo hubiera prevenido específicamente, dejé asimismo algo de mí a un costado: olvidé, descuidé que todo aquello que estaba afantasmándome sutilmente, estuviera también alejándome de mi mujer, extrañándome de mis hijos. Debía haberme puesto a escribir —una tras otra— cartas de eventual expedición póstuma, por si algo sucedía; y no lo hice. Mis documentos auténticos ya habían sido incautados, puestos en un sobre lacrado, a la espera de mi regreso. Los de Gabriel María Sánchez, cubano, lucían en mi bolsillo.

Imbuido de las necesidades de una buena composición del disfraz, yo mismo colaboré en mi transferencia: obtuve una pipa (hacía años que no fumaba en). Y me di a ensayarla. Así me entretuve hasta la hora de la llegada del experto. Su primer ademán rígido de saludo cortó en dos un aire lleno de humo.

El experto se presentó acompañado por mi intérprete. El intérprete hablaba un español helado, átono, apátrida, pasado por los acentos de sus muchos interpretados, promediado en ellos. A través de ese español ajeno, apto

para ser de ningún sitio, el experto me pidió que pusiera de manifiesto toda mi ropa, todos los libros y documentos que quisiera llevar. Traía un pequeño maletín de mano, seguramente para apropiarse de algo, y también para extraer —fue lo primero que advertí— una gran tijera.

Mis libros, a primera vista, no le gustaron. Demasiado lugareños, tal vez. Se dio a sumergirlos (por fortuna no eran muchos) en el maletín. Se me devolverían al retorno, junto con los documentos originales, tradujo el intérprete. Se me dejó sólo un libro de Carpentier, edición mexicana, pero de un tijeretazo saltó la primera página en blanco, donde corrían la firma proscripta de Raúl Salmantón y la constancia de la ciudad en que lo había comprado. El experto mascullό algo y el intérprete, con una sonrisa que tácitamente pedía excusas, dijo: "En Cuba podrá obtener más lectura. Para el viaje tiene bastante con ésta".

Luego el intérprete pidió, en nombre del experto, ver toda mi ropa. Abrí la única maleta que llevaba y se la sometí. El experto fue sin vacilaciones hacia las etiquetas de mis trajes y con tijeretazos más cortitos que los del libro las separó, dejándolas caer. El intérprete, hecho a una ambivalencia sin mayor rango ni dignidad externa en sus funciones, se entregó a la tarea de recogerlas y echarlas en otro sobre. Tuve la tentación cómica de preguntarle si, a la manera de los libros y los documentos, tendrían también el minucioso escrúpulo de restituírmelas al regreso, de volver a pegarlas al forro de las chaquetas, a la pretina

de mis pantalones. Pero no se lo dije. De los orillos del casimir, el experto pasó a la marca de los calzoncillos y las camisetas. Tenía un sigiloso arte para las ablaciones sin lesión, como si circuncidara a alguien dejándolo ileso. El intérprete enriquecía, entre tanto, su filatelia de lencería: mi ropa era, al azar, de Buenos Aires o de Montevideo, de Paris o de Londres y hasta de New York. Todo iba a su sobre, ya sin palabras.

Despersonalizar la ropa es borrar al hombre, pensé. Y aquello, aún en mi situación objetiva de inevitable sospechado (sospechado de tener una procedencia, que es como decir sospechado de albergar sangre en las venas) empezó a hacerme gracia, una gracia lóbrega, funambulesca. Seguramente estaban preparándome para morir sin rastro, ungiendo mi cuerpo de anonimato, como en las lustraciones rituales. Lo comenté en voz alta y el intérprete dijo: "Se toman todas las precauciones para el buen viaje, pero también todas las precauciones para el posible accidente".

Entonces el experto habló, tras haber talado dos cuadros de jactancia británica en el interior de mi gabán, y el intérprete tradujo su mandato: "Usted deberá viajar con la ropa que lleva puesta en este momento y con este gabán". Asentí, porque era el prisionero de aquel lenguaje, de aquella operación, de aquellas tijeras. Cuando hube comprendido, el experto dio otra orden que en seguida me llegó, perentoriamente traducida: "Descálcese". El experto tomó mis zapatos y extirpó, de un solo tirón, las dos plantillas con las mar-

cas. Por suerte, las suelas estaban lo bastante gastadas como para que no revelasen otra cosa que suelo pisado. Pero en la zona que corresponde a la curva del pie había un número y estaba intacto. El experto recurrió a su maletín, sacó una espátula y, con una increíble destreza de zapatero, hizo una muesca justa en cada suela, que lo eliminaba.

Mis medias (pies vueltos hacia arriba, esta vez sin orden verbal, mediante la rápida aprensión de dos dedos que los volvían) estaban inobjetables de tan viejas y no presentaban señales. El experto me dejó con ellas. Recién cuando este acto de inspección terminó, me di cuenta de que —no sé cómo (tal vez un allegamiento afelpado del mueble sobre la vieja alfombra roja y un mínimo empellón suasorio del intérprete en mis hombros) — yo estaba sentado en una silla de Viena, cuyo esterillado caduco cedía al peso de mis nalgas.

Entonces el intérprete, obedeciendo conminatorias rusas, me hizo poner de pie y el experto pasó de hurgar la ropa de la valija a revisar la que llevaba puesta. Quítese la chaqueta (y la examinó), quítese los pantalones (idem). Tijera en mano, rodeándome como si yo fuera un monumento —yo en calzoncillos, yo en ligas, yo de torso desnudo, yo tiritando— el experto hablaba en su idioma y el intérprete trasladaba a un español congelado: "¿No recuerda tener otras marcas?". Tuve ganas de bromear, unas inesperadas ganas vengativas y deflacionarias de burlarme de ellos y decirles que tenía las de la vacuna y tam-

bién las marcas de los porrazos de la infancia y además las del sexo; pero me retuve, temiendo que la tijera se atreviese a más.

Pasado el primer embotamiento del estupor y el primer aliciente de la curiosidad —hay ceremonias en medio a las cuales uno se encuentra acicateado por la certidumbre de vivir al solo efecto de contarlas—todo aquello empezó a parecerme injusto. Radicalmente injusto y ofensivo, odioso, a pesar de la higiene impersonal de la operación: las escuetas órdenes eran tan neutrales que no podían tomarse como autoritarias, la habilidad del experto era también ingrávida e intangible. Pero quién sabe si al condenado a guillotina no le han merecido igual juicio la levedad del barbero que le afeita la nuca, la discreción del verdugo que le acomoda suavemente el cuello en el tajo. Todo tendía a que el sujeto expuesto a tales maniobras se convirtiese en un objeto, dejara de sentirse a sí mismo y en todo caso recordara, como una cabeza separada del cuerpo que otros manipulan, que la importancia secreta de la misión obligaba a aquellos despliegues y lo instaba a entregarse alegremente a ellos, como la víctima querida de sus propios amigos.

El experto encontró, palpó y abrió mi billetera: de su enmarcadura en cuero y mica para retratos sacó la instantánea en que aparecía yo con mi mujer y mis tres hijos, fotografiados por mi hermano menor en el jardín de mi casa. La tomó con un cuidado algo más solícito —usando el índice y el mayor de la mano derecha como pinzas, como

hojas de una tijera más benigna— y no la cortó, sino que la hizo deslizar blandamente al fondo de otro sobre, recabado al maletín; en la cubierta escribió unas pocas palabras, de grafía incomprensible. "Hasta la vuelta", pensé, dirigiéndome a los cuatro rostros amados, al envoltorio que se los tragaba. "Hasta la vuelta". ¿Era lo mismo que había escrito, con otro sentido, el lápiz del experto?

Empecé a sentirme vejado, escarnecido sin causa, envilecido por la cautela de mis propios cómplices, y aún convertido en el chivo emisario del miedo de los otros. Una vieja ilustración francesa —Dreyfus en el centro de un patio de armas, aparatosamente degradado por la hipocresía de los verdaderos culpables— muchas veces exhibida y considerada por mi padre (el Asunto Dreyfus había sido una de las grandes pasiones de su juventud) resplandeció de pronto en la memoria del aire, ante mis ojos. Así debe haberse sentido Dreyfus, pensé: desnudo de alma, altivo y de pie, humillado en su inocencia, superior y marchito, silencioso. Como yo. Las tijeras seguían mondando alrededor de mí, acababan de cebarse en el tafilete de badana y en el forro de seda de mi sombrero de fieltro, habían triturado el escudo heráldico de mi bufanda inglesa. Dreyfus se disolvió y en su reemplazo vi los colores del Expolio de Cristo, por El Greco, en la pared luminosa de la Catedral de Toledo. Tenía otros tintes que la imagen de Dreyfus en blanco y negro: vi rojos, vi oros, vi verdes. La frescura de estas percepciones ilusorias me rejuveneció, aunque

también tuve la certeza de que aquellos dos sujetos (uno con sus tijeras de cortar, el otro con sus tijeras de hablar) habían acabado por excitarme hasta la alucinación y la malignidad. Tendría que mantenerme serio, para no lanzarme a bailar en medias ante ellos, para no echarme a reir a carcajadas histéricas, para no empezar a arrojarles a la cara mis calzoncillos circuncisos.

Cumplí con disciplina las restantes indicaciones: tomé dos de las píldoras que me dejaron para sedarme y dormir, estuve listo a la hora en que el intérprete y otro individuo de la Seguridad, facialmente apenas distinto del eslavo de la noche anterior, pero más alto y sin tijeras (ambos embutidos en gruesos abrigos macizos, que parecían cortar el frío en bloques, entre ellos dos y yo) vinieron a buscarme y me condujeron al aeropuerto.

El enorme T-U tenía escalerillas internas que daban a un salón de lectura, lucía una decoración interior de paisajes idílicos, un tanto cursis, farfullaba una música acuosa y volaba a miles de metros de altura, por encima de presentidas tormentas de nieve.

Yo nunca hablo en los viajes. Pero menos que nunca aquella vez. El resto de los pasajeros lo hacía y yo me dejaba asediar por el abierto acento cubano, que debe lograrse soplando cada sílaba desde los carrillos a los labios, a fin de que las palabras salgan más gordas: un canto de fonemas más fláccidos que los nuestros, caídos como si se escurrieran barbilla abajo, algo que yo no podía ni quería imitar. Tranquilizadoramente, mi libro es-

taba protegido por una cubierta azul (sin marcas) y nadie podría ingerirse en mi lectura, saberla nativa, charlarme al respecto. La pipa tiraba espléndidamente entre mis dientes gastados, y yo volvía a gozar de aquel viejo aroma húmedo de hebras de tabaco, que desde hacía años había cambiado por el más seco de los cigarrillos. Fue entonces cuando, dejando caer el libro sobre mis rodillas, abandonándolo sobre una frase propicia ("Y, de peldaño en peldaño, arrastrado por manos cada vez más activas, fue pasando a la burocracia del horror") pensé: ¿Se lo avisarían a mi familia, llegado el caso? Y fue ése el momento en que empezó a parecerme absurdo, estúpidamente incomprensible que no se me hubiera ocurrido dejar —al intérprete, al hombre de las tijeras, al espeso funcionario de embarques— unas líneas a casa, siquiera fuese para la sola emergencia de un accidente. Porque si algo pasaba y yo moría como Gabriel María Sánchez, ¿quién se sentiría obligado a comunicárselo a los deudos de Raúl Salmantón?

Y si no lo hacían, ¿qué podrían llegar a imaginarse mi mujer y mis hijos, inolvidablemente sonrientes en la foto del jardín? Las mujeres de esos químicos, especialistas en isomería o en isótopos, las mujeres y los hijos de esos físicos que un día se esfuman de su hogar en Londres o de sus cátedras de Italia, ¿han tenido tiempo de recibir contraseñas para buscarlos, para correr a juntarse con ellos, pasada la primera conmoción de la fuga?

Sería espantoso —pensé como un pequeño-burgués— que yo muriera por La Causa en pleno mar, tan lejos de mi casa y de mi jardín, y que mi mujer se sintiera engañada por una desaparición sin explicaciones, autorizada por mi conducta a acostarse con otros hombres, liberada de los recatos transitorios de su viudez por mi falta de aviso. Sería espantoso que yo muriera y mis hijos se creyeran desamparados por mi frivolidad, acaso por mi pasión hacia otra mujer más joven que su madre, despechados, olvidados y suprimidos, aunque mi último pensamiento —en el instante de la caída— hubiese sido enteramente para ellos.

Un avión es una trampa, no es posible dejar coartadas una vez que la puerta curva se cierra y uno queda aprisionado en su caja. La ceremonia de las tirillas no podía, por otra parte, traicionarse. Y si el avión, desviado por una tormenta de nieve, cayera en Canadá y el FBI removiera los restos y encontrara una carta intacta, o apenas chamuscada en los bordes, de Raúl Salmantón a su mujer y a sus hijos, estaría al tanto de la suplantación de identidad pero de seguro no lo trasmitiría oficiosamente a los parientes del falsario; se inscribiría en el mismo silencio, en la misma superchería del enemigo, porque en materias tales los contendores se ponen de acuerdo, se hacen el juego limpio de no darse por enterados. Tanto más si la carta dijera "No habiendo tomado a tiempo el resguardo de avisarte", y aquello les hiciese ver que los organizadores de mi viaje ignoraban

—o si no, sin términos medios, cotizaban trágicamente— mi indiscreción. De modo que no había salida, por ningún lado. Todo consistía en llegar y volver, buscando quizás una solución en Cuba. La azafata —una mujer rubicunda, de brazos encarnados— puso en mis manos una taza de mal café, y aquello no confortó mis desazones. Si desde aquel fondo de impresos paisajes cursis y suave música de Chaicovski nos veníamos abajo, Raúl Salmantón (pensé con una crispada sonrisa) se volvería paladinamente inmortal. Porque el lugar, la hora, la causa de su muerte habrían faltado para siempre en el mundo.

"Demora indefinida", nos dijeron en Murmansk. Nevaba a grandes copos, sin un soplo de viento. Durante las primeras horas el avión estuvo apuntalado de escalerillas que iban a sus alas, alimentado por tubos de gasolina, mantenido por el cordón umbilical de las baterías. Más tarde, un tractor lo condujo hasta su hangar y la pista siguió cubriéndose de nieve. Demora indefinida, Gabriel María Sánchez en Murmansk. Ni el sitio ni el personaje existían: o el sitio sólo existía para el personaje, como las dos partes de un exabrupto fantasmagórico.

El pasaje fue reunido en una sala en penumbra, junto al fuego, y el camarero circuló una primera rueda de vasos de vodka. La recomendación de mis burócratas saltó ante mí: no hablar, no delatarse por el acento. El vodka podía soltarme la lengua. Tomé el vasó, elegí el sillón más apartado, debajo de una lámpara de pie, y me hundí fictamente

en la lectura del libro. No estaba bien elegido para ser insustituible, pensé. Demasiado cargado de verba (eso mismo que me impedían tener), demasiado ornamental para aislarme del mundo, para abstraerme de manera absoluta. Hubiera sido preferible disponer de un esquemático libro de aventuras detectivescas, por mal escrito que estuviese. Eran calzadas de columnas; avenidas, galerías, caminos de columnas, iluminadas a giorno, tan numerosas que ninguna población las tenía en tal reserva, dentro de un desorden de órdenes que mal paraba un dórico en los ejes de una fachada, junto a las volutas y acantos de un corintio de solemnidad, pomposamente erguido, a media cuadra, entre los secaderos de una lavandería cuyas cariátides desnarizadas portaban arquitrabes de madera. Allí en Murmansk, con un día de luz escasa y bajísima, con hangares como aplastados cajones grises, con salones como depósitos, el libro descomponía en hojas y molduras, bañaba portentosamente en luz y en palabras el paisaje del país prometido. Pero no era la comarca de la Revolución sino la del trópico y la arquitectura y el pasado: volutas y acantos de un corintio de solemnidad, cariátides desnarizadas, arquitrabes de madera. América, Cuba, el mundo de las cosas flamantes, por estrenar y por enumerar: la suntuosidad verbal del libro me aprisionaba a ratos, me extraviaba en otros. ¿Podía estar de veras marchando hacia tal paraíso, hacia tal ópera en medio a esta rechoncha tormenta de nieve?

Había que defenderse de las miradas, de

la locuacidad disponible de los que no leen, de los que vagan —el vaso de vodka en la mano— por no poder asirse a las paredes sin volutas, al interior sin columnas dóricas, a los muros sin arquitrabes de ese vacuo espacio castrense, despojado por igual de hostilidad y de regodeo, lamido por esquinas de fuego, en ese remoto error del Universo que ostenta el plúmbeo, el ominoso nombre de Murmansk.

Me pareció insuficiente la protección del libro; bajé el ala del fieltro sobre la cara, como si el resplandor de la chimenea me molestase; subí las solapas del gabán, como si allí adentro prosiguiese el frío; retrocedí unas líneas en el texto: el mundo de casas donde, revueltos con lo californiano, gótico o morisco, se erguían partenones enanos, templos griegos de lucetas y persianas, villas renacentistas entre malangas y buganvilias, cuyos entablamentos eran sostenidos por columnas enfermas. Conocía ya el libro, lo había leído en México: rodeado por aquella escenografía delirante, un individuo era cercado, corrido, acosado, confinado a un mirador y a un lecho de prostituta y finalmente muerto a tiros, tras refugiarse en una sala de conciertos donde ejecutan la Heroica de Beethoven. Pero seguramente —dicho fuese de un incógnito a un perseguido— habría podido dejarse penetrar tan poco por la grandiosidad de la Heroica como yo por los balaústres, por las cornisas, por los pretiles, por los torreones entre los cuales —en aquel pedazo vacío del mundo— iba corriendo el libro por mis manos, ante la obsesiva fijeza de mis ojos, contra las tenues puntitas

de fuego que bailaban en las lindes de mi campo visual.

Mi fieltro, mi pipa, mi libro, las solapas del gabán, la nieve afuera y florones en barandales, dentículos al alcance de la mano, vasos romanos y urnas cinerarias entre los hilos telefónicos, que se afelpaban en plantas parásitas semejantes a nidos. Alguien se puso a mi lado, con vacilantes ambiciones de conversación. Entrecerré el libro, como si de sus páginas pudiera saltar aquel mundo de metopas, frisos y portales que me convenía resguardar, utilizar para el sueño y el voluntario desasimiento, mezclar dentro de poco con píldoras que aún me quedaban en el bolsillo, quemar junto a ellas dentro de mi estómago y —más todavía— en el centro de mi cabeza.

"¿Cubano?"... dijo el amistoso. "¿De dónde usté es?" Alcé la cabeza al tiempo, porque empeñaba todos mis esfuerzos bucales en que la pipa tirara más y más, a fin de que me envolviese en un turbante repentino, debajo del que pudiera sentirme seguro y justificado si entornaba los ojos. "Cubano adrede" —repuse, pensando por igual en el libro y en el pasaporte de Gabriel María Sánchez, con la ligera esperanza de que mi interlocutor se desalentase por la extravagancia y la misma anomalía conceptual disimulase mi acento inverosímil. "Oh, a propósito..., con su permiso" —pronuncié rápidamente, para ganar el espacio de su perplejidad— y me di a garabatear, sobre la última página del libro ("Esta edición, que consta de 3.000 ejemplares...") mi frase absurda, "Cubano adrede, cubano adrede, cu-

bano adrede". Una vez, dos veces, tres veces, para que el hombre se alejara. ¿Sabría yo mismo, con el tiempo, por qué y por quién lo había escrito, llegaría a parecerme un comentario del libro? "Cubano adrede". El individuo miró considerativamente la velocidad de mi mano en el papel; su nariz volvió al vaso de vodka, caminó de modo titubeante, casi con disculpas por abandonarme en mitad de mi fervor: se fue.

Pipa, libro, gabán, escritura —enumeré, alzando cautamente los ojos, para reinstalarme en mi soledad provisional—. Y todavía me quedaban los anteojos ahumados, recurso incongruente en aquel ámbito sin luz. No era tan difícil abroquelarse, al fin de cuentas: no venían mujeres a bordo, no las había en el salón. Cubano adrede: ¿Carpentier, Gabriel María Sánchez? ¿Qué diría la posteridad de aquel modo voluntario con que cada uno de ellos defendía su tenacidad de ser y no ser cubano?

Invitaron a pasar a una mesa donde había trozos de arenque, huevos y salsas, canapés de salmón y caviar. Yo tenía apetito, pero evité acercarme: esquivaba la sociabilidad del hambre, mucho más difícil de acallar que las interrupciones de la lectura. Me dirigí a los funcionarios del avión, recurrí al mal francés que me disimularía por completo: "Je veux reposer", dije, "et qu'on ne m'appelle que sur l'instant de partir". "Ça sera peut-être demain midi" —respondió el funcionario, asombrado de mi posible capacidad de descanso, de mi largo almacenaje de sueño. "Même demain

midi" —insistí aclarativamente—. "Je veux reposer". Me dieron un llavín y subí la escalera alfombrada, cuyo maderamen crujía bajo mis pies. Por los ventanales que franjeaban el recorrido de la escalera, seguía el descenso amortiguado de los copos de nieve. Era una hora imprecisable en la luz, inaveriguable en el palor decadente del cielo, pero —al parecer— no más de las tres o tres y media de la tarde. Ignorar el reloj que llevaba en la muñeca figuró en aquel momento como mi única superstición invulnerable. Dormir, morir, tal vez soñar. Abrí la puerta.

Ocurría como si en aquella habitación se hubiera refugiado todo el gran silencio de la nieve. No era la habitación común de un hotel sino un aposento para militares o funcionarios, un alojamiento austero, sin complacencias, sin posible molicie. Fuego en una esquina, muros desnudos con el empapelado flojo a grandes flores desvanecidas, un lavatorio antiguo de hierro y cañerías a la vista, pintado de blanco, adosado a la pared, parecido a aquellos odiosos lavatorios de dentista, con agua accionada a pedal, que se llevaron los dolorosos buches sanguinolentos de mi niñez; el espejo empañado, una percha de pie en otra esquina, la cama de altas perillas, cubierta por un edredón de plumas, con funda color té. Tenía la impresión, entre todas aquellas cosas, de haber dejado de existir, de estar cursando otro avatar sin haber perdido la conciencia del anterior: Gabriel María Sánchez, salido de Raúl Salmantón, preso entre las nieves de Murmansk. Podía provocarme

un tranquilo anonadamiento sin lágrimas con el solo conato de esta perspectiva: si me durmiese, si me muriese aquí... Había atravesado otras soledades y no hacía mucho tiempo. También veía nevar desde la angosta bohardilla del Hotel Van Gelder, sobre el Damrak: veía bajar la nieve por detrás del ventanal, mientras redactaba mis notas para periódicos distantes; la veía descender como si cayera tras el rodillo de la máquina de escribir y subiera hecha papel blanquísimo para la próxima frase, a cada golpe del espaciador. Pero luego de haber terminado me afeitaba y bañaba, descendía escaleras que también crujían, donde también cabalgaban alfombras discretamente raídas, donde también se abrían recodos sobre paragüeros inexplicables, a cuya vera también pasaban empapelados (creo que a barrotes, creo que sin flores). Y abajo enfrentaba a aquella silenciosa teoría de holandeses en torno a una larga mesa, entre tulipanes degollados que ocupaban el centro de fuentes con un dedo de agua, holandeses que estaban desayunando y compartiendo la tetera, la mantequera, la mermelada, el pan, el salero, holandeses que ya habían terminado de desayunar y sostenían el diario con las noticias del día y la vieja pértiga de roble que pirograbada las nueve letras de Van Gelder; me sentaba entre ellos, saludaba en inglés, agradecía lacónicamente en inglés cuando adivinaban y abreviaban mi gesto hacia el azucarero, hacia la lechera. Me despedía en inglés, mientras seguían bajando copos tras los ventanales y ha-

bía siempre holandeses desayunando, demorando como si esperasen algo, como si aguardarsen que yo, intruso, me fuera para ponerse a mordisquear los enjundiosos tulipanes que flotaban en los centros de la mesa y de la mañana. Los saludaba con una cortés inclinación de cabeza, me ponía el abrigo y el fieltro italiano y salía a la nieve, hacia la Estación Central de Amsterdam, para recibir alguna carta en Poste Restante, para echar mis crónicas al buzón aéreo de los envíos transatlánticos. Era lo mismo de ahora pero en nada se asemejaba, yo podía llamarme Raúl Salmantón y allegar mi pasaporte en la expectativa, recibirlo de vuelta con un par de sobres entre sus fauces, regresar a leer esa correspondencia a mi rincón predilecto del Van Gelder, una antigua bergère de cuero negro capitoneado, al flanco de la ventana, junto al vitral que orillaba la catarata de nieve. Yo podía soportar aquella soledad ocasional y a término del pequeñoburgués, estaba descubriéndome incapaz para la dura soledad esencial del revolucionario. Si alguien escribiera alguna vez el tierno manojo de ideas privadas, de pequeñas manías íntimas y sentimentales y contradictorias del hombre que está intelectualmente dispuesto a hacer estallar en pedazos el orden de lo establecido, si alguien lo dijera sin miedos, sin simplismos, sin el estigma de la flaqueza, sin el prejuicio de lo puro y lo edificante...

El espejo parecía, desde lejos, empañado; desde más cerca se descubrían la vejez de su lámina, las picaduras de su azogue, el de-

talle paradojalmente enternecedor y humano de su presencia crepuscular y lacustre en aquella pieza: un vaho como a niebla, un ligero toque azuloso, líquido y lunar, igual al que se adensa en un vaso sudado de agua tónica. Para borrar mi presencia, para trasmutarme en cualquier habitación desapacible y desconocida, suelo echar mi aliento a los espejos, siempre que sean pequeños y mi respiración pueda cundir victoriosamente en ellos. O no, acaso sea la verificación pueril y solitaria del hecho de vivir, como cuando tomo el termómetro que pauta la baja temperatura de la habitación y lo sumerjo por un instante en la boca, en la insensata presunción de que aquello difunda algún calor al habitáculo que me rodea. ¿Será eso, tendrá ese sentido de turbio narcisismo, marcar las cosas con el hálito de nuestra vida, aunque sea por un solo perecedero segundo?

Los espejos de azogue viejo y los destellos con que pasan las estaciones subterráneas por las ventanillas del Métro me han devuelto a veces, fugazmente, el rostro de mi padre, ese rostro que llevo enterrado y aflora al mío cuando no lo afeito, cuando me distraigo de esta fatiga cotidiana de cuidarlo sin amor, de atormentarlo por las convenciones de la urbanidad y de la higiene. En esos trances, cuajando sobre alguna historiada cómoda de ébano o por detrás de una pareja que se besa y de un gandul desgarbado y altísimo que, encima de ese techo amoroso, resuelve su problema de palabras cruzadas, he visto por preciosos, por esquivos inasibles instantes un rostro que

amé mucho más que el mío, un rostro más noble que el mío, más sosegado y más fiel, el rostro de Pedro Salmantón, que no tenía por qué acicalarse todas las mañanas, porque sus ocupaciones de burgués no se lo exigían con tanta asiduidad como a mí los compromisos del revolucionario. Lo vi aparecer, por la ilusión de un instante, en el picoteado espejo de Murmansk; era seguramente la faz de mi cansancio, la marchitez de mis ojos, un aire sabio y resignado, sin tristeza, el rostro de la ancianidad de Pedro Salmantón, la luz achicada de la vejez en sus ojos, la mirada gastada sin mengua por el oficio de existir. No quise llevarme otra instantánea que la de esa furtiva aparición bondadosa que acudía a devolverme la identidad y la vida, todo eso que seminalmente había puesto en mí, ¡oh sí! había puesto para mí, dentro de mi madre, cuarenta años antes.

Ya en la cama, el artéfacto de pantalla blanca —envolviéndome en su halo de luz lechosa— trató de devolverme al aura asendereada del libro, a su paso barroco, difícil de seguir en la noche de Murmansk. El perseguido había sido muerto a tiros en La Habana, tras los últimos acordes de la Heroica, y otra historia del mismo libro devanaba ahora el huso del Tiempo, desde los escombros de un palacio que están demoliendo hasta la infancia y el nacimiento y la gestación de su ocupante. Era una hermosa idea y me di a seguirla en mí. Volvía a la noche antes: las tirillas, las etiquetas, los escudos heráldicos de mi ropa venían vertiginosamente por el

aire hacia mí, se pegaban en mí como hojas de un vendaval, traídos por un viento mágico que parecía insuflado desde el compás de las tijeras boquiabiertas del experto; las tijeras cerraban luego su pico, se sepultaban en el maletín, el experto y el intérprete saludaban, se ponían sus gorros de astrakán, retrocedían sin mirar hacia la puerta del cuarto de Moscú, la puerta se abría sola, los funcionarios desaparecían engullidos. Era un juego fácil y excitante, pero detrás del mutis de los funcionarios estaban mi mujer y mis tres hijos, el jardín de mi casa y, más allá aún, el rostro de mi madre, sí, esta vez el de mi madre, explicándome su vieja monserga cristiana —mi madre no era atea, como mi padre— la vieja monserga cristiana de la felicidad asequible de las cosas sencillas, de las cosas que nos han sido dadas, de lo que nadie sino Dios puede quitarnos un día: la probidad, los buenos sentimientos. Claro, Madre, si yo te dijera hoy... Mis primeras ideas de la felicidad, mis primeras imágenes de la misma sensualidad han sido muy simples: gallinas blancas en una pendiente verde, pastando al sol, un gallo cantando en el minuto de la madrugada en que me doy vuelta y el encaje del borde de la sábana vuelve a rozar mi mejilla, a pasar una pluma por mis labios en sueño. Y también, Madre, también los ferrocarriles. Si no fuera mucho pedir, si pudieran combinarse imágenes sin faltar a la ley del juego, ferrocarriles pasando en el horizonte de las gallinas blancas, un gallo cantando entre ellas, estampado sobre ruedas y

humo; y si pudiera seguir componiendo todavía, yo empinado sobre el parabrisas del viejo Ford faeton de mi padre. Entonces sí, Madre: un paso a nivel, nuestro extinto automóvil, las gallinas blancas en el talud y el ferrocarril envuelto en vapor. Envuelto en vapor, eso sí, pasando —puede elegirse— sobre este mismo espejo o contra el cielo de mi niñez, pero envuelto en vapor: los ferrocarriles de antes, con sus violentas locomotoras a carbón, con su llovizna pulverizada y tiznosa, con su aliento atigrado y negruzco, no la sirena limpia y sin vibrato de las Diesel de hoy; las viejas locomotoras con sus miriñaques (oí hablar de miriñaques de locomotoras antes que de miriñaques de viejas damas), los trenes cargados de gente y pespunteados de luz en la infancia, trepidando de noche a unos metros de mi pretérita casa de pueblo, el chorro diluvial de su linterna sobre las vías, el luminoso salto articulado del espesor de los durmientes ante la mordedura silbante del pito y de la luz, y la entrevista silueta de las vacas en lo oscuro, en las orillas del poderoso ojo ciclópeo de las locomotoras, o los caballos semihundidos entre los berros al mediodía, alzando el pescuezo perezoso y relinchando sin mucha convicción hacia el estruendo metálico del puente bajo el tren de pasajeros. Éste es un juego de implicaciones fetales, quizás, y tú ya no eres mi madre sino mi mujer, madremujer y me preguntas cómo me llamo, estás al pie de la cama de altas perillas de bronce y me preguntas yo tendido cuál es mi nombre, si recuerdo todavía que

soy Raúl Salmantón, que seguiré siendo Raúl Salmantón en un paso a nivel o en la baranda de una oficina, tanto da, siempre con una barrera entre mi cuerpo, mi deseo y las cosas, esa cerca que Gabriel María Sánchez, que el frugal maríasánchez de Cuba quiere ahora saltar...

Las píldoras, el libro, el halo anestesiante de la luz deben haber obrado juntos al efecto. Los nudillos de una mano llamaron a la puerta, una sonrisa amable asomó y una voz amable dijo en francés que eran las diez de la mañana (¿desde qué horas de la tarde de ayer, desde qué paraíso de somníferos hacia qué paraíso de justicia?) y que dentro de una hora emprenderíamos vuelo.

Vuelvo a América, pensé en cuanto hube dado las gracias, en cuanto hube emergido del entresueño. Vuelvo a mí. Miré por la ventana. Seguía estando casi oscuro, salvo el claror de la nieve amontonada al pie de los muros del galpón frontero. Pero ya no nevaba. Bajo la palidez de aquel cielo neutro, dos escuadrones de zapadores trabajaban en despejar la pista, en desbrozarla de la nieve que había estado cubriéndola. Aún no se veía el avión. Los zapadores soltaban nubecillas desde boca y nariz, al trasluz del reflector giratorio que de tiempo en tiempo parecía contarlos. Debía hacer mucho frío, más allá de los límites de esta pieza en que agonizaba el fuego de la estufa. Vuelvo a América. ¡Vuelvo a América!, dije en voz alta, como si mis hijos, a través del océano, pudieran notificarse. Me aproximé al lavatorio dental, abrí

el grifo: corría un agua caliente, me la llevé a la cara —ya con filos de caja de fósforos, como la vieja cara de Pedro Salmantón— en el cuenco de dos manos entumecidas. Desperté del todo. Un trago de vodka y a desayunar. Vuelvo a América, vuelvo a mí. Habrá horas de vuelo, sí, puede también haber tormentas de nieve, pero si llega a caer otra noche, pero si llega a abatirse otra noche sobre Gabriel María Sánchez, ella será indudablemente la última.

¡adiós papá!

La Madre cacareaba todo el tiempo. Para estos trances, recurría a lo que ella llamaba —hablando de sí misma, que era su tema predilecto— "mi energía nerviosa". La bautizaba así, pero sólo era el torrente de una cháchara excitada, llena de digresiones.

La Niña recordaría con los años —cuando ya no fuera estrictamente La Niña, pero siguiera fiel a las imágenes de aquel día— uno de los reproches del Padre: "Estás hablando todo el tiempo y jamás te he oído decir nada verdaderamente interesante". Cacareo, cháchara: en latín todo eso debe tener una raíz común. Y con los años, La Niña también pudo preguntarse: "Y él.. ¿por qué se casó con ella?" Iba ya tirando a solterona, y no sabía en qué medida podría atribuirlo al gran trauma hechizado de aquella separación, que la había enemistado con el género humano y, para ahorrarse aflicciones, con los hombres en general. Pero ni aún entonces se animaba a inquirir: "¿Habrá sido por la belleza física?" Resistía la idea de que La Madre hubiera sido nunca excitante (como su

cháchara), realmente sensual. ¿Era que no podía imaginárselo o era que —en aquella zona de su alma que desde la jornada del río se había rehusado a crecer, a hacerse adulta, a enriquecerse de tiempo— no quería conceder que hubieran existido imperiosos aunque perecederos motivos sexuales en la ligazón que mantuvieron sus padres?

El automóvil de Tío seguía rodando hacia Palmira y La Madre hablaba sin pausa, con aquella doble voz de violín que a veces rascaba y otras veces se alzaba en sobreagudos irritantes. Aparecían flotando sus abuelos, el abolengo, los hermosos muebles de caoba y de ébano que había en su casa paterna, las mantelerías que la abuela distribuyó entre hijas y nueras al sentirse morir, toda aquella historia de mariposas y alfileres que parecía, en medio mismo de la fuga, más viviente que la vida inmediata. Replegada a un rincón del coche, La Niña escuchaba por enésima vez aquellas referencias suntuosas —mosaicos de pastilla como en las termas de Caracalla, mesitas de marfil y taracea, toda la inmensa parafernalia, la gran decoración de los tiempos irreparablemente idos— y se preguntaba para quién estaría representando. La verdad era que La Madre estaba perdiendo —otro de los reproches del Padre— "el sentido de la realidad". La Niña no podía abarcar enteramente la realidad ni definir los límites de un sentido que se aplicase específicamente a ella. Pero algo le decía que la opinión del Padre debía haberse alimentado de largas conversaciones como ésta, haber nacido en

la fatiga de infinitas audiencias. Y los destinatarios, para peor, eran esta vez absurdos. Tío porque, siendo hermano de La Madre, ya lo sabía todo; lo sabía todo y lo había resuelto de otro modo. Tío era "un hombre práctico" —esto también lo decía el Padre (no volvió a oirlo y sus frases soportaron victoriosamente la acción del tiempo)— un hombre fogueado por la vida, hecho a una ocupación rodeada y acechada por la vida (Tío era médico), por la vida y también por la muerte, las dos piedras de toque, pensaba ahora La Niña de treinta años hecha y fijada por aquel día, las dos piedras de toque de la famosa Realidad.

¿Para quién estaba diciéndolo, en resumidas cuentas? No para Tío, claro que no. Y en el automóvil sólo viajaban La Madre, Tío y ella, La Niña. Oh, bueno, estaba también el insignificante conductor, el insignificante adlátere de Tío, individualizado —en los prolegómenos de la casa, La Noche Antes— como El Amigo del Botero. El Amigo del Botero, eso marcaba su función, su identidad, la razón de su presencia; el amigo del botero más que César o Julio (la memoria de La Niña vacilaba sobre los viejos recuerdos, los dedos sobre las teclas ante la antigua partitura mal aprendida en los detalles) o Carlos o Pablo —en todo caso un nombre no muy largo— o, ¿qué importaba ahora?, como en gracia al bautismo de su insignificante persona se llamase. ¿Podía ser para El Amigo del Botero, único auditor nuevo en la rueda, podía ser

para él que la Madre estuviese dilapidando tanta atolondrada elocuencia?

Tío la interrumpió abruptamente, dirigiéndose a César (Julio, Carlos o Pablo):

—¿Estás seguro de que encontraremos al Hombre?

Así aludido, El Hombre era el botero que los pasaría a través del río.

—Bueno, doctor, de día él está siempre en su rancho.

—¿Y daremos con el rancho, te acordás bien?

—Si llegamos antes de la noche...

Llegarían, a menos que pincharan (pero los neumáticos del Chevrolet eran nuevos) o tuvieran algún percance mayor. Llegarían.

Tío no lo había hecho por animosidad hacia el Padre. Lo había hecho —pensaba ahora La Niña desde sus treinta años y, más que desde su edad total, desde lo alto de sus veintitrés años de reflexión sobre el asunto— para liberarse de los reproches implacables de La Madre, su hermana. Para no tener que enfrentarse, más que a los propios remordimientos, a las empecinadas, inclementes, góticas invectivas de su hermana, La Madre. No podía haber adivinado que a poco de la fuga sobrevendría la muerte del Padre (el Padre no estaba enfermo mientras su mujer y su hija huían de él, su mujer por el impulso de resentimientos y rencores, la hija sin ser consultada, traficada como un objeto al fondo del coche, a pesar de que era ella y no La Madre la criatura cuyo escamoteo constituiría para el Padre el centro del dolor, del encono,

de la impotencia y nadie sabría decir si el motor de la súbita muerte) y que entonces se opondrían por un lado sus remordimientos y por otro lado la calma, la tranquilidad y ¡al fin! el silencio: La Madre, su hermana, podría retornar, sentirse viuda, dedicar frases retrospectivamente cariñosas a su marido y tratar de infundírselas a su hija, mostrar el retrato del muerto a La Niña, a La Niña a quien no había consultado para el escamoteo filial, decirle untuosa y sofocadamente "Tu pobre padre" y no tener reclamaciones a erigir contra el hermano, aunque ella fuera muy capaz, para absolverse a solas, de imaginar que había sido Tío quien tramara en definitiva la fuga.

No lo hacía por animosidad hacia el Padre. La Niña recordaba en forma imprecisa, con tramos inventados para rellenar huecos en la memoria, la conversación de La Noche Antes. Tío se amparaba en El Abogado, aunque El Abogado no estaba presente (o tal vez por eso mismo). El Abogado había informado por teléfono que el Juez de Menores había acordado un régimen de visitas según el cual el Padre se llevaría de paseo a La Niña una tarde cada fin de semana. Y La Madre había jurado que, ni muerta, consentiría en que La Niña saliera todos los fines de semana con el Padre, quien ya trataría de arreglárselas para que La Niña cambiara la imagen de su madre por la de Aquella Mujer. Dijo "Aquella Mujer", eso creía recordarlo bien, y dijo también que era una rubia de cabaret. Eso había impresionado a

La Niña y no pudo olvidarlo. Con los años, Tío se había encogido de hombros ante la pregunta de si La Rubia, Aquella Mujer, había realmente existido y tenido tan decisiva importancia, o si era una de las creaciones del celo de La Madre, de la fantasía de La Madre, del despecho de La Madre, de la abrumadora conversación de La Madre, su hermana. Se había encogido de hombros, había rehusado contestar de un modo directo y franco. ¿Lo creía, no lo creía? Lo cierto es que aquella tarde iban a escape por la carretera a Colonia, a Carmelo, a Palmira y que aquella noche se meterían en un bote —La Niña, La Madre, Tío y no El Amigo del Botero, porque El Amigo del Botero volvería trayendo el auto a Montevideo y Tío regresaría desde Buenos Aires un par de días más tarde en el vapor de la carrera— tan sólo para evitar que La Rubia, Aquella Mujer, aquel ente adormilado y mitológico al que La Niña se imaginaba (como nunca podría haber imaginado, ni siquiera desandando el camino de la niñez, a La Madre) animalmente hermoso, hermoso y abotagado como una planta, con una espléndida cabellera dorada cayéndole sobre los hombros, tan sólo para evitar que Aquella Mujer, La Rubia, en los fines de semana concedidos por el Juez de Menores a los paseos con el Padre, la abrazara, la pusiera sobre sus rodillas, le atase una moña desbaratada por los juegos o por la animación infantil, le pasara un peine por los cabellos, le rehiciera las trenzas apretaditas, apelmazadas y lacias. No era forzoso ni

siquiera probable ni aún verosímil —había dicho Tío— que en aquellos paseos que El Padre estaba autorizado por el Juez a dar con su hija, paseos por el Parque Rodó o por Villa Dolores —¿dónde, si no?— apareciese La Rubia, Aquella Mujer. No, seguramente El Padre tendría el buen tino de no mezclar a La Niña con ninguna aventura, aun en el caso de que los chismes que le habían traído a La Madre, su hermana, fueran efectivamente ciertos. ¿Por qué estaba tan seguro Tío?, retrucó vivamente su hermana, La Madre. ¿O es que él era un cómplice del Padre, sí, claro, un cómplice desinteresado, como todos los hombres son siempre entre ellos? Y entonces, en un momento dado, el viaje (la fuga) se había decidido. El Padre lo había avizorado, podía prever mejor que nadie los exabruptos de que era capaz La Madre, su mujer. El Abogado había avisado a Tío, siempre por teléfono, que sería inútil que La Madre intentara escaparse del país con La Niña, su hija. "Hay una interdicción de salida", había anunciado El Abogado, y en cualquier puerto, frontera o aeródromo las detendrían. Pero entonces Tío —con su cansancio fraternal, con sus ganas de liberarse de aquellas embestidas apremiantes y desesperadas y quizá también, aunque en menor medida, para que se le absolviese de la suposición de pertenecer a "esa masonería del Pecado", de que había hablado La Madre, su hermana— aportó la variante de una salida de contrabando, en un bote y en la noche, a través del río. Mencionó allí por primera vez a un enfermero

suyo, de toda confianza, amigo del botero de Nueva Palmira que hacía el cruce. Sí, sí, el enfermero —Julio, Carlos, César, Pablo, còmo quiera que se llamase— que le ayudaba en las curaciones del Hospital y solía trabajarle de chofer en horarios libres. Y ahora La Madre estaba desplegando todas las fanfarrias de su elocuencia para convencer de un pasado de grandeza a aquel campeón de la tira emplástica. Vaya. Todo para escapar de La Rubia, Aquella Mujer, que —a estar a los anónimos— desde varios años atrás "vivía" con el Padre. "*Vive* con ella", decía clamorosamente La Madre, y el verbo *vivir* adquiría entonaciones de apogeo que La Niña sentía como una ofensa, aunque le costara imaginárselo por lo menudo. Ya era extraño que la existencia del Padre transcurriese en otro lado, fuera del alcance de sus ojos infantiles. Pero que esa ausencia tuviera tal carga de vida, eso era a un tiempo lo abominable y lo fascinante. Más fácil, aunque horrible, fue imaginárselo poco tiempo después como un muerto, ya que no estaba con ellas.

Y bien. Viajaban para oponer a una clandestinidad que La Madre no había podido probar ante el Juez de Menores (había querido blandirla como causal descalificante, pero El Abogado, con terquedad inexplicable, se había negado a alegarla en sus escritos) otra clandestinidad, la de la fuga, que El Padre no tendría resolución ni tiempo ni recursos para aducir ante otro juez, ahora en el extranjero.

Sí, pero... ¿era preciso que ella, La Niña, hubiera estado enterada de todo, de toda

aquella historia de escondites y represalias, cuando sólo tenía siete años y una desorbitada imaginación sin edad, como una cabeza enorme en un cuerpo raquítico? Se lo había preguntado muchas veces y en veintitrés años no había obtenido apaciguamiento, explicación ni respuesta.

¿Y era preciso que lo conversaran todo con la más exasperante prolijidad, delante de ella? ¿Lo habría aprobado ese señor misterioso, el Juez de Menores, ese señor a quien se imaginaba trepado a una tarima, detrás de un pupitre altísimo, como en el cine figuraban, tocados con una peluca y envueltos en una toga, los magistrados de los grandes países? Y ese señor misterioso —seguía resultándole misterioso veintitrés años después, la habían hecho escabullirse de él tanto como del Padre y al Juez nunca había llegado a conocerlo ni al Padre vuelto a encontrarlo— ¿no estimaría ciertamente peor que ella escuchara toda esta historia de vejámenes y mezquindades e improperios a que La Rubia, Aquella Mujer, la subiese suavemente a sus rodillas, deshiciese y recompusiera sus trenzas y aún que la besara, con su boca oliendo a perfume y a cigarrillos?

Recordaba La Noche Antes en la casa, sus sueños en que aparecían El Padre y La Rubia de pie en una orilla blanquecina mientras ella, La Niña, solita su alma, surcaba en un bote (que los demás habían abandonado, volatilizándose) un río tranquilo pero siniestro, enmantecado de luna, una gorda luna de biombo en un panel ardido. Navegaba y qui-

siera haber hecho señas, no a La Rubia, Aquella Mujer, sino al Padre, para decirle que no lo abandonaba por gusto, que no huía precisamente de él o que su fuga no era voluntaria. Pero estaba demasiado hundida en la caja del bote y eso le impedía incorporarse. Demasiado hundida en el sueño, tal vez, y al día siguiente —a la tarde siguiente, rodeada de la cháchara de La Madre como de aguas pegajosas bajo la luna— había descubierto que su sueño le había anticipado el rincón deprimido, demasiado muelle y remoto del asiento trasero del coche de Tío. Tío y El Amigo del Botero iban en el asiento delantero, claro está, y La Madre, para sostener la excitación de su cháchara e incrustarla directamente en las orejas del Amigo del Botero, como si colocara una mecha en una herida cavernosa, apenas rozaba con sus nalgas el filo del asiento posterior. Iba casi en el aire, a pesar o a causa de la velocidad que el enfermero escarbaba en los pedales del Chevrolet; iba levitada por su conversación inextinguible, por las frases que salían de su boca como niños agarrados de las manos, como monigotes recortados en un papel, bailando tomados de las manos, soldados en una faja única de papel, sin conocer fatiga ni desmayo, interminablemente voltejeantes. Ella, La Niña, era la única que se hundía en su asiento, sola en el fondo como su sueño la hiciera aparecer, La Noche Antes, caída en el costillar del bote, perdida entre las maletas y casi rozando las aguas encharcadas y mortecinas del río, río de pesadilla como la cháchara de La Madre ofi-

ciando de música, rollo para los pedales del enfermero en la pianola del Chevrolet. No, ¡vamos!, era su viciosa imaginación de treinta años la que estaba viéndolo ahora así. ¿Podría haberlo sentido de tal modo La Niña? Tío volvía a encogerse de hombros: todas las consultas que apuntaban a la memoria y al esclarecimiento de aquella jornada daban en él contra un fondo de pereza, de abulia, de arrepentimiento o derrota... ¿cuál sería el matiz justo?

A La Mañana Siguiente, La Madre había dispuesto los preparativos, los minuciosos preparativos de la travesía: dos valijas duras atiborradas de lencería y abrigo, una maleta flexible curvada en forma de riñón para trajes más largos, una absurda sillita de badana en apertura de tijera, para suplir la falta de comodidades del bote, mantas embutidas en sus portamantas de correa y asas agamuzadas, dos cajas de sombreros, todo lo que crujía en la baca del Chevrolet y reducía la velocidad, según se quejaba a casi ochenta kilómetros por hora El Amigo del Botero. Y luego el bolso de mano con la merienda, tortas, chocolates y una botella de coñac francés; el bolso, echado como un personaje más, rechoncho e indiferente entre las dos, entre La Niña y La Madre, en mitad del asiento trasero del coche. Para la rapidez con que volvieron, apenas Tío telefoneó la noticia del síncope del Padre, era un equipaje exagerado, la desproporcionada mudanza de una casa en un bote. Pero entonces, cuando se adoptaron las precauciones, cuando todo se hizo y eligió

—La Madre sin parar su cháchara ni un minuto— ¿quién podía haberlo predicho?

Estaban ya a la vista de Palmira y aún era de día cuando Tío planteó —seguramente para tranquilizar sus escrúpulos— una nueva instancia posible de revisión del asunto. ¿Y si La Madre presentara un escrito al Juez de Menores, solicitando que la visita semanal se cumpliera con las debidas garantías en el patio del Juzgado? ¿Por qué no volvían a la ciudad y quemaban ese último cartucho? Con el tiempo, La Niña de treinta años había podido saber lo que eran esas visitas en los patios de los juzgados: había visto hombres maduros inflando globos de colores, hasta el punto en que amenazaban estallarles las carótidas, mientras la palidez del niño que los flanqueaba contradecía el entusiasmo y la tonalidad encarnada de aquellos rostros; había podido ver padres que hacían girar enormes matracas en un aire helado, ante ojos infantiles neutros y abstraídos. Y, como en las visitas de los hospitales, donde el pariente de cada moribundo, sentado a los pies de la cama, sabe que el vecino del costado está en lo mismo y sorbe cucharadas de un mismo desánimo, esos padres evitaban mirarse entre ellos, postergaban la convicción de su pasmosa estupidez colectiva ¿Esto era lo que habían exigido, esto lo que les había costado tantos escritos y audiencias e insomnios? Había podido, con los años, conocer esa violencia retenida, esa ajenidad, esa alegría falsa ante las buenas calificaciones que traían los cuadernos abiertos sobre las rodillas, la había entris-

tecido esa adoración servil por las masticaciones infantiles de chocolate proseguidas en silencio, como si fuese una maravilla y una bendición para esos padres que los niños, en su ausencia, no se hubiesen olvidado de masticar y tragar. Y en patios de juzgados o en bancos de parques públicos habría sido sustancialmente lo mismo —había pensado a los años, en busca de consuelo—. Un envoltorio de maíz reventado en su mano de niña, miradas paternas al reloj, actos de exagerado comedimiento para preservarla del frío, para suplir la falta de tema, para afrontar el examen materno practicado sobre el instante del regreso. Piensa ahora, se confiesa con irreverencia que habría preferido que la visita se cumpliera en casa de La Rubia a todos esos simulacros vacíos, destripados, solemnes; aunque no sabe en qué medida lo habría preferido porque El Padre murió y la idea de haberlo visto distendido y feliz equivaliese anacrónicamente a la ilusión de tenerlo vivo, vivo y doméstico, en mangas de camisa, sonriendo mientras Aquella Mujer jugara con ella, La Niña, como si La Niña fuese una muñeca, La Muñeca que —viviendo como vivían— el Padre no habría podido hacerle: cambiándole las moñas (parecía un ritual sufrido, gozado, verdadero), rehaciéndole las trenzas.

No, no había ningún cartucho por quemar, contestó agresivamente La Madre. ¿Qué quería Tío, que quien la secuestrase fuera El Padre? El coche atravesaba ya Nueva Palmira y marchaba hacia la orilla fluvial en que vivía El Botero; caía la tarde.

Nunca ha querido volver a Palmira, indagar la media luna de arena embebida y oscura en que se descalzó para ganar el bote, y concentrarse en la evocación del segundo en que se lo permitieron como una pequeña travesura que la distrajese, en vez de alzarla y depositarla sobre las tablas del bote. De algún modo tuvieron la certidumbre, piensa hoy La Niña de treinta años, de que aquello significaba una forma imprevista de consentimiento, de que al descalzarse ella participaba, convertía el rapto en su propia aventura de prófuga. Tampoco ha querido volver para cerciorarse de si aún existe el rancho del Botero, y de si es —pintado de color rosa sobre los tintes afines pero mejor distribuídos del crepúsculo— tal como ella lo retiene en la memoria, encalado por dentro, cobrizo y cuarteado en su piso de tierra, envuelto en el largo bostezo de la humedad del río, humoso hasta que los ojos picaran.

El Hombre —como le había llamado Tío— usaba unas alpargatas blanquísimas, lo único que ella recuerda de su vestimenta, y tenía uno de esos rostros atezados de campo y de reflejo de sol desde el agua, tan frecuentes en los pescadores de río. El enfermero se acercó y lo saludó, presentándole a La Madre y a Tío. Para ellos dos fue visible que no lo conocía tanto como había pretendido, porque tuvo que darse a recordar, invocando una ocasión anterior, a la que El Hombre acabó por asentir, entre desganado, reticente o titubeante; quizá porque su negocio rehuyera cualquier índole de familiaridades.

—Así que el señor va a cruzarnos esta misma noche —dijo La Madre, cuyo tono admirativo concitaba la hazaña y no la rutina, con ánimo expreso de halagar al Botero.

—El Señor es el que está allá arriba —dijo El Hombre, apuntando con un dedo.

—Santificado sea su nombre —prorrumpió La Madre, con una comezón equívoca, en la que entraban la unción y la afabilidad. Acaso, piensa ahora La Niña, habría querido decir "Santificado sea su nombre así en la tierra como en las aguas".

—Sí, yo también iba al catecismo por golosinas —dijo ominosamente El Botero—. Y La Madre lanzó una risita contra el crepúsculo, aunque aquello tenía que haberla ofendido, porque ella era auténticamente católica; o, por lo menos, así lo decía y así se le veía ahora, de crucifijo al pecho.

Tío no estaba de acuerdo en seguir adulando al Botero, sino apremiado por concertar las condiciones monetarias del viaje y despedir a su ayudante. Pensaba en las horas de regreso del Chevrolet más que en la misma travesía, porque El Botero ya había dicho que tendrían que esperar a que cerrara la noche.

—Quinientos pesos —dijo El Botero—.

—¡Quinientos pesos! ¿No es demasiado?

Tío parecía consultarlo con él como si quien pretendiera cobrárselo fuese un tercero, y la opinión del Hombre pudiera ser absolutamente imparcial en la materia.

—No es todo para mí —dijo El Botero—. Tengo que dar participación a más gente,

Entre las luces últimas del día, se divisaba aún la costa argentina, su línea más llana y más baja, vista desde la barranquita en que estaban de pie, desde lo alto de la pequeña meseta uruguaya.

—¿Para llegar hasta allí quinientos pesos? —quiso frivolizar benignamente La Madre, con el propósito inconciliable de seguir admirando al Botero y de ayudar a Tío

— No es "hasta allí" —precisó el Botero—. Hay que ir bordeando y meterse en el delta. A lo mejor hay que trasbordar... Depende —agregó enigmáticamente.

Había que llegar hasta Merlo, ése era el trato —señaló—. Y dejarlos a salvo, con todo lo que llevaban. ¿Estaban de acuerdo?

Tío lo consintió, en un gesto que significaba "¿Para qué sirve discutirlo, si estamos en sus manos?". Y al advertir la nulidad del enfermero para interceder de algún modo, para intentar el mínimo regateo, para sacar a relucir la amistad de que había hecho tanto alarde durante el viaje, se volvió hacia él con aspereza:

—Cargá las cosas en el bote y andate. Aquí ya no tenés nada que hacer.

La Niña recuerda que La Madre volvió a ponerle medias y zapatos, tras estregar sus pies mojados con una toallita azul sacada del bolso. La noche del otoño no era fría y aunque el agua sí lo estaba La Niña no tenía (con los años) la impresión de que sus pies se hubieran agarrotado, precisaran siquiera la mitad de las fricciones que La Ma-

dre se empeñó en prodigarle. Tras lo cual desciñó una manta y la envolvió en ella.

El primer chapoteo de los remos en un agua oscura, en un agua sin luna que no se correspondía a la del sueño; y ella, a diferencia de lo que sucedía en el sueño, tiesa en el asiento del bote y dentro de su manta, para no sentirse demasiado cerca de ese ruido blando, flojón, encharcado, desagradable. Las maletas, la gorra con orejeras que Tío se había calado hasta esconder la frente, la cháchara de La Madre apagándose de golpe, ante la simple indicación de una mano en alto del Botero. Iban a internarse en el río, a entrar en la noche, a consumar la fuga.

Había luces lejanísimas —vistas desde la altura del agua— luces achatadas que, cuando el bote enfilaba hacia ellas, solían ocultarse y reaparecer entre la fronda de la costa argentina. Detrás, a sus espaldas, el rancho del Botero y el aullido del perro encadenado al partir. Pero La Niña no miraba hacia allí, rígida en el ruedo que le hacía la manta. Tío ofreció cigarrillos y El Botero y él encendieron dos puntitos rojos en la deriva. Dejar estas señales en el aire era menos imprudente, a lo que parecía, que ir sembrando el camino con el reguero de cháchara de La Madre.

Al cabo de algunas horas apuntaría un nuevo día, imprecisablemente lejos, inapresablemente extraño, no querido. Un tiempo, lo supo después, en el que ya no volvería a asomar el rostro del Padre. Un primer día desoladamente hueco, ilimitadamente hostil,

desconsolado, interminable, más largo, árido, arrasado que este día de hoy, muchos años después, que este otro día de hoy, a veintitantos años de distancia, en que La Madre —la mira ahora, la tiene por lo menos ante sus ojos, el rostro de tiza entre el halo indiscernible de las almohadas— viuda y católica, de crucifijo al pecho, definitivamente ya sin cháchara, como si emprendiera su fuga a solas en el bote, está muerta.

la sirena

Yo era una chiquilina de lo más imaginativa: los miles de cosas que habré pensado allí y ahora no recuerdo. Porque yo, desde el primer día, había visto levantar el tablado: primero los tambores, los bidones de combustibles vacíos; después las alfajías, finalmente las tablas del piso sobre las que ahora yo estaba acostada, la escalerita de cuatro o cinco escalones —no puedo decidirme entre cuatro y cinco, no eran más— la escalerita carpinteada a toda velocidad y adosada a una esquina del tablado el último día, la última tarde; las figuras de papier mâché traídas ya hechas —seguramente desde el taller de Pietromarchi— y colocadas allí. Los miles de cosas que habré pensado. Porque se me ocurría que a lo mejor los bidones no estaban totalmente vacíos y en cualquier momento alguien tiraba un cigarrillo y todo aquello se ponía a arder. Y yo envuelta, atada, fajada, imposibilitada de moverme, en medio de las llamas como un pescado a la parrilla; o, mejor todavía, como un pescado en el centro de una sartén, un pescado de ésos que enman-

tecan primero y envuelven en papel de estraza después.

Fue una sola vez allí y fue también, muchas otras veces, en muchos otros tablados. Pero, no sé por qué, la vez que preferí, la vez que retengo, la que se me hace única en la memoria es la de la presentación de La Sirena en el tablado de Las Ranas, de Dante y Patria. Quizá porque era el de mi barrio, quizá porque era el más original, el que sacaba año a año el primer premio, del mismo modo que La Sirena lo sacó, allí y en todos lados, aquel carnaval en que tocó el motivo de Las Ranas, unas gigantescas ranas verdes tocando con dedos muy agudos en arpas altísimas, a los dos lados de una cascada hecha con dos enormes bobinas que arrollaban y desenrollaban la tela pintada —verde, azul, manchas blancas para simular la espuma del agua que se despeñaba— y la tela que se movía, haciendo caer interminablemente un agua de mentira entre unas ranas también de mentira, pero que eran más hermosas que el agua de verdad y sobre todo que las ranas de verdad.

El carro alegórico de El Chamá y el tablado de Dante y Patria eran los dos orgullos carnavalescos del barrio. Y sacaron una vez y otra vez los primeros premios, cada uno en su categoría, hasta que los declararon fuera de concurso y el tablado dejó de hacerse y el carro desfiló con un cartelito que lo excluía de toda competencia, un gran tarro de café en medio de las pagodas chinas o los extraños templetes indios.

Y en el barrio se exhibían las fotos de esas historias; en cambio, nunca llegó a exhibirse una foto de La Sirena. Después voy a decirle por qué. Las fotos del carro en las vidrieras o los despachos de El Chaná, con la mención de cada año y cada premio. Y el tablado de Las Ranas y el tablado de La Gallina y Los Pollitos y el tablado de Las Mariposas en la vidriera de la peluquería La Artística, entre los diplomas de premios por Ondulación al Agua o por Ondulación Marcel, que habían ganado Laurino padre y sus hijos. Porque el tablado de Dante y Patria era el honor de los Laurino, igual que los premios de ondulación, igual que para mis padres los premios acumulados aquel solo año por La Sirena. Yo me atendí durante años en la peluquería. Ahora también la cerraron: los Laurino empezaron a preferir los empleos públicos, el padre murió. Y a veces, sentada yo allí, a medio atender, los muchachos bajaban del entrepiso en que funcionaba la peluquería de damas, una peluquería de señoras a la antigua, sin esas escafandras, esas mitras calientes, esos secadores eléctricos que hay ahora, sin nada más que el peine, el arte y las tijeras de la familia Laurino. Bajaban, iban hasta la vidriera y traían la foto del tablado de Las Ranas y decíamos "¿Te acordás?" y ellos volvían a ponderar como la cosa más fantástica del mundo la presentación de La Sirena aquel año. Uno de los Laurino estaba siempre en la Comisión del Tablado, y casi siempre alguno de ellos era presidente de esta comisión y ese año ¿quién

era?, no podían acordarse, pero seguramente uno de ellos me había votado el premio, no lo decían ahora para congraciarse conmigo, era justicia.

El año antes de Las Ranas habían ganado el primer premio con el tablado de La Gallina y Los Pollitos, una gallina gorda y esponjada, unos pollitos como pompones amarillos, rechonchos entre nosotros los chiquilines, que corríamos por el tablado a la tardecita y éramos desalojados después, cuando prendían los reflectores y el carnaval podía empezar de un momento a otro, en cuanto vinieran una murga, un gaucho y una china, una máscara suelta, un cantor. Y el año antes de La Gallina y los Pollitos fue el tablado de Las Mariposas, dos o tres mariposas grandísimas alrededor de una absurda canasta para flores, con una enorme moña en el asa, pero sin flores. En ese tablado de Las Mariposas fue que oí la frase de un cantor borracho, una frase que me intrigó por dos palabras incomprensibles, a mis nueve años. Porque tenía nueve años cuando el tablado de Las Mariposas, diez cuando el de La Gallina, once en el de Las Ranas. "Al distinguido público que circunspecta este proscenio", dijo el cantor, y lo bajaron en seguida. ¿Había insultado a alguien?, me pregunté durante mucho tiempo. El de Las Mariposas fue el primero de la serie, fue el menos hermoso. Y además, como decían Papá y los Laurino, ni el tablado de Las Mariposas ni el tablado de La Gallina y los Pollitos se movían, ningún tablado en todo Montevideo había tenido el

menor movimiento antes de que inventaran aquella catarata cayendo entre las ramas. Era un contrasentido, le digo, que el tablado tuviese movimiento y La Sirena, en cambio, fuese inmóvil, hubiese sido concebida inmóvil, y yo ganara los premios sin mover un dedo, sin mover aquella larga cabellera, sin mover siquiera las pestañas, tan sólo haciendo eses con el brazo libre.

Movimiento había en casa, todo el que usted quiera, mientras me preparaban. Tonín rondándome, pidiéndome que me pusiera de perfil, calculando sus tomas. Ahora pienso que ya entonces —debía tener once años, tiene la misma edad que yo— estaba enamorado de mí, pero era mi primo, mi compañero de juegos infantiles y no me lo decía, por nada del mundo lo diría, por nada del mundo pensaría que los besos que nos dábamos como primos y que fastidiaban tanto a Mamá —"primos pegotes", decía— podríamos empezar a darlos algún día como novios, ¡qué sé yo! Tonín pedía que me pusiera de perfil, a medio peinar, y decía "Así te retrato", y Mamá rugía con las tijeras en el aire, aquellas tijeras espantosas de enrular que se ponían al rojo vivo sobre el primus y después se aplicaban, con sus pinzas en cilindro y chamuscaban el pelo para hacer un rulo imperfecto, achatado, desparejo porque yo me movía y mi madre seguía vociferando. El olor a pelo quemado y la frase de Tonín "Así te retrato" me han quedado juntas en la cabeza, van y vienen cuando pienso en los preparativos de La Sirena.

Para eso, Mamá me había puesto el traje y me había hecho reclinar sobre un colchón en el patio; eran los últimos pasos enredados —"de pollo maneado", como decía Tonín— que yo daba en el patio, hasta el colchón, y allí ellos dos, Tonín y Mamá, me ayudaban a reclinarme, en una posición difícil, la misma que tendría en el tablado, porque era la primera parte del ensayo. Quieta como estoy ahora, ¿qué quiere que le diga?, quieta como estoy acá y ni siquiera en una posición tan cómoda como ésta, porque tenía que mantenerme apoyada en el codo izquierdo, primero en el colchón y después sobre el piso del tablado, mientras me chamuscaban y una vez en el tablado mi padre me retocaba la cabellera, que no tenía que rozar el suelo. Enrularme allí a fuego, sobre el traje puesto, era una aventura. Pero no había más remedio que correr el riesgo, porque el escote del traje era muy estrecho y al ponérmelo el peinado se me habría deshecho, si para ese momento ya me hubieran peinado. "De perfil, que así te retrato", decía Tonín. No tenía la máquina en la mano, pero como Tonín —además de fotógrafo aficionado— era también dibujante, hacía piruetas con los dedos en el aire, unas piruetas sin lápiz en las manos, que continuaban más lejos las que aquí al lado estaba haciéndome Mamá con las tijeras ardientes, unas piruetas que desenvolvían en el aire los movimientos en tirabuzón con que Mamá me tironeaba y chamuscaba los rizos, antes de que Papá, ya en el tablado, nada más que con un peine de carey, me alisara

las puntas de la cabellera, sólo las puntas, como si fueran los flecos de una alfombra.

Tonín era quien limpiaba el camión: primero con una escoba grande, después con una escobilla en las junturas de la caja. Porque Papá lo tenía para fletes de obra en la semana, y quedaba siempre un fondo enarenado, y adherencias de pedregullo en las barandas. Tonín se subía, caminaba fuerte sobre las tablas, probaba el piso. Había siempre una doble prueba de pisos: el del camión, el del tablado. Por el miedo de que alguien escondiese, de punta en las ranuras, hojitas de afeitar y yo me cortara. Fue un miedo que no sé cómo empezó, pero que me cercó desde la niñez: un miedo absurdo.

Papá era el de más fuerza, y me alzaba. Me veo ya en sus brazos y a Mamá todavía persiguiéndome con el peine, con el rouge, con los alfileres, desprendiéndose de su enorme busto una aguja con hilo negro para retocar un pliegue, reforzar una puntada, no sé. Papá le pedía que se apurase, porque no era muy cómodo tenerme extendida e inmóvil, del modo en que se levanta de la calle a una persona herida e inconsciente, y estar todavía dando puntadas sobre el cuerpo tieso y por encima de los músculos del que me tuviera.

Dicen, me acuerdo del Instituto, que en las antiguas bodas el marido alzaba a la mujer para que ella no franquease por su cuenta el umbral de la nueva casa, a la que entraba por toda la vida. ¿Habrá algún simbolismo, le pregunto, en que yo haya salido de la mía para el tablado sin tocar una sola vez el um-

bral? Pero esto lo pienso ahora, a los muchos años: no me haga caso. En aquel momento era Mamá volviendo a pinchar la aguja en su busto, tomando el peine del bolsillo del delantal para un penúltimo retoque, porque el último era siempre en el tablado, y la gente del barrio rodeándome, moviéndose en círculo, igual a como se mueven cuando desde una casa de la vecindad sacan un ataúd y despiden a un vecino de siempre. Igual pero, claro que sí, de todos modos alegre. Quélindaestás, Mejorquenunca, Preciosa, Vasaganar: decían todo eso y yo los escuchaba llena de turbación, como una niña pianista que agradece los aplausos de su familia en una sala vacía. Así mismito. Papá se impacientaba, pedía que le hicieran lugar, parecía como engreído y desdeñoso de los vecinos, sus amigos de todo el año, ahora que me llevaba en el aire y tenía que colocarme en la caja del camión. Primero a mí, después el sillón de playa en que se sentaba Mamá, después la alfombra de las olitas y por último el armatoste de cartón pintado que había hecho Tonín y figuraba las rocas alrededor de La Sirena. Sí, un trasto escénico, como dicen los del oficio. Sólo que si le hubiéramos llamado trasto, habría sonado a desprecio... No, no por lo que usted cree, sino porque en casa se decía "un trasto viejo" cuando había que hablar de una cosa deshecha o una persona inservible.

Me ponían en el piso, sobre un cuadro de arpilleras que había tendido Tonín, después de barrer. Subía Mamá, ayudada por todos

los vecinos. Al revés de Papá, ella parecía entonces más amable y efusiva que nunca: saludaba a todos, se reía —ahora me parece que incluso se reía demasiado— se despedía de cada una de las vecinas por su nombre, como si partiéramos para un viaje muy largo. Y cuando le deseaban buena suerte, contestaba cosas como Dios-la-oiga o si-Dios-quiere. No puedo más que imaginarme la cara que pondría Papá, porque eso ocurría siempre en el momento en que arrancábamos y Papá y Tonín iban en la cabina del camión y desde mi sitio en el suelo yo no podía verlos, no podía ver nada más que la cara de Mamá, colorada y riendo y mirando hacia atrás, en el sentido de la despedida. Pero sé que a Papá no le habrían hecho gracia frases como ésas, porque él decía siempre que era ateo y había prohibido, antes de que me eligieran el disfraz de La Sirena, otros disfraces como el de Hermanita de Caridad, el de Ángel o el de Virgen "y cualquier otra cosa católica", como dijo malhumorado para abreviar. "¿Qué querés, gritaba, llamar la mala suerte sobre la chiquilina?" Así que imagínese.

Del viaje hacia et tablado de cada vez, poco le cuento: era de noche, para empezar. Y además, desde mi sitio, sólo veía las copas de los árboles, como en esas tomas que a veces hace el cine, precisamente para describir un viaje. Las copas como una calle más arriba de la calle, las copas girando cuando el camión daba vuelta una esquina, algunos faroles colgando de tensores de acero, la doble raya de los hilos del tranvía, lamparitas

eléctricas amarillas, como guirnaldas de borde a borde, cuando nos acercábamos al tablado. Yo iba allí, envuelta, inmóvil, a ratos acosada por Mamá, que arrimaba su silla playera y se ponía todavía a arreglarme el pelo o la cola del vestido, a pisarme la cola de pez en las dos puntas para alisarla, o cualquier otro detalle por el estilo. Cuando Papá hacía sonar la bocina era porque estábamos llegando a un tablado y tenía que abrirse paso entre el público y parar lo más cerca posible de la escalerita, como si fuese un atracadero y el camión una lancha o algo así.

Antes de que me bajaran, Papá subía al tablado y Tonín venía y volcaba la barandita trasera del camión. Entonces la gente del tablado, el público, se acercaba y se ponía a mirarme. Pero ya no era la gente de la cuadra, ya no eran los amigos del barrio, y el momento era más bien desagradable. ¿Eso qué es?, ¿un pescado?, se preguntaban entre ellos, sin dirigirse propiamente a nosotros. Y hasta decían otras cosas, aprovechando que Tonín era demasiado chico y Mamá, a pesar de su energía, una mujer, y ni uno ni otra podían protegerme. No me tocaban, eso no. Pero tengo la memoria como enturbiada de chistes groseros que yo no entendía pero que festejaban entre ellos, inmundicias que aún no estaba en edad de comprender. Mamá sí debía comprenderlas y por eso le pedía a Papá que no se demorase, aunque sin decirle por qué, de miedo a enfurecerlo.

Papá hablaba primero con los miembros de la Comisión, que estaban sentados detrás de una mesita, en una esquina del tablado. Seguramente les explicaba en qué consistía mi número. Sí, mi número... ¿cómo quiere que le llame? Había un momento, me decía Tonín, en que los de la Comisión dudaban, discutían entre ellos, volvían a consultarse y después, todas las veces, acababan por decirle que sí. Pero todavía Papá no venía a buscarme. Iba hacia el centro del tablado, decía Tonín. Tonín me trasmitía lo que estaba sucediendo, y ahora pienso que lo hacía para distraerme de los chistes del público, hablándome desde más cerca, trepado al borde del camión, interponiéndose entre mi oído y las caras del público. Papá iba hacia el medio del tablado y se ponía a revisar las tablas. Porque allí no habría arpilleras, como en el camión, y Papá tenía la manía de revisar las tablas, para prevenirse de que algún degenerado hubiera puesto, justamente en aquel sitio, una hojita de afeitar y aquello me abriese en dos. Sí, usted se ríe, pero no tenía nada de gracioso. Fue como una obsesión de toda la vida. Y antes que en el tablado y con La Sirena, la sufrí en las plazas de deportes con los toboganes. Allí era Mamá quien me llevaba y quien revisaba ese canal que queda entre las dos tablas pulidas que hacen el tramo largo del tobogán. Era absurdo, le digo, porque yo estaba en lo más alto de la escalera, tomada de los dos pasamanos de fierro, sintiendo un poco de vértigo si miraba hacia atrás, y los demás chiquilines, que aca-

baban de tirarse y ya volvían, apurándome a mis espaldas, mientras Mamá pasaba la palma de la mano a lo largo de toda la ranura. Era humillante y además absurdo, porque los chiquilines que estaban detrás y me apremiaban venían de lanzarse por el tobogán y se habrían partido en dos si hubiera habido alguna hojita de afeitar. Sí, ya lo sé, Mamá cumplía instrucciones terminantes de Papá y Papá decía siempre, y en toda circunstancia de la vida, que "hay que cerciorarse". ¿Usted piensa que es por eso que no creía en Dios? Pero yo les decía: ¿en qué momento invisible podía haber aparecido el degenerado? En casa se hablaba del degenerado como de un personaje al acecho, del que había que cuidarme a toda hora: mi infancia entera transcurrió bajo la amenaza del degenerado. ¿En qué minuto, si estábamos allí mirando como se tiraban en cuclillas, sobre el vientre o acostados y sin ninguna preocupación los demás chicos, iba a aparecer, a poner para mí su hojita de afeitar en la ranura y a evaporarse? Desde lo alto de la escalera, sin sentir vértigo cuando miraba hacia adelante y mis ojos resbalaban por la curva en caída del tobogán, yo habría tenido que verlo. Y sin embargo, Mamá revisaba. Mamá revisaba y Papá revisaba ahora, pasando las manos por el piso del tablado, menos pulido que las tablas del tobogán, refregando aquellas grandes manos carnosas, donde alguna vez se clavó una astilla. Nunca apareció la hoja de afeitar, claro, pero ahora voy a decirle una cosa impropia..., sí, usted me ha pedido que

también se las diga. Bueno, no sé si una cosa impropia o simplemente natural, porque mi educación fue demasiado contrahecha, ¿cómo le diré?, demasiado llena de vergüenzas injustificadas, y ya no sé si estaba mal sentir determinadas cosas o si era natural y todas las mujeres, en mi lugar, habrían sentido otro tanto. Bueno, lo cierto es que cuando tuve la primera menstruación, al año siguiente de La Sirena, y a pesar de que muy poco tiempo antes, a escondidas de Papá, Mamá se había animado a prevenírmelo, al ver —según me dijo— que mi cuerpo estaba tomando formas de mujer, a pesar de todas esas explicaciones yo sentí aquello como si al fin me hubiera dejado deslizar sobre la hoja de afeitar y sangrara por ese motivo, como si el acto que me hacía mujer me hubiese abierto en canal. Yo no he tenido hijos, como usted sabe, y tal vez por eso los períodos —al revés de lo que pasa con casi todas las mujeres— son días en que me desarmo y me alivio, días en que me dejo ir con cierto abandono y, es difícil explicarlo, con una libertad completa. Si no fuera por las complicaciones del arreglo, me gustaría que esos días durasen y que yo, libre del miedo de la hoja de afeitar, pudiera vivir y correr, en ese estado de aflojamiento absoluto, sobre todos los sitios del mundo.

Al final me subían: Papá me tomaba en brazos, Mamá llevaba el manto de moletón azul con alforzas y bordes caprichosos en blanco, que semejaba el mar y las olitas y Tonín el armatoste de las rocas, hecho inge-

niosamente sobre un esqueleto de tablitas y con cartón en burujones, pintado en lampos negros, blancos y castaños. Papá me depositaba en el suelo, porque el manto de las olitas no quedaba nunca debajo de mi cuerpo, sino que me rodeaba, arrepollándose para dar la marejada; y las rocas o la roca iban a la izquierda de mi cuerpo. Era un solo armatoste con varias jorobas, y le llamábamos unas veces en singular y otras en plural. Esto lo acomodaba Tonín, con un cándido amor propio de artista, de creador. Yo nunca he sido muy femenina, ni para la descripción ni para el gusto de la ropa, y me he pasado años haciendo el cuento de La Sirena y confundiendo lentejuelas, mostacilla, canutillos y perlitas nacaradas. Menos mal que Mamá me corregía. Pero creo que finalmente lo he aprendido. Yo todavía no había echado las formas de mujer de que recién le hablé, y Mamá había hecho con almohadillas de cerda y forro capitoneado los dos conos que formaban los falsos senos; el peto, como le llamábamos para evitar toda alusión más comprometedora. El peto era un corpiño que me ponían antes de embutirme el traje. Después me ponían la parte de abajo, que era cerrada hasta la cintura y tenía como dos estuches o vainas de franela para meter los pies descalzos y dejarlos aprisionados en una posición determinada, que Mamá había estudiado como la más conveniente a las formas de La Sirena, a su cola de pez, al juego y al brillo de las escamas. Y luego, por encima del peto, la blusa ajustada como si fuera de jersey,

aunque era de raso, bien apretadita, ceñida al cuerpo y a las almohadillas de los falsos senos, toda cubierta de lentejuelas claro de luna... así se llamaban, yo no se lo invento..., que hacían un largo reflejo bajo la luz de los proyectores y se movían con un temblor de escamas fabulosas, mientras yo ondulaba solamente un brazo, en movimientos aprendidos, como de asas que se formaban y deshacían sin cesar, a partir de mi cabellera rubia. Ésa era la animación de La Sirena, lo único que se movía en mi número, mientras el tablado, en la vez que me gusta recordar, corría y bajaba con su cascada entre las ranas. Es claro que precisamente allí, como recordábamos con los Laurino mientras me cortaban o me peinaban, todo se movió de golpe, ¡y en qué forma!, cuando Tonín se vino abajo desde los árboles, tirado por su propio fogonazo. Pero esa variante no estaba dentro del programa.

No puedo decirle mucho más sobre mi traje, que no veo desde hace años, que ni siquiera sé si todavía existe. Yo tengo alguna desconfianza sobre la precisión de mis recuerdos, cuando las cosas en su momento no me han golpeado la imaginación, no me han impresionado, ni siquiera puedo decir que me hayan interesado mucho. Lo que podría detallarle, hasta el aburrimiento, es la forma en que yo me sentía presa, allí abajo, bañada y recorrida por los reflectores, aislada de todos por el chorro de luz, abandonada hasta por mis padres mientras movía el brazo derecho, con cuidado de no rozar las puntas de la ca-

bellera, en aquellos ademanes en forma de cuello de cisne, en forma de ánfora, que a nadie más que a Mamá pudo ocurrírsele que hicieran en la mitología las sirenas clásicas. Esa sensación de prisión en la ropa, de prisión en el cuerpo, fue lo que me quedó del disfraz para siempre. Más adelante, cuando yo seguía Magisterio y podía dar el pretexto de mis estudios para no prestarme a las pruebas, empecé a negarme si Mamá me llamaba, con una blusa o un vestido recién hilvanados. Tonín se había ido a vivir a Rivera y, además, el artefacto que se le ocurrió a Papá habría sido demasiado complicado para que Tonín lo fabricara, demasiado severo en sus medidas para que Tonín lo hiciese, como había podido hacer las rocas. El artefacto era un maniquí que reproducía con toda exactitud, al centímetro, mis formas desde el pescuezo a las caderas. En vez de la cabeza, remataba en una perilla lustrosa; y al llegar al nacimiento de las piernas, se cortaba de golpe y entroncaba en un trípode de madera, hecho por tres patas curvas. Pero en conjunto tenía mi altura. Papá lo mandó construir en una fábrica de maniquíes, para liquidar las trifulcas entre Mamá y yo, unas trifulcas en que yo acababa a los gritos y Mamá a los sollozos, con gran peligro de tragarse la selva de alfileres que apretaba en los labios. Lo hicieron, lo trajeron, fue a dar al altillo en que Mamá cosía. Yo estudiaba en el altillo de enfrente y a veces la espiaba desde mi sitio, porque las ventanas estaban enfrentadas y coincidían sobre el patio. Mamá lo tra-

taba casi con ternura, con grandes miramientos, con una delicadeza maternal; y yo sentía un inexplicable orgullo de verme por fuera: el maniquí me parecía mucho más airoso, mucho mejor formado de lo que me consideraba yo, desde dentro de mí misma. Y sin embargo, eran mis medidas. También a veces Mamá se permitía con el maniquí unas confianzas que yo no le habría tolerado: colgarle una cinta métrica en su pescuezo de perilla y hasta sacarse algunos de los alfileres que le llenaban la boca y clavárselos en el pecho, cerca del sitio fingido de mi propio corazón. En algunas tribus esas operaciones se hacen sobre muñecas, para provocar el mal en los sitios que se pinchan, porque se supone que el mal se traslada a la misma parte de la criatura representada. Pero con Mamá no era así, y le habría causado horror que se lo insinuaran. Era mucho más simple, ella jugaba con el maniquí, se demoraba, le probaba un cuello, le retocaba un canesú o le alisaba una caída de mangas: el maniquí no tenía brazos y las disputas podían renacer en alguna prueba de mangas que ella quisiera intentar sobre mi cuerpo auténtico. Y yo, en el altillo de enfrente, bajo la resolana de la misma claraboya, ajena a todas esas prolijidades, leía y estudiaba. No, no, era por simple comodidad, para evitar la fiebre que me daban aquellas pruebas inacabables: no le busque significados más ocultos.

Mire: allí mismo, en el sitio de aquel tablado, mis padres me llevaron, años después, a que escuchara a un famoso Doctor, que pre-

tendía que lo votaran para Presidente. "La juventud debe interesarse en estas cosas", decía Mamá. Era un cirujano eminente y no podían compararlo con el otro candidato, que era General. "General y Arquitecto", retrucaba Papá. "General antes que nada", insistía despectivamente Mamá. El Doctor había operado a una tía de Mamá, y era formidable: llegaba todos los días al sanatorio al amanecer, y a las siete de la mañana ya estaba, con su túnica impecable, visitando uno por uno a sus enfermos. Era lo que le hacía falta al país, un hombre de orden, aseguraba Mamá. Y además había estado en la Guerra Mundial del catorce dieciocho, había operado en los hospitales de sangre de los aliados, había salvado cientos de vidas y los franceses lo habían condecorado con la Legión de Honor. ¿Y qué parentesco tenía con el otro Presidente, con el que estaba arriba, con el que Papá llamaba Dictador? Consuegro, me parece. "Sí, pero el General es cuñado", decía Papá. Y agregaba: "Es un asunto de familia, que se lo arreglen entre ellos. Yo ni voy a molestarme en votar". Papá era un batllista neto, como se decía en aquel tiempo, y me parece que hubiera querido seguir votando solamente a Don Pepe, que se había muerto casi diez años antes. Me acuerdo vagamente de aquel día, aunque era muy chica, porque Don Pepe también murió en el barrio, a dos cuadras de aquellos tablados, y porque fue la única vez en mi vida que vi lagrimear a Papá. Le digo que aquel Doctor, presentado por Mamá con tantos elogios, me defraudó por completo. Ha-

blaba desde un tabladito de los que hacen para la política, esas tarimas que deben ser portátiles: hoy en esta esquina y mañana en tal otra. Una tribunita sin arte, en el sitio mismo de los tablados famosos: aquello ya me ponía en contra. El Doctor era calvo, de nariz afilada, serio y muy tieso, con gesto de estar tomando siempre mal olor. Largos ratos hablaba con las manos en los bolsillos, sosteniéndose bien derecho, sin dar un solo paso al frente, sin apoyarse ni una vez en la baranda del tabladillo, como habían hecho los que discursearon antes que él, para ensalzarlo. Hablaba muy rígido, pronunciaba las elles como en la escuela y hasta creo que ceceaba un poco. La voz, una voz que no era simpática, le salía por la punta de los labios finitos. Esos labios que apretaba y se retocaba para las fotos, decían sus enemigos, pero con toda seguridad era mentira. Porque no hay duda de que era muy hombre, aunque el General gustara más a las mujeres. Hay quien dice que fue por eso que ganó, porque justamente esa vez empezaban a votar las mujeres y el General tenía un bigote angostito y medio cruel, como el de John Gilbert, y en las fotos de la propaganda, vestido de civil, parecía mirar a cada una de las que lo mirasen. El Doctor, con todo su talento, no había sabido o no había querido llegar a la gente. "Porque es un aristócrata", decía Papá. Ni cuando se mantenía duro y con la cara como almidonada ni cuando sacaba las manos de los bolsillos y gesticulaba con ademanes suaves de gran cirujano. Estaba en el sitio mismo en que

una de las ramas, con sus dedos verdes muy abiertos, había tocado el arpa, quieta en el tablado de la cascada que caía. Y ahora, con los ademanes medidos y estudiados del Doctor, con sus dedos tan puntiagudos, eran los dedos de la rana los que parecían animarse y moverse, para que fueran saliendo las ideas. Era como si el sitio estuviera regalándole los ademanes olvidados de la rana de la izquierda, la que miraba a Ocho de Octubre, los ademanes que nadie le vio hacer nunca a la rana pero a lo mejor hacía cuando el tablado, después de cada noche, se quedaba solo. Pero le digo francamente: me imagino que la rana tendría que haberlos hecho con mucho más gracia, con una delicadeza más contagiosa, ¿no le parece? Sí, no alce los hombros; ya sé que nunca llegó a verla y que por eso no la siente. Yo no votaba esa vez ni, con la edad que tenía entonces, estaba para interesarme en esas cosas de la política. Fueron mis padres los que me llevaron a oír el discurso, para no dejarme sola en casa. Pero si hubiera podido votar, no habría votado al Doctor, sino tal vez al General. No es que me gustara mucho más, porque me parecía también medio momia; pero por lo menos no había querido imitar a las ranas, y eso solo me lo presentaba mejor.

Tan ajena a todo aquello, yo volvía a sentirme como si fuera La Sirena, pero esta vez puesta a la orilla del tablado. Como si yo fuese La Sirena pero no como si el Doctor fuese la Sirena, porque ese papel de La Sirena, esa personalidad, esa figuración, no sé

cómo decirle, jamás quería pasárselos a nadie. Como si yo fuera La Sirena, allí quieta e indiferente, y una de las grandes ranas estuviera hablando de política y Tonín —pero eso todavía no se lo he contado— fuera a salir de un momento a otro, con su fogonazo de magnesio, esta vez para retratar al Doctor, saltando desde la copa de alguno de los plátanos que seguían estando, firmes en la noche, allí alrededor.

Fue mi primo Tonín quien dibujó el modelo de La Sirena. En ese tiempo, por recomendación de su maestra, que le veía grandes condiciones, Tonín iba a una escuela de dibujo, que se llamaba Academia Miguel Ángel. En broma, le llamábamos a él Miguel Ángel, y creo que no le disgustaba el apodo. Después de pasar por los consabidos yesos y jarrones, le hicieron tomar apuntes del natural sobre modelo vivo. Así decían los papeles que traía Tonín, para acreditar un progreso que a los padres les estaba costando cada día más dinero. Dibujaba entonces mujeres desnudas, mujeres viejas con unos senos fláccidos y larguísimos cayéndoles como orejas de elefante. Eran dibujos que los mayores no me dejaban ver, ya bastante escandalizados de que el porvenir artístico de Tonín tuviera que pasar por todo aquello. Pero él me los mostraba a escondidas, a la siesta, en el altillo de su casa. Y yo le preguntaba qué había hecho con esas mujeres, si verdaderamente posaban desnudas para él, si podía hablar con ellas y hacerlas moverse para aquí, para allá, sentarse, agacharse, ponerse de rodillas, pues-

to que les pagaban. Y después me animé un poco más y le pregunté si, teniéndolas tan cerca, alguna vez las había tocado. Se lo pregunté sin malicia consciente, porque no me daba cuenta de qué conseguiría con tocarlas, y además me horrorizaban por viejas, por feas, por fofas. Tonín se reía y contestaba que no. Por eso, por lo nervioso que se ponía al reírse y contestarme que no con el lápiz, y por lo mucho que sabía de trapos, infinitamente más que yo sobre trapos y modelos, fue que algún día llegué a sospechar, sin saber tampoco bien qué significaba, si Tonín no sería medio maricón. Medio maricón, ¿qué quería decir? Parecido a las mujeres, no sabía hasta qué punto. Pero no era, ya va a ver que no era. Tonín dibujó el modelo, como le digo, tomándolo de libros, iluminándolo en acuarela sobre el dibujo a tinta de las escamas, de las aletas, del pelo y los pezones de La Sirena, unos pezones muy diferentes de los que le mostraban en la Academia Miguel Ángel, unos botoncitos erguidos y rosados que debe haber copiado de alguna ilustración alemana. Mamá dispuso entonces el raso y las lentejuelas claro de luna y armó el peto, teniendo siempre por delante, sujeto a un bastidor, el dibujo de Tonín. Más lindo y más completo que un sueño, más misterioso que la realidad. ¿Más cursi, dice usted? ¡Qué sé yo!, a mí entonces me parecía estupendo. Pero le confieso que el sentido crítico no es mi fuerte, ni tampoco me importa.

Vaya fijándose todo el trabajo que exigía La Sirena, todo el tiempo que había llevado

preparar aquella exposición de unos pocos minutos. Cuántos minutos no sabría decirle, porque como pasaban sobre mis nervios me parecían eternos: pero deben haber sido muy pocos cada vez. Era al revés de lo que debería haber sido, pienso cuando me ubico en mi escenario predilecto: el tablado móvil, el rollo de la cascada cayendo entre las ramas sin mojarlas, y mi número inmóvil. Usted se sonrió cuando yo dije "mi número", hace un momento, a falta de mejor definición. ¿Cómo le llamaría usted, vamos a ver?... Porque era como el cuento del gallo pelado: aquello no era propiamente ni disfraz ni espectáculo, ni alegoría ni número vivo. Aquello era La Sirena, pasaba a ser La Sirena desde que mi madre, más enorme que nunca bajo las luces, retrocedía con el peine en alto, después de retocar un mechón que caía mal, y después que mi padre había arreglado la última olita de moletón azul y ribetes blancos, a mi costado. Era el momento en que mi padre se dirigía a aquellos señores sentados alrededor de la mesa, contra una de las esquinas del tablado, y debía decirles que el caso, que el asunto, que el número quedaba presentado. Digo "debía decirles" porque yo, desde mi sitio en el suelo, no podía escucharlo. Pero sé que usaba el verbo presentar, eso sí lo recuerdo. Porque algunas veces, en casa, esto también se ensayaba. "¿Cómo vas a decirles, a ver?", preguntaba Mamá. Y Papá, delante de nosotros pero como si fuera delante de un espejo, se inclinaba hacia una mesa inexistente que debería estar entre él y nuestros

cuerpos, y sin dejar de mirarnos a los ojos se echaba un discursito, en el que tampoco aclaraba qué clase de fantasía era La Sirena, pero donde terminaba siempre por decir: "Con estas palabras, señores, queda presentada La Sirena".

Se hacía entonces un silencio absoluto, un silencio que ahora no sabría apreciar en minutos o en segundos, un silencio de duración indefinida, mientras mi padre gestionaba, estoy segura, que el reflector del tablado, que por principio se resistían a mover, girara un poco y cayera sobre mí, diese sobre mis escamas, sobre mi curva de lentejuelas claro de luna, sobre mi cadera derecha, que era la que quedaba en alto, ofrecida al público, hasta ese momento con sus luces adormecidas, como brillos de una postal. De repente yo sentía ese golpe de luz, que era un golpe de tibieza y todas las lentejuelas se ponían a vibrar, a moverse como luces de una ciudad en el agua, a dar como un saltito ondulado y quieto, el que arrancaba los aplausos, una ola de aplausos que rompía finalmente aquel silencio y me envolvía como si fuese un vaho más caliente; yo lo aventaba haciendo el cuello de cisne con mi brazo derecho, abanicándome de ese modo. Era mi saludo de agradecimiento, y hasta la catarata del tablado parecía ponerse a rodar con mayor rapidez su rollo pintado; ésta es una impresión arbitraria, ya lo sé, pero no inventada.

Usted piensa que doy muchos rodeos, que tanteo aquí y allá lo que voy a decirle. No crea que es por cortedad, ni tampoco por po-

breza le lenguaje. No. Es que no puedo recordar nada de aquello como si fuera totalmente preciso, como una cosa de bordes nítidos. Es algo móvil y sin contornos, alrededor de la fijeza de la figura que debía hacer yo sobre las tablas. Los aplausos acababan con un plazo de suspenso, con unos minutos de indecisión en que vez por vez parecía jugarse la suerte del número, una especie de incertidumbre que el número tenía entre ser rechazado y ser admitido. Es curioso: una vez que lo habían admitido, parecía la cosa más natural del mundo, y hasta una cosa inevitable para ellos, que lo premiaran. Todo el problema estaba en la admisión y radicaba en la categoría: ¿número vivo, disfraz de fantasía, conjunto alegórico? "¿Qué conjunto?", decía Mamá. "¿El que hace ella sola?" "¿Ah no?", contestaba Tonín. "Ella y las olitas y las rocas", como si todo eso se contase como más personas.

Nunca pude saber en qué categoría me habían premiado, ni los Laurino podían acordarse del detalle. Pero lo que sé es que La Sirena fue admitida siempre, después de esos silencios y esas consultas, y que se ganó cantidad de primeros premios.

Tonín, pobrecito, acabó por enamorarse de mí en cuanto me vio vestida de sirena. O mejor, transformada en La Sirena, no en la sirena que él había dibujado sino en la que, de golpe, tomando ideas de su dibujo y metiéndome dentro del traje hecho por Mamá, yo me había puesto a ser. Porque no soy actriz ni nunca, a partir de aquel entonces, se

me ocurrió serlo. Pero la verdad es que, como dicen los críticos de las buenas actrices, yo me identificaba con el papel y hasta lo transformaba. En el vecindario había chiquilinas menores que yo y mi disfraz no había subido a todos los tablados del mundo ni, menos que menos, a los tablados del año siguiente. Y sin embargo, nadie nos pidió nunca el traje prestado, para probar suerte. Es como si estuviese agotado, como si al dejarlo yo se hubiera quedado muerto, como si yo hubiese hecho una muda de piel y aquello ya no sirviese para nada. Así que La Sirena era yo, discúlpeme la vanidad, y nadie más que yo. Y Tonín estaba enamorado, no sé si de mí o de La Sirena, seguramente de las dos al mismo tiempo y sin hacer distingos.

El amor de Tonín por mí se notaba en muchos detalles. Siempre parecía crecer después de los premios y cuando teníamos que emprender el viaje de vuelta a casa. Ponía corriendo en la caja del camión las olitas y las rocas, para estar libre cuando Papá, entre los aplausos del mismo público que unos minutos antes me había acosado a chistes verdes, me alzaba otra vez y marchaba conmigo en brazos hasta la escalerita. Tonín hacía como de paje, adelante, con los brazos extendidos, para abrir el camino. Podía haber dicho "Permiso, permiso, que se va La Sirena", pero decía solamente "Permiso, permiso", porque ya todos sabían que yo me iba y dejaban una sendita entre dos filas de aplausos, siempre sin tocarme, por cerca que estuvieran. Entonces llegábamos al camión, subía

también Mamá y, con el pretexto de arreglar cualquier cosa, trepaba de improviso Tonín, me tomaba la mano delante de mi madre, me decía con ojos brillantes "Estuviste notable" y me besaba la punta de los dedos. A Mamá nunca le extrañaron nuestros mimos, le parecían la cosa más natural del mundo, demostraciones de un afecto entre hermanos. Porque siendo cada uno de nosotros hijo único, era como si fuésemos hermanos. Pero Mamá ignoraba otras cosas. Ignoraba, por ejemplo, que ver las viejas desnudas de la Academia Miguel Ángel en el altillo de Tonín, empezó a tener un precio: un beso, dos besos en las mejillas, hasta que se arregló —cada vez— con un beso en la boca. Sin saber para qué, pero con los ojos de él más brillantes y mojados que nunca.

Mamá no sospechaba los sentimientos de Tonín, pero yo sí. Una tarde estaba en casa un constructor español, que trabajaba con Papá y había venido a esperarlo. Había pasado ya el furor de La Sirena, pero era el tema del que seguían hablando en casa, en cuanto aparecía una visita. Mamá se puso a describir el número y Tonín, cada vez más descarado, se entusiasmó de pronto, me tomó la cara y me besó. Lo hizo como en un arrebato, y después bajó la cabeza, más tímido y apabullado que nunca. El español debe haberlo notado, porque preguntó en seguida quién era el muchacho y Mamá le dijo que primo mío. "Ah, sí, debí imaginármelo —dijo el español—. Estos pércebes acaban siempre casándose con una prima o fugándose con una

bailarina, sin términos medios". Yo me quedé asombrada, pero me hice el propósito de no olvidar la palabrita: ¿qué querría decir? En cuanto el viejo se fue, corrí al diccionario. Tuve dificultades para encontrarla, porque no sabía si era con v o con b, con s o con c, y el viejo ceceaba. Finalmente di con ella, y me acuerdo de la definición letra por letra: "Pércebe: marisco crustáceo comestible". ¿Así que Tonín era un marisco crustáceo comestible?, pensé con desolación, porque era lo menos romántico del mundo. Mire, en lo que el gallego no se equivocaba era en lo otro: Tonín no se casó conmigo, claro que no. Pero se escapó con una bailarina, con algo peor que una bailarina; ya voy a contárselo, en cuanto llegue el momento.

Pero la cosa al mismo tiempo más ridícula y más tierna de aquel amor, fue su empecinamiento por sacar la foto de La Sirena. Tenía una maquinita de fuelle, que le habían regalado sus padres para el cumpleaños, y creo que sacaba fotos pasables. Y ya le he dicho que era bastante ingenioso: leía el Tesoro de la Juventud, la parte de inventos caseros y también toda clase de revistas científicas para jóvenes. Y se le ocurría cualquier cosa. Así fue como construyó, lo supimos después de la peripecia, su aparato para alumbrar el magnesio: con un cucharón viejo que encontró en un baldío y al que torció la empuñadura. Tuvo que llegar a eso, porque nadie fue capaz de complacerlo, ni yo ni mis padres. Bastante que lo siento ahora, que no tengo una sola foto de La Sirena. Porque To-

nín me decía "Vení que te retrato", y estiraba el fuelle de su maquinita como si fuera una trompa, hacia mí. Pero cuando era de tarde y la luz entraba a mares por la claraboya corrida, yo no estaba todavía vestida para los tablados. Y si estaba vestida ya era de noche, y el brazo con lamparita y tulipán que había en un rincón del patio no habría servido para ninguna foto. Mis padres podrían haberme vestido a media tarde, haberme acomodado sobre el piso de baldosas, haber arrepollado las olitas y haber puesto la roca a mi costado. Pero habrían tenido que vestirme especialmente, y enrularme con unos rulos que tal vez no duraran hasta la noche, y jamás se les habría ocurrido tomarse todo ese trabajo por Tonín, por un capricho estúpido de Tonín, como decía mi padre que era el de la foto. Porque no pensaban que la foto habría de ser después para todos; aquello sólo se les aparecía como una majadería de Tonín.

Entonces, en secreto, a Tonín se le ocurrió inventar su magnesio; en secreto absoluto, sin decírmelo siquiera a mí. En aquella época no se había descubierto el flash de lamparita, y cada vez que se tomaba una foto de noche había una explosión de magnesio en la mano izquierda levantada del fotógrafo. Había que aprovechar el momento del fogonazo para tomar la foto, lo que era hasta una prueba física, me parece. Si la foto se tomaba al aire libre, la nube de magnesio flotaba, redonda y blanquísima, hasta fundirse en los altos de la noche. Si era una pieza cerrada,

el magnesio subía ensanchándose hacia arriba, se aplastaba contra el techo y cuando se difundía por la habitación siempre había alguien que se ponía a toser.

Bueno, Tonín arregló el cucharón, le torció el mango para que tomase la forma de un gran pebetero, consiguió magnesio en una ferretería o no sé dónde y se preparó, justamente para fotografiarme la noche culminante, la del tablado de Las Ranas. Debe haber escondido todo aquello en el camión muy temprano, debe haberlo sacado cuando todos estábamos pendientes del discurso de Papá y de la admisión de La Sirena. Porque nadie lo vio maniobrar, en ningún momento. Ya había pasado junto a mí, ya había puesto las rocas a mi lado y después me di cuenta de que me había sonreído, como si estuviera tramando algo. Pensé en aquel momento que fueran sus nervios, porque toda la presentación de La Sirena lo ponía muy nervioso. Así que no le di mayor importancia.

Tonín era ingenioso, le digo. Con cualquier cachivache era capaz de fabricar un arma, un petardo para la vía del diez, lo que se le antojase. Mire, si no fuera porque hizo una cosa mayor y tiene otras razones para andar fugitivo, podría haber sido un buen tupamaro, si le hubiera dado por ahí. Pero alguna cosa tenía que fallarle: los aparatos de magnesio deben haber tenido alguna chispa, un detonador o algo así, un encendedor que hiciera el fogonazo. Eso fue lo que Tonín no tuvo: y era insensato pensar que con dos manos pudiera arreglárselas para tener la maquinita

enfocada hacia mí, para sostener en alto el cucharón y para prender un fósforo. Habría precisado tres manos, por lo menos. Y aquello fue lo que le falló.

Yo ya estaba en el piso del tablado, Papá estaba presentándome ante los miembros de la Comisión, cuando sentimos de pronto el estruendo, casi un estampido, un fogonazo que envolvió uno de los plátanos y algo que caía entre su copa, quebraba unas ramas y se venía al suelo. No había podido aún darme cuenta de lo que era cuando, en medio del silencio que duraba hasta el trance del reflector y que la sorpresa de aquel incidente casi no había roto, reconocí la voz de Tonín desde abajo, comunicándose con nosotros: "¡No me hice nada, no me hice nada!", gritaba. Y así fue como supe que no se había lastimado, antes de saber siquiera que aquella cosa caída desde lo alto del plátano era Tonín. Tenía sólo raspones en las manos y en los antebrazos, peladuras en las rodillas y arañazos en los muslos, como vimos después. Pero Papá, que estaba furioso y se contuvo sólo hasta que subimos al camión, dijo que podría haberse enredado en los cables de la instalación eléctrica y haberse fulminado, así que se quedaría en penitencia y nunca más iría a los tablados con nosotros. Al otro día fue la primera huelga de mi vida, y me fue bien: ya estaba peinada, ya estaba vestida, ya estaba pintada. Y entonces dije: "Si no va Tonín, yo tampoco voy". Papá podría haberme alzado a la fuerza, atada como estaba por La Sirena, envuelta en el disfraz,

maneada. Pero creía, como todos, que el éxito de La Sirena dependía de mi gracia, de mis ojos fijos de gran muñeca, de mi brazo haciendo el cuello de cisne, de alguna especie de sortilegio misterioso. Y cuando yo arrugué la cara y Mamá gritó que si me ponía a llorar iba a corrérseme toda la pintura, Papá cedió y Tonín fue perdonado y nos acompañó como siempre. "Bastante penitencia tiene ya con su máquina deshecha", dije yo para explicar mi protesta. Porque también quería justificarme.

Y era cierto, la máquina se le había deshecho. Mire: aunque la cosa duró un instante, muchísimo menos de lo que se tarda en contarlo, podría darle todos los pormenores de la escena, porque me impresionó de veras. Cuando se produjeron el fogonazo y el estampido, en el sitio mismo que tenía frente a mis ojos, de soslayo a la Comisión, lo que me pareció que saltaba no fue Tonín —porque ni sabía que estuviera allí, trepado al plátano— sino el frente de una hojalatería, que avanzaba una fachada angostita en el cruce de Cerro Largo, Dante y Patria, porque allí es donde se juntan Dante y Cerro Largo. Ya demolieron la hojalatería y ahora sólo se ve un pastizal con cascotes, pero no porque Tonín la hubiera hecho volar. Eso fue lo que pensé en aquel momento, que aquella fachada volaba por los aires. Porque saltó con el golpe de luz, tembló en el relámpago del magnesio, con su puerta oscura y su azotea con baranda de botellitas —sí, balaústres, así se llaman, gracias— y parecía que los ba-

laústres, ¿está bien?, fueran a desparramarse como bolos. Fue mucho menos de un segundo, pero me pareció que toda aquella mampostería iba a venirse encima de las ranas, encima de nosotros. Los Laurino lo habíam visto desde otro sitio, desde la mesa de la Comisión o cerca de allí. Pensaron que alguien había hecho estallar un petardo entre los árboles, o pensaron en un cortocircuito. Pero la luz del tablado seguía funcionando y sobre el fondo de la arboleda vieron caer un bulto con forma de chiquilín, quebrando ramas. Por suerte no había gente debajo, y raspándose manos y brazos, además de las piernas, Tonín pudo sostenerse y amortiguar la caída, mientras la maquinita volaba lejos y se hacía pedazos. Y entonces se oyó "¡No me hice nada, no me hice nada!" y yo supe así que era Tonín. Casi en seguida alguien de la Comisión informó que un muchachito se había trepado a un árbol, como siempre ocurría cuando había algún número en el tablado, y se había venido abajo, por suerte sin ninguna consecuencia; y pedía a los padres más cuidado con sus hijos y a la Policía que guardara el orden. Como si aquello hubiera sido un episodio de todas las noches, salteándose el magnesio, la humareda de magnesio que se había quedado flotando en el centro del árbol, sin resolverse a desaparecer.

Pobre Tonín: cayó, gritó y desapareció. Porque el guardiacivil de la Novena trató de saber quién había sido, pero la gente ayudó a Tonín a disimularse, a mezclarse entre los demás muchachos y a escurrir el bulto. Más

tarde, él me dijo que había andado en lo oscuro, tanteando con el pie, molestando a la gente que ya estaba aplaudiéndome, hasta que al fin encontró su maquinita aplastada, inservible. "¿Y el cucharón?", le pregunté después que me contó cómo había sido todo aquel artefacto. "¡Qué me importaba el cucharón!", contestó riéndose. "Si yo lo quería para esa noche y nada más".

Y era tan listo que ya estaba de nuevo, con sus manos abiertas y ensangrentadas, cuando Papá me bajó del tablado. Con las manos ensangrentadas por los raspones y diciendo "Permiso, permiso"; y no sé si esa vez lo obtenía para mí, entre los aplausos que se aflojaban un poco cuando la gente veía de más cerca sus lastimaduras, o si se apartaban por él mismo, para que fuese sin demora a curarse. Durante años he pensado si no fue un horrible presagio aquella imagen del Tonín de once años con las manos cubiertas de sangre. Papá lo maltrató muchísimo en el camión, lo llamó pedazo de imbécil, le prometió la gran paliza de sus padres, vociferó después —con toda incongruencia— que él era el único culpable, por haberle dado alas a un mocoso de eme. "¿Qué le decimos a tus padres, ahora?", repetía Papá. Y Tonín le contestó con una cordura maravillosa: "Cuénteles lo que pasó, sin agregar nada".

Por eso, no sé si como segunda huelga o como homenaje a Tonín, yo me negué a ir a retratarme en una fotografía comercial, cuando a Mamá se le ocurrió la idea. Estaba la Foto Niceri, en Dieciocho entre Municipio

y Defensa, cerca de casa. Trabajaban los dueños, que eran marido y mujer. Papá los conocía y seguramente iban a dejarle disponer las olitas y las rocas, en lugar de sacarme sobre uno de aquellos biombos espantosos, contra el que posaban todas las niñas del barrio que decoraban su vidriera. Allí me tomaron después la foto de los quince, con un traje de grandes florones, que hoy me parece impresionante; y Mamá sigue teniéndome colgada encima de su cama y se indigna cada vez que yo ofrezco comprársela, darle por ella todo lo que quiera.

Podía haber sido Niceri, pero una vecina dijo que Niceri no publicaba en "Mundo Uruguayo" y en cambio otras dos fotos, también de Dieciocho pero más al centro —Civitate y Faig— sí publicaban. Fui y revisé "Mundo Uruguayo"; salían unas fotos que daban vergüenza de tan infelices, y sobre todo me espantaron los títulos. "Galería infantil", decía una de las páginas; "Los pibes ricos", decía la otra. Me planté en que no iba, en que no me vestía. Mamá rezongó algo y acabó por dejarme. Papá no quiso darle ninguna importancia.

Y así es como no hubo foto y hoy mismo creo que ya no hay traje. Estaba en una caja y nunca he bajado al sótano a buscarla; le tengo un miedo atroz a las arañas. Pero el traje ya estaba muy manoseado y quebrado, casi deshecho cuando dejé de verlo. Y no he vuelto a saber de él desde que Tonín se fue a vivir a Rivera. ¿Quién le dice que no lo haya robado y se lo haya llevado? Yo lo sos-

pecho a veces, pero no quiero salir de la duda. Mejor así: tenía su parte en La Sirena, tenía derecho a hacerlo, si lo hizo. Y ahora hay algo mucho más importante que el traje de La Sirena para echar de menos: Tonín mismo, prófugo en el Brasil para siempre.

Hay gente para todo, créame. Había en esos tiempos, en la calle Sarandí, una tienda que se llamaba La Sirena. Y no faltaron vecinas que aconsejaron a Mamá que me alquilara, sí, que me alquilara como publicidad de la tienda; y entonces —con sólo decir algo al presentar el número— ganaríamos la plata del aviso además de la plata de los premios. Mamá ni se animó a proponérselo a Papá; pienso si no le habrá parecido una forma de la prostitución, algo así como un símbolo de la prostitución, para rechazar tan de plano la idea. Tampoco sé, le confieso, si a ellos les importaban los premios como premios o los premios como dinero. Supongo que no lo hacían por interés y hasta me imagino que como ganancia no podía convenirles: todas las jornadas que había llevado el traje, toda aquella agitación, todos los días en que el camión casi no trabajaba para estar a disposición de La Sirena, creo que todo eso no podían compensarlo los premios, por buenos que fueran. Y no serían tan buenos en aquel tiempo, imagínese. ¿Por qué lo hacían, entonces?, preguntará usted. Bueno, no sé, pienso que por vanidad y por una veta de fantasía que está en Mamá mucho más que en Papá, una especie de deseo de culminar en algún orden de la vida, por bobo que sea.

¿Se acuerda de aquella tía de Mamá, la que operó el Doctor? Bueno, ahora es viuda. Pero mucho antes de enviudar casó a una hija, y en la visita del pedido de mano le hizo bailar la Danza de las Libélulas, poniéndose mi tía misma al piano. Mi tío, que era un viejo socarrón, la mortificaba contando la historia: él y el novio sin hablarse, sentados muy duritos en un sillón, de ésos que sólo se desenfundaban en las grandes ocasiones, la prima de Mamá saliendo, envuelta en tules y gasas, entre los cortinados y las columnas de la sala, la tía aporreando el piano y todo aquello haciendo las veces del compromiso, de los esponsales clásicos. Después, todos de pie, ceremoniosamente y sin decir una palabra, tomaron una copa de champagne y el matrimonio quedó concertado. ¡La Danza de las Libélulas! "Así ha sido siempre mi familia", dice a veces Mamá, aunque sin notarlo cuando le toca a ella. Hoy en día, la prima que se comprometió bailando y tomó el champagne vestida de libélula, se divorció y volvió a casarse, me imagino que sin mayores bailes; el tío murió, la tía vive con dos hermanas solteronas, el piano fue a parar a un remate. A lo mejor, le digo, fue ese tipo de fantasía el que llevó a Mamá, porque la idea fue de ella, a concebir el disfraz de La Sirena.

Ya que le conté el casamiento de la libélula, en algún momento tengo que llegar al mío, aunque me inspire muy poco, ¡poquísimo! Desde que Tonín se fue a Rivera, se abrió una etapa vacía de mi vida. Crecí, tuve al-

gunos novios, no voy a decirle que no, pero nada importante. Hasta que llegó mi marido. Bueno, dicho de esta manera parece que hubiera llegado siendo ya mi marido; y no fue así. Vino por negocios con Papá, tenía cuarenta años y yo veintitrés. Era un hombre de trabajo, dijo Papá, que había hecho fortuna. "Dueño de una cadena de ferreterías", ésa fue la presentación; la presentación que nos hizo cuando él ya se había ido, por supuesto. Pero fue lo primero concreto que, después de su nombre, Mamá y yo supimos de él "¡Una cadena de ferreterías!". Aquí el símbolo parece servido: cadenas, fierro, ¿qué más quiere? Usted dirá que mi destino era estar presa, primero de un traje de sirena, después de una cadena de ferreterías. Y a lo mejor es cierto. Le aclaro que no he sido mayormente feliz en el matrimonio, pero tampoco nada desgraciada. Cuando el asunto apareció, casi sin noviazgo, me resultó un modo, una vía de escape para dejar la carrera, que no me gustaba. Había desempeñado algunos interinatos, pero evidentemente yo no había nacido para dar clase a montones de muchachitos. ¿Para qué habré nacido entonces, dígame? Yo misma me lo pregunto algunas noches, sobre todo después de lo que le pasó a Tonín. Y le aseguro que no sé la respuesta, que no veo llegar una respuesta posible con más fuerza que todas las otras respuestas, borrando a todas las demás, que sería el único modo de saber cuál es la verdadera. No tengo hijos, ya le conté. El capital crece y, como dice el escribano de casa, ya hay algunas ferre-

terías gananciales. Maldito si me importa, le aseguro. Como mis padres con los premios de La Sirena, yo no sé si tendría algo que buscar con la plata que siguen dándome los negocios de mi marido. La plata y las comodidades, todo lo que quiera. Pero lo que él no ha podido darme es un hijo; o yo a él, seamos justos. Ni tampoco averiguamos, porque los años pasan y hemos perdido la esperanza. La esperanza o el miedo, qué sé yo. No estoy segura de que yo lo haya querido de veras, de que yo haya deseado muy de veras ser madre. Es como las respuestas que espero inútilmente: si ese deseo hubiera tenido fuerza, mucha fuerza, el hijo habría acabado por prender dentro de mí, en cualquier forma.

Tonín me escribió por última vez desde Rivera, cuando mis padres le avisaron a sus padres que yo me casaba. Me mandó una cartita de pocas líneas, que tengo guardada. Una cartita de felicitación, pero que no disimulaba su gran tristeza. En casa decían ya para entonces que Tonín se había torcido: había dejado de estudiar, le gustaban el alcohol, el juego y las mujeres, la vida fácil. Eso era lo que decía Mamá, que era su tía carnal y no lo habría denigrado por gusto. "Cualquier día va a terminar de contrabandista", decía; porque eso era todo lo que ella podía imaginarse de la mala vida en Rivera.

La cartita decía que me felicitaba, que él no podría venir al casamiento pero que me mandaba un gran abrazo. Y después me preguntaba, y es donde me parece que se había

enternecido, si iba a acordarme siempre de La Sirena, de los dibujos de la Academia, de la foto que había querido sacarme y de las siestas del altillo. Era todo lo que decía; porque Tonín, que dibujaba tan bien, no era afecto a escribir. Nunca le contesté. Y ahora que estoy arrepentida y quisiera escribirle, no sé dónde está. Ni lo sé yo ni lo sabe nadie.

Junto a la cartita tengo los recortes de los diarios, los telegramas de Rivera que publicaron en las páginas del Interior. No voy a darle largas a esta historia, porque ella sí que me lastima, me hace un mal inmenso: en un baile de Rivera Chico, Tonín se desafió a pelear con un hombre y lo mató de una puñalada en el corazón. Lo desafió a pelear porque antes le había sacado una mujer de la vida... sí, Tonín al muerto, bueno, al otro hombre. Le había sacado la mujer y el hombre quería recuperarla a toda costa. Se encontraron en el baile, se enfrentaron los tres y parece que la misma mujer estaba indecisa entre ellos dos. Entonces Tonín desafió a ese antiguo marido, que seguramente no era el marido, porque entre esa gente todo es más simple y rara vez se casan. Lo desafió, lo mató allí mismo y disparó con la mujer, que para entonces ya se había decidido por el que quedara vivo. Cruzaron la línea y se metieron en Brasil. Eso fue hace cinco años y ni sus padres han vuelto a saber más de él. El escribano de casa dice que Tonín está esperando la prescripción del delito, y que un día volverá. Pero la madre de Tonín dice que no, porque los hermanos del muerto han ju-

rado vengarse y Tonín lo sabe. Y son cuatro o cinco contra él solo, lo matarían sin remedio. Usted sabe bien cómo son esas cosas allá en la frontera.

Tonín, ¿cómo fue capaz?, digo yo. Y tampoco recibo ninguna respuesta. Quisiera saber algo de él, me parece imposible que pueda haberse perdido para siempre su huella. Tonín, ¿cómo se animó, tan suave, tan delicado, tan bueno?

¿Usted piensa que yo tengo algo que ver en todo esto, que Tonín no habría ido tan lejos —tan lejos en la vida, quiero decir— si yo hubiera tenido a tiempo un gesto de bondad y de cariño hacia él, cuando vinieron a decirme que andaba mal, si le hubiera contestado su carta, por ejemplo, si lo hubiera llamado o algo así?

Pero, para empezar, mi marido no sabe nada de todo este asunto, y yo me siento como atada. A veces pienso que va a llegar el momento en que ya no me importe, en que me anime a todo, en que eche todo a rodar y me vaya a Rivera, a ver si Tía conoce el paradero de Tonín y podemos convencerlo de que vuelva y ponerle un buen abogado y ayudarlo para que se entregue a la Justicia y se salve de la venganza y cuando se pueda salga en libertad y nos vayamos todos de Rivera. Parece que podría haber testigos de que Tonín mató provocado, aunque dice el escribano que es muy difícil que lo consideren en defensa propia, porque hubo un desafío y los dos lo aceptaron. Pero lo principal no sería el tiempo que estuviera preso, si pu-

diera salir con vida de toda esta historia. Sí, ya sé, no me diga que todas estas suposiciones son absurdas, porque se ha perdido la pista de Tonín y hasta quién sabe si vive. No le escribe a nadie, ni a su misma madre, que algún día —cansada de esperarlo— va a morirse de pena y él debería pensarlo, esté donde esté. El resto de la gente es asunto más fácil. El resto de la gente se conforma con decir, pobre Tonín, que se lo tragó el Brasil. Que se lo tragó el Brasil, que es como decir que se lo tragó la tierra.

el simulacro

Viví en Buenos Aires del 907 al 916. Era —como veo que a ustedes les gusta decir ahora, cuando comentan una cinta o un libro— *la belle époque*. Es claro que, con Perón, ya no queda ni sombra de todo aquello. Me dicen que del Jockey Club sólo está en pie el frontis, como un tabique, como una mampara contra el vacío. El frontis con sus bastidores para la venta de revistas, y hasta parece que —alguna que otra vez— un puesto de pescado ¡Eso!

La Semana Trágica fue una barbaridad, estoy de acuerdo. Pero ya todos empezábamos a sentir en Buenos Aires ese brote de cosmopolitismo que trajo lo demás. Empezaba a ser una gran ciudad, decían algunos, y los lugares de siempre dejaban de ser nuestros, estrechamente propios. Nuestra generación ha usado el bergantín y la diligencia, y después ha llegado hasta el avión. Difícilmente otra podrá ser y probar tanto cambio. Pero ahora quieren que revisemos nuestras ideas sobre el mundo, y eso sí no podríamos hacerlo; no tanto revisar nuestras ideas sino

renegar de todo lo que nos acostumbramos a tener por bueno en nuestro tiempo. Yo, por lo menos, me sentiría una *cocotte* si quisiera intentarlo.

Era una época maravillosa. La historia, vista desde ahora, era —como dice Anatole France— la petite histoire, los movimientos de un cogollito de gente en unos pocos escenarios. Después todo esto se ha magnificado mucho y el color de esa época se ha falsificado; lo han falsificado en el biógrafo, en las memorias, en el teatro.

Llegué y caí muy bien, en un grupito en que estaban los Lastra y Carlos Juárez. Carlos era un animador brillante y, en el fondo, un muchacho triste hasta la desolación. De chico, durante la presidencia de su padre, lo habían mandado solo —tenía siete años— a estudiar a Inglaterra, en un colegio británico. Lo pusieron en el barco, lo recomendaron al capitán y así —solita su alma— atravesó el océano. Mientras estaba en Inglaterra, en el 90, voltearon a Juárez Celman, pero él siguió y terminó sus años de colegio. Creo que de allá se trajo, al mismo tiempo, un buen inglés y un pesimismo tranquilo. Pero con los años, por detrás de una alegría que nos contagiaba a todos, fue encerrándose cada vez más en la desesperación. Tuvo una vez un duelo a pistola y mató a su advesario. Cuando estaba por irse, llegó el padre del muerto, lo atacó a tiros y él tuvo que matarlo también. Aquello fue tal vez decisivo. Al poco tiempo, sin que supiéramos concretamente por qué, se suicidó.

Vivíamos entonces en una casa de altos, en la calle Artes. ¿Cómo se llama ahora?... Pellegrini. Pero me dicen que ese pedazo ha desaparecido, con el trazado de la gran avenida.

Buenos Aires es otro, no cabe duda. Pero las cosas duran allá más que aquí. Cuando me fui a Buenos Aires, mamá vivía en Rivera Chica, que ahora se llama Guayabo. Ya le había dado la hemiplejia. mientras estábamos en Cibils. Cibils, que después se llamó Sochantres y ahora ha vuelto a llamarse Cibils. ¡Qué manía de cambiar los nombres a las calles!

Por pura casualidad, siempre nos instalábamos cerca de un presidente. En Artes, estábamos a media cuadra de la casa del general Roca. Y después, cuando pasamos a la calle Paraná, vinimos a estar casi al lado de Figueroa Alcorta. Él hizo lo imposible por echarnos de allí, porque cuando dábamos una fiesta había más coches y llegaba más gente para nosotros que a su propia casa. Fue nuestra ubicación más famosa; y hasta le dedicaron un tango, ahora olvidado: *Paraná mil dos cuarenta y tres.*

Dar fiestas, vivir a gran tren costaba en aquel tiempo muy poca plata. Nosotros —entre cuatro o cinco— nos cotizábamos para pagar la casa, para salir de farra y hasta para tener caballos de carrera. Una vez hubo un zafarrancho —no sé si en el *Lago di Como* o en algún otro salón de baile de los que había entonces— y se publicó un brulote contra el grupo, en el que no se nos mencionaba uno a

uno pero aparecíamos bautizados, en conjunto, como La Jeunesse Dorée. En esos mismos días habíamos comprado una yegüita y estábamos discutiéndole el nombre. El cagatintas vino a ponérselo: *Jeunesse Dorée.*

A muchos de nosotros nos parecía entonces que Buenos Aires era toda la Argentina. La gente de esa época, en Montevideo, también lo creía; y pensaba que cualquiera estaba en Buenos Aires una vez que había atravesado el río, así hubiera ido a hundirse al fondo de las provincias.

Y Buenos Aires, a su vez, era para nosotros el centro, menos a la noche, porque entonces podía ser Armenonville o el Pabellón de las Rosas, y Palermo era en aquel tiempo las afueras. A la madrugada regresábamos, a comer un churrasco en el Sportman o en el Royal Keller. Un churrasco con un vaso de cerveza, y allí veíamos amanecer. Con cinco nacionales habíamos dado toda la vuelta a la noche, y a veces hasta sobraba. Integrábamos un fondito común y al salir se lo dábamos a administrar a Laborrega Torres (le decíamos así, como si fuera un nombre, pero era un apodo, la-borrega, que le habían puesto por el pelito rizado: "otro de la raza merino", como le dijeron al entrar a un baile y hubo gresca).

Laborrega manejaba la plata. Alquilábamos un coche placero, una volanta, de ésas que Buenos Aires —a diferencia de Montevideo— todavía conserva. En ese mundo de la noche vivían seres que hoy me dan la extraña ilusión de no haber existido nunca a la

luz del día: el Bebe de Rozas, el Feto Bayo, Pimpollo Sastre, Jorge Newbery. Y mujeres, como aquella Berta, de ojos enormes y tristones, que estaba enamorada de Carranza y se le aparecía por todos lados, hasta que —cansada de que el otro le diera esquinazo— decidió esconderse y fingir un viaje. Otra prostituta alemana, que andaba con ella, llegaba entonces hasta la mesa donde estaba Carranza —infaliblemente borracho a las tres de la madrugada— y le decía al oído: "Flíjase Caranza, flíjase Caranza, Berta está Brasil". Pero Carranza no se afligía; y en el estado en que se hallaba le daba lo mismo, sentía el mismo alivio de que Berta estuviera en Brasil o se hubiese muerto. "Flíjase Caranza" quedó como un dicho entre nosotros, cada vez que queríamos decirle a alguien "Sufra", cada vez que había que darle a alguno una mala noticia liviana.

Ya mi memoria no es la de antes y a lo mejor trabuco algún nombre y con seguridad más de una fecha. Sólo quienes se creen importantes escriben sus recuerdos. Y por lo general se les escapa el sabor de la vida común; le cuentan a uno lo más trascendente, pero lo que hoy es trascendente no fue, en su momento, lo más característico. Por eso, muy a menudo, entre un libro de historia política y esa colección de "Caras y Caretas", que tengo por ahí, me quedo con "Caras y Caretas". Y cuando alguien nombra a Victorino de la Plaza no pienso en el hombre que quiso ponerse frente a Yrigoyen, esa charanga de la oligarquía frente al pueblo, sino en aque-

lla cara apergaminada y amarillosa de la carátula, debajo de la que se leía la frase comercial de la Ginebra Bols: "Su color ámbar pálido comprueba su vejez".

Y Beazley no quedará como el hombre de Roca sino como el jefe de Policía que prohibió y castigó, en las calles de Buenos Aires, el piropo; porque las tres cosas que más se practicaban en el Buenos Aires de entonces, estando prohibidas, eran el duelo, el piropo y —aunque te sorprenda— el boxeo.

La verdad es que la Historia, entre nosotros, no ha sido casi nunca una manía posesiva de quienes la han vivido, sino una lamentación sentimental por no haberla vivido, escrita por la generación siguiente. En mi familia hay un ejemplo de ese descuido lastimoso. El Coronel Courtin era muy amigo de mi padre; y al volver del viaje de la Barca Puig, donde Varela lo había mandado como su hombre de confianza, le regaló un libretón angosto y largo, uno de esos índices de comercio, escrito con tinta violeta y letra muy menuda, en el que había registrado, día por día, las alternativas de aquella famosa navegación. Courtin no era un hombre leído pero tenía una inteligencia muy vivaz y un don inmediato para describir todo lo que pasaba a su alrededor. Y bueno; el Diario de la Barca Puig anduvo en casa, una vez que murió Papá, de cajón en cajón, de mudanza en mudanza. Cada vez que había que empacar las cosas, mis hermanas se quejaban de aquel mamotreto, lo consideraban un estorbo inútil, una pesadez ilegible. Y de tanto ser manoseado y tirado al fondo

de los muebles, el libretón acabó por desaparecer. Cuando algunos años después se lo conté a un historiador, me pedía desesperadamente que averiguara, que hiciéramos memoria, que tratara de reconstruir algo de lo que a la siesta había leído allí. Imposible. Me ha quedado el vago recuerdo de cien días de mar y sed, con el agua potable corrompida en las cisternas; eso y la amistad que el peligro compartido había acabado por crear entre Courtin y sus prisioneros: Herrera y Obes, Juan Ramón Gómez, Ramírez. Pero no me acuerdo de nada más.

La vida verdadera, en cambio, era otra cosa, aunque después otros la hayan hecho historia. No puedo trasmitirte, por ejemplo, lo que fue haber visto y oído a Tamagno, a Novelli, a Frégoli o Frank Brown, por más que te lo cuente. Ni yo ni "el cine" podríamos hacértelo ver.

Yo trabajaba en comisiones, negocios y corretajes; y me iba gastando poco a poco la herencia paterna, en tanto seguía atenido a la esperanza de que me nombraran para el Consulado de Punta Arenas, lo que no era imposible siendo hijo de padre argentino. Pero en el año 16 vino el irigoyenismo y yo no tenía amigos en ese grupo. Aquel año 16 fue lo más parecido que hubo, quizá, a este año 45 de Perón. Los hechos vuelven, de tiempo en tiempo, sin que la gente escarmiente jamás por cuenta de otros, con lo que no ha vivido.

A veces hojeo algún libro sobre el novecientos y veo que se habla allí, como de cosas remotas, de las que a mí me pasaron al

lado, de las que aún me siguen pareciendo tan próximas. Es una sensación sobrecogedora la de saberse tan viejo. Pero, al mismo tiempo, es hermoso guardar para los grandes hechos, para los sucesos épicos, un aire de memoria privada. En casa hemos sido todos colorados, menos Rogelio, que salió blanco. Y mientras yo hice el 904 en las Guardias Nacionales, en el Batallón Universitario que mandaba don Jorge Pacheco, y mi hermano Germán lo hizo como segundo jefe de la Artilería, en el Ejército del general Vázquez, Rogelio era practicante y dentista en las filas de la Revolución. Contaba que cuando Saravia iba a entrar a Minas lo llamó —estaba siempre debajo de su sombrilla de raso, porque resguardaba su cara del sol de la campaña y tenía una manos cuidadas y blancas— y le pidió que le arreglara un portillo que tenía en la boca, porque no quería entrar a la ciudad con el hueco de un diente a la vista. Le dio los mejores caballos y lo mandó a Minas antes de que él entrara, para que obtuviera los materiales. Rogelio fue, con las señas de un dentista blanco que vivía allí, consiguió la gutapercha o lo que fuera, y volvió. Saravia le quedó muy agradecido por el favor; y como era un hombre muy fino, jamás lo olvidó. En Masoller —a la manera de lo que relató Herrerita en El león ciego— mientras Germán mandaba la artillería del gobierno, Rogelio estaba en la enfermería de los revolucionarios. Cuando a Saravia lo balearon, fue él quien tuvo que hacerle la primera cura. Esto y el diente de Minas lo encen-

dían de blanquismo, cuando me lo contaba. Rogelio vio en seguida que allí, sin asistencia, el hombre podía morirse. Mandó hacer unas angarillas con lanzas, lo hizo colocar en ellas suavemente y dispuso la marcha para pasar la frontera, donde los esperaba Lussich. Saravia, que bajo su apariencia de hombre pulido era el criollo más guapo, sólo hacía de cuando en cuando una mueca de dolor. Y Rogelio le daba entonces un terrón de azúcar empapado en láudano, que era todo el alivio que podía ofrecerle. Cuando el dolor volvía, Saravia alzaba apenas la cabeza muy pálida de aquella especie de parihuela y le decía: "Otro terroncito, doctor". Rogelio marchaba a pie, al lado del herido, y llevaba el frasquito en la mano y las riendas de su caballo, como un lazo, pasadas por el brazo, a la altura del codo. De pronto, en medio del atardecer, el caballo se espantó de algo y el frasquito de láudano voló a lo lejos. Rogelio no podía apagar en el tiempo esa sensación de piedad, de amor y de culpa: la marcha a campo abierto, en retaguardia, en el presagio de la guerra perdida y la proximidad del gran hombre que se iba enfriando poco a poco, mientras entraban en la noche. Le habría gustado mucho escribir alguna vez esta escena, pero nunca lo hizo.

Hace poco tiempo César Viale me mandó un librito suyo, sobre el Buenos Aires que conocimos juntos. *Cincuenta años atrás*, se llama. No está bien escrito pero refresca muchas cosas agradables, que vi y que no sé si no hubiera olvidado: el coupé forrado de raso

blanco de Don Bernardo de Yrigoyen, las tertulias de Marquito Avellaneda, las reuniones en el Cercle de l'Epée. La esgrima en que sobresalía Agesilao Greco, el boxeo como pasión porteña en la quinta del Doctor Delcasse, la ópera, la tragedia y la petite-pièce. ¡Qué años! Es curioso pensar que todo el trofeo material que me queda de ellos son dos libros que entonces tenía siempre en la veladora y que no hablan de Buenos Aires: las *Notas sobre París,* de Taine, *Las escenas de la vida bohemia,* de Murger. Pero ya muchas veces te he dado la lata sobre estos libros.

En el folleto de Viale hay algunas fotos; borrosas y todo, me devuelven lugares y cosas familiares: las cinco esquinas; el *mail-coach* de don Miguel Martínez de Hoz, con su tiro de cuatro caballos cruzados, trotando hacia Palermo los domingos, los caballeros en lo alto, tocados de chisteras que hoy te parecerían cómicas, y sobre todo inverosímiles; Jorge Newbery de tricota blanca y el Dr. Delcasse en mangas de camisa, haciendo guantes.

Las modas también vuelven, después de todo. Y ahora mismo, cuando veo a veces esos tirifilos con trajes a cuadritos y reborde de trencilla, con pantalones bombilla, me acuerdo de los cajetillas del 900 y de lo que entonces se llamaba "trajes con llanta de goma".

En el 16, cuando el consulado de Punta Arenas se esfumó, Ricardo Arrieta me propuso ir a trabajar los dos por una temporada, a Venado Tuerto. Don Ángel Lastra, el padre de los muchachos, nos daba a explotar la carnicería que estaba cerca del pueblo, en una

punta de la estancia. Estuve de acuerdo. Don Ángel era el gran señor del lugar y la estancia era tan completa que hasta tenía su puesto de policía, con tres o cuatro uniformes de vigilantes, para que el personal se los pusiera, cuando tuviera que entrar en funciones.

Nos anunciamos por telegrama; y cuando llegamos a la estación de Venado Tuerto los Lastra, vestidos de vigilantes, subieron al tren aparatosamente, como si quisieran prender a un matrero. Fueron directamente hacia El Amiguito, como le llamaban a Ricardo, y le pidieron nombre y documentos. Los demás pasajeros estaban estupefactos, y El Amiguito siguió el juego. Discutió con la Policía, trató de resistirse y lo bajaron a empujones. Cuando el tren ya arrancaba y la gente se salía mirando por las ventanillas, El Amiguito y los vigilantes, para reirse de los viajeros, se pusieron a bailar la rueda-rueda en el andén, mientras yo cargaba con las valijas. Así llegamos.

Me acuerdo bien de ese momento, porque —a pesar de la bullanga— el campo me recibió con una sensación de tiempo dejado atrás, de nostalgia de Buenos Aires, de años pasados y vividos sin vuelta. Era de tardecita, todavía había una raya de sol rojizo en el alero cribado del andén, pero el fondo del corredor olía a humedad y a forraje agrio. Buenos Aires —pensé— danos por muertos.

El Amiguito me había venido contando en el tren a quiénes volveríamos a ver y a quiénes conocería yo ahora. Entre estos últimos, estaba Don Federico Núñez. Don Federico era

el hermano mayor de Doña Leonor, y por lo tanto el cuñado de Don Ángel. En su juventud había sido un caballero brillante, un socio del Jockey, un dandy. Pero un desengaño amoroso lo había tirado abajo. Y se había puesto a chupar como un desesperado. Fue entonces cuando Don Ángel lo convenció de que se fuera por un tiempo a la estancia. Y Don Federico convirtió aquella temporada en toda la vida. No tenía cometidos fijos en "El Trébol" y, en rigor, nadie le pedía que hiciera nada. Se había ido a vivir a un puesto distante de las casas y allí se lo pasaba. Lo conocí muy bien después, viejo, digno, casi rotoso, pero de barba muy cuidada; y varias veces hablamos largamente. Cuando estaba de buenas, era encantador; había leído bastante y el campo le había dado una campechanía que al porteño distinguido le queda muy bien. Venía a veces a la carnicería, montado en su caballito criollo, un bayo muy manso al que le soltaba las riendas, de noche, cuando estaba muy borracho, para que lo trajera de vuelta desde la pulpería a su rancho, mientras él se le dormía en el pescuezo. Pero cuando llegaban, por mamado que estuviera, dando tumbos o como pudiese, le daba siempre la ración. Así lo educaba, le afirmaba el sentido de la querencia; es la memoria del burro, como dice Vizcacha.

El Amiguito me había venido hablando de Don Federico y yo me había puesto a pensar si aquélla no sería también nuestra parábola, si Venado Tuerto no iba a engullirme para siempre. No me pasó, como pudo haberme pa-

sado. No vayas a creerte que es un lugar de mala muerte — me decía El Amiguito, más para convencerse que para convencerme. Una vez quisieron cambiarle el nombre, ponerle Pueblo del Oro. Cuando ya estaban casi todos convencidos, apareció Thompson, un inglés flaco, hermano del Thompson de la mueblería. Mostró un sobre dirigido desde Inglaterra a su nombre y a Venado Tuerto, sin más señas: ni Argentina, ni América ni nada. Y había llegado. Entonces contó que en la Bolsa de Londres había visto, en las pizarras, las cotizaciones de acciones en las estancias de Venado Tuerto. Porque allí —en aquel pedazo de la provincia de Santa Fe— los ingleses formaron las primeras sociedades anónimas rurales de la Argentina. Contó todo eso y el nombre de Venado Tuerto quedó firme para siempre.

En Buenos Aires, Ricardo era un jailaife, un señorito; pero tenía una gran capacidad de adaptación. Y al día siguiente de haber llegado, viéndolo de alpargata y bombacha, uno nunca se imaginaría que era el mismo de dos noches atrás en el Petit Salon.

Entonces no existía, como ahora, el furor de las playas. Y la gente, en vez de irse a Mar del Plata, se iba a las estancias. Llegó el verano y se supo que todos los muchachos vendrían a pasar un mes en "El Trébol": a descansar de lo que no hacían y con el pretexto de vernos, a El Amiguito y a mí.

Fue entonces, en ese verano lluvioso, cuando sucedió lo que había prometido contarte, al principio de la conversación. Divago como

todos los viejos, y ya ni sé si te acordás de que fue por ahí que empezamos. Volvieron los Lastra —Carlos, Manuel y Eduardo, que se habían ido a Buenos Aires a poco de llegar nosotros— y llegaron también Laborrega y Carranza. Con ellos vino asimismo la lluvia. Días y días, sin un solo hueco, dele llover y llover. Se agotó el ajedrez, se resobaron las cartas, andaban por ahí hechas tiras —de tan leídas— las revistas. No había nada que hacer, y eso mismo empezaba a crisparnos los nervios a todos. Estábamos excitables, confinados al gran comedor de la estancia, que era toda la vida social para siete personas acostumbradas a hacerla de otro modo. Ellos, además, nos trajeron noticias frescas de Buenos Aires, reavivaron inútilmente nuestro deseo de volver. Pero también los últimos chismes se ajaron, de tan repetidos, y no quedó nada, mientras la lluvia seguía y seguía.

Las horas de los aperitivos y de las comidas eran esperadas como grandes acontecimientos, casi como ceremonias. Y después de tanto esperarlas, había que llenarlas con algo, darles un contenido para que estuvieran a tono. No sé si fue por eso o por la exasperación de aquella encerrona que El Amiguito y Laborrega empezaron a discutir —cada vez con más pasión— en la sobremesa de todos los almuerzos. Sobre radicales y conservadores, sobre Aristóbulo del Valle, sobre Leandro Alem, sobre Lisandro de la Torre, sobre caballos de carrera; todo les venía bien. Eran discusiones cada vez más ásperas, cada vez

más enconadas. Tanto que nos dieron a pensar que la vida de Buenos Aires, que facilitaba un tipo de convivencia más suelta, no les había dejado saber —hasta ahora— que no había entre ellos ninguna afinidad, que eran miembros de un mismo grupo más que amigos que se quisieran.

Con todo, había un curioso estilo deportivo para olvidar agravios y volver de nuevo a la carga. Tal vez todos contribuíamos, porque ya se esperaba la hora de comer conjeturando cuál sería el tema en que se trenzarían esta vez El Amiguito y Laborrega. Hacia fines de aquel diluvio de enero, una mañana de domingo, El Amiguito se levantó inspirado. Voy a provocar a Laborrega, dijo, y lo voy a hacer discutir como nunca. Lo voy a pinchar, a ver si llega a insultarme. Y entonces voy a hacerme el ofuscado, voy a sacar el revólver y voy a tirarle un par de tiros a boca de jarro. Ya le saqué los plomos a todas las balas. ¡Vamos a verle hacer morisquetas! Y así se va a curar de guapetonadas.

Laborrega no se había levantado todavía; era el que mejor luchaba con la lluvia, durmiendo la mitad del tiempo. Se despertaba a mediodía, fresco, y era el encargado de preparar los copetines.

Cuando el Amiguito se fue, uno de los Lastra —creo que fue Manuel— tuvo la otra idea. Pensamos que la broma podía darse vuelta como un guante. Es decir, pensó él; Manuel o Carlos, ya te digo que no me acuerdo bien. Yo no iba nada en el asunto; por las dudas, tu padre nunca se metía en ésas.

Pensaron, como te digo, dar vuelta la broma. Le avisaron a Laborrega, para que estuviera pronto y le sacara también los plomos a su revólver. Cuando el Amiguito tirara, Laborrega le retrucaría y nosotros nos pondríamos todos en pie, simulando impotencia. Queríamos verle la cara a El Amiguito, que era el más expresivo, no a Laborrega. Sería un simulacro perfecto; y no voy a decirte la moraleja, de caja de fósforos, de que la vida también a veces lo es, y por eso mismo nos estaba esperando a la vuelta de la broma.

Llegó el almuerzo, que fue pesado —por ese prejuicio de la abundancia dominical que tienen las cocineras de estancia— y sobrevino la discusión. Ya ni me acuerdo de cuál fue el tema, aunque creo que era otra vez el político, por ser el que se prestaba más pronto a levantar el tono, a apasionarse *noblemente*. El Amiguito había elegido el asunto y creía estar llevando a Laborrega hacia la trampa; pero el otro sabía y —como en la escena del tren— entraba en el juego. Sólo que esta vez los espectadores y el asombro de los espectadores habían de ser falsos y no verdaderos.

Llegó un momento en que Laborrega, que se sabía esperado, se desbocó. Es lo que me pasa por discutir con bellacos, recuerdo que dijo. El Amiguito no quería otra cosa. Estaban frente a frente y tenían en medio la mesa, la vinagrera y las copas. El Amiguito se levantó con gran rapidez, sacó el revólver y tiró. No sé cuántas veces, porque aunque todos lo esperábamos a todos nos emocionó. No sé si nos

emocionaron los estampidos o el revés de la broma, que ya se venía.

Porque Laborrega, envuelto en humo, se levantó con una expresión maravillosa de furia y también sacó el arma. La cara de El Amiguito y su gesto no pueden contarse, pero tampoco olvidarse. Cuando vio el revólver en la derecha de Laborrega, extendió una mano, quiso decir algo, movió desesperadamente la cabeza como si negara algo. Nosotros nos habíamos parado, volteando sillas no sé si alguna copa. No era sólo que hiciéramos nuestra parte, sino que aquella escena, tras tanto esperarla, nos tomaba finalmente de improviso.

El Amiguito contraía la cara, quería decir algo y no podía. ¿Te acordás de aquellos estudios de expresión de Gibson, que se publicaban en las revistas? Sí, ya sé la que vas a decirme: que no eran de tu tiempo. Bueno, esa vez Gibson habría tenido una escena memorable para dibujar, retratando en cada cara la expresión justa: terror auténtico en la de El Amiguito, una furia implacable en la de Laborrega, un punto indefinible, entre la broma, la sorpresa y la culpa en la de todos nosotros. Laborrega tiró, mientras los ojos de El Amiguito referían a quien supiera verlos todo lo que en un segundo no hay tiempo material de decir.

Pasó el momento y, al sentirse ileso después de haber tenido un revólver que le apuntaba en la mitad del pecho, creo que El Amiguito empezó a comprender.

Estaba muy pálido y lo sentamos en su silla, tomándolo por los hombros. Tenía una mano agarrotada sobre el revólver y le temblaban las mandíbulas. Le contamos lo que ya empezaba a adivinar, y él lo recibió con una sonrisa que ocultaba mal el castañeteo de los dientes. Lo sentamos, le trajimos café y —con una alegría insegura, que se nos iba desvaneciendo al ver la cara de El Amiguito— comentamos ruidosamente la broma, ida y vuelta.

—Con ustedes no se puede —dijo entre dos sorbos, mientras el castañeteo golpeaba en el borde del pocillo. Todos sentimos entonces que esta frase nos absolvía. Y creo que fue ésa la razón por la que, sin ser graciosa, nos hizo reir tanto.

Pareció por un momento que se reanimaba, que sus mejillas blancas volvían a colorearse. Pero fue sólo un instante. Porque en seguida empezó a quejarse de un dolor fuerte en el pecho. Ahora todos son capaces de diagnosticar un infarto, y eso les da una suficiencia falsa, un aire de ser médicos sin entender de nada. Nosotros, en cambio, no podíamos haberlo previsto. Pero, de todos modos, hicimos algo de lo más indicado.

Levantamos a El Amiguito de la silla y lo obligamos a extenderse en una *chaise-longue* vieja, de cuero capitoneado, que estaba junto a uno de los ventanales del comedor. Pálido y de perfil, El Amiguito quedaba sobre un fondo de lluvia que resbalaba por los cristales, como si estuviera mojándolo.

Todavía no habían puesto en la estancia aquel teléfono impresionante, de manivela de bronce, marquetería, engranajes a la vista, micrófono de ebonita y níquel y cantidad de pilas en un cajoncito de roble, que con los años dominó aquel otro rincón del comedor en que antes estaban el juego de mimbre y el mueblecito de las revistas. Pero aunque hubiera habido teléfono, seguramente aquel día —con las lluvias— no habría comunicado con el pueblo. Y aunque hubiera comunicado, nadie habría podido llegar desde él. No había ni que pensar en un médico para El Amiguito, y él mismo levantaba la cabeza del canapé que le habíamos puesto debajo, para insistir en que no lo precisaría, en que ya iba a pasársele.

Pero no se le pasaba. Veíamos contraérsele la cara, mientras una mano —la misma que había manejado el revólver— se le crispaba sobre el pecho y entraba por el hueco abierto de la camisa, como si buscara algo dentro de él, como si pudiera haber un alivio a arrancar con el gesto.

Después nos dijeron que habría que haberle practicado una sangría. No estoy seguro de que sea una opinión seria, pero tampoco ninguno de nosotros habría sabido hacerla. Le dimos coñac francés, haciéndoselo beber a buchitos, y le hicimos decir —como si con eso pudiéramos convencer a la misma enfermedad— que el trago le sentaba muy bien.

Fue lo último que le hicimos decir, porque las mandíbulas se le ponían cada vez más rígidas, de dolor contenido. Entonces toma-

mos una servilleta, la rociamos también con coñac y le pusimos una compresa sobre el pecho. El Amiguito tenía los ojos cerrados, pero la mano buscaba la servilleta y la estrujaba, como si también quisiera metérsela en el pecho.

Y esto es lo que desde hoy iba a contarte: ¡lo que es el buen coñac! Es increíble, pero cuando al rato le sacamos la servilleta, porque el pobre Ricardo ya no la precisaba, y el trapo estaba húmedo, y más que húmedo frío, el coñac no había perdido nada de su *bouquet*, como si hubiera estado todo el tiempo servido en una copa.

Indice

OBRAS DE NARRATIVA PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

Montevideanos, por Mario Benedetti (4ª edición).

Gracias por el fuego, por Mario Benedetti (4ª edición).

Quién de nosotros, por Mario Benedetti (3ª edición).

La Tregua, por Mario Benedetti (4ª edición).

Juntacadáveres, por Juan Carlos Onetti (2ª edición).

Tan triste como ella, por Juan Carlos Onetti (agotado).

Los aborígenes, por Carlos Martínez Moreno (2ª ed.).

Narradores Rumanos. Antología.

El Testigo, por Fernando Aínsa.

Forma de Piel, por Juan Carlos Somma.

El Inca de la Florida, por Roberto Fabregat Cúneo.

La Casa de los cincuenta mil hermanos, por Roberto Fabregat Cúneo.

El invitado, por Claudio Trobo.

Geest, por Roberto Fabregat Cúneo.

Los altos Muros, por Jesús C. Guiral.

La tierra prometida, por Ernesto Contreras.

Los extraños visitantes, por Silvia Guerrico e Irene Alzúa.

Los lugares, por María de Monserrat.

Noche de Circo, por Jorge Musto.

Ismael, por Eduardo Acevedo Díaz (2ª edición).

No una, sino muchas muertes, por Enrique Congrains.

Crónica de cuatro estaciones, por Juan C. Legido.

Detrás del Rojo, por Sylvia Lago.

Las Abejas y las Sombras, por Jesús C. Guiral.

El Viaje, por María Ester Catonnet.

La Fosa, por Eugen Barbu.

Cuatro Esquinas, por Raúl Grien.

OBRAS DE POESIA PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

Vía'Unica, por Claribel Alegría.

Inventario '67, por Mario Benedetti.

Pastor Perdido, por Juan Cunha.

Nora Paz, por Milton Schinca.

El Mar detrás del nombre, por Roberto Echavarren Welker.

El pie sobre el cuello, por Carlos Germán Belli.

Morir en la ciudad, por Carlos Mario Fleitas.

Naturaleza muerta, por Nelson Marra.

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR EL DIA 20/4/68 PARA EDITORIAL ALFA. CIUDADELA 1389 EN LOS TALLERES GRAFICOS EMECÉ, GONZALO RAMIREZ 1306 EN MONTEVIDEO, URUGUAY

EDICION AMPARADA EN LA COMISION DEL PAPEL ARTICULO 79 DE LA LEY 13.349



Los prados de la conciencia es el séptimo libro de ficción de Carlos Martínez Moreno De los ocho cuentos que lo integran, siete pertenecen a la etapa más reciente de su producción, y el restante (**El simulacro**) viene de una época anterior pero ha sido recogido aquí porque preanunció la actitud actual del narrador. En siete de los ocho relatos los personajes hablan o dicen y el autor se distancia y no juzga, a menos que se ingiera como cómplice (**Los prados**). En el restante, **Las bebidas azules**, un enigmático personaje en primera persona, pero es dudoso que diga todo su juego. **Los prados de la conciencia** da espacio a la alternativa de narración breve en una fase en que Martínez Moreno aparece cada vez más solicitado por las extensiones y complejidades de la novela.

Carátula: ZABALA - CARBALLO

